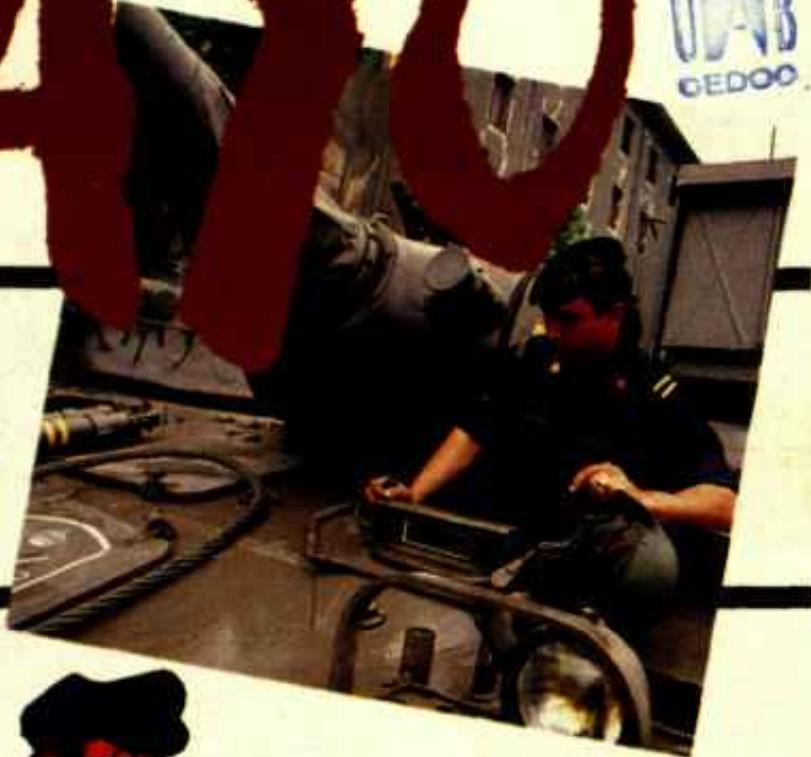


Nº 5
Febrero 1983
200 pts.

MAYO

LOS DINEROS DEL EJERCITO



Locos por los ordenadores

Trabajadores y
gobierno,
¿el cambio?



URSS, el gigante enfermo



ENTREVISTA

Michel Rocard, la moderación

El Banco de Bilbao le descubre Visa Oro.



— Por primera vez en Europa.
— Para comprar prácticamente sin límite.*
— Con un crédito permanente de 500.000 pts.
— Para conseguir hasta 200.000 pts. en los cajeros automáticos Banco 24 Horas.

— Para obtener dinero en efectivo en Bancos y hoteles.
— Para reservar hotel por teléfono.
— Para disfrutar de un seguro de accidentes permanente de 25 millones de pts. e incluso, opcionalmente, hasta el doble de esa cifra. **
— Para casi todo lo que puede imaginar, cueste lo que cueste.

Tarjeta Visa Oro,
naturalmente,
del Banco de Bilbao.



BANCO DE BILBAO

5 MAYO

DIRECTOR:
Carlos Elordi

REDACTORES:
Jorge de Lorenzo,
Manuel Rodríguez Rivero
SECRETARIA DE REDACCION:
Alicia Fernández Nava

CONFECCION:
Tomás Adrián

SECCIONES:
Crónica cultural: Fernando Savater.
Crónica de Economía: Manuel Gala.
Crónica Política: César Alonso de los Ríos. Información económica: Jorge de Lorenzo. Cultura: Manuel Rodríguez Rivero. Cine: Vicente Molina Foix. Teatro: Alberto Fernández Torres. Arte: Ángel González García. Música pop: Rafael Gómez. Música clásica: Alvaro del Amo. Televisión: Rafa Chirbes. Viajes: Ana Puértolas.

COLABORADORES:
Ramón Acuña, Miguel Ángel Aguilar, Enrique Bustamante, Pedro Costa Morata, Alberto Elordi, Inmaculada de Francisco, Luis Lázaro, Carmen Martín, José Luis Martínez, José Manuel Morán, Gloria Otero, Manuel Peris, Isabel Romero, Manuel Toharia, Pilar Vázquez de Prada, Fernando Valenzuela.

FOTOGRAFIA:
Cover, Contifoto, EFE

CONSEJO EDITORIAL:
León Areal, Jorge Fabra, Pedro García Ramos, Francisco Gil, Javier Gómez-Navarro, Juan Manuel Kindelan, Antonio Massieu, Miguel Muñiz, Emilio Ontiveros, Crisanto Plaza, Manuel Portela, Francisco Serrano, Eugenio Triana.

EDITA:
Ediciones para el Progreso
(EDIPROSA)
Libertad, 37, 3.º izda. Madrid-4
Teléfonos: 231 20 02/03

GERENTE:
Pedro Corpus
PUBLICIDAD:
Anselmo Lucio
c/ Libertad, 37
Teléfono: 231 20 04

DISTRIBUYE:
MIDES (Marco Ibérica, Distribución de Ediciones)
Fotocomposición: Comphoto
Nicolás Morales, 38-40. Madrid-19
Imprime: Rotacolor
Ctra. de Fuenlabrada a Humanes
Km. 0,900



S U M A R I O

- 4 MAYO Número 5
- 5 Cartas de los lectores
- 7 El tema del mes: LOS TRABAJADORES Y EL GOBIERNO
- 8 Los mil y un salarios. Por Lluís Fina y Luis Toharia
- 14 Bailar con la más fea. Por Alberto Elordi
- 20 Por fin las cuarenta horas. Por José Ramón Lorente
- 27 Europa no es diferente. Por Jorge de Lorenzo
- 34 La Economía. Por Manuel Gala
- 37 BREVES
- 40 La Entrevista. Michel Rocard. Por Ramón-Luis Acuña
- 46 La Política. Por César Alonso de los Ríos
- 49 Los dineros del Ejército. Por Miguel Ángel Aguilar
- 54 El gigante rojo está enfermo. Por Fernando Valenzuela
- 60 La vida en un «chip». Por Gloria Otero
- 66 Crónica de una revolución. Por Manuel Toharia
- 70 La cultura. Por Fernando Savater
- 72 El artista invitado. Manuel Gutiérrez Aragón
- 73 CINE. Vicente Molina Foix
- 74 TEATRO. Alberto Fernández Torres
- 75 ARTE. Ángel González García
- 76 MUSICA POP. Rafael Gómez
- 77 MUSICA CLASICA. Alvaro del Amo
- 78 TELEVISION. Rafa Chirbes
- 80 VIAJES. Ana Puértolas
- 81 LIBROS
- 87 Propuesta de lectura. Los libros de la crisis. J. M. Naredo

Todo un relevo para
Mitterrand. El
«cerebro» de la
planificación francesa
se llama Michel
Rocard. Izquierdista
en mayo del 68,
socialdemócrata en
1983.

Pág. 40



El ordenador casero
invade España. Un
país donde aún reina
la escoba en los
hogares medios.

Pág. 60



Los fundadores de MAYO, y el equipo de periodistas que hace la revista, tienen el propósito, en marcha desde hace cinco meses, de editar una publicación comprometida. Comprometida en el cambio político que se ha iniciado en España, comprometida en la voluntad crítica ante dicho cambio, comprometida en recoger las distintas sensibilidades actuantes en la realidad española. Y, además, MAYO quiere ser una revista útil para sus lectores. Un mensual puede ser una plataforma adecuada para dichos planteamientos.

La selección de temas de este número cinco debe indicar, mejor que por menorizadas declaraciones de principios, el sentido de la vía a que nos referimos. El «tema del mes», sección que se mantendrá en los números posteriores, está dedicado a algunas de las cuestiones de fondo en las que sitúa el espinozo problema de las relaciones entre el Gobierno socialista y los trabajadores. El reciente acuerdo salarial, con toda su importancia, no resuelve las grandes incógnitas que permanecen abiertas en este terreno. Un terreno peligroso en el que se mueven, cada vez más desazonados, dos millones de parados: la huelga general de Gijón es una clara advertencia en este sentido.

Un trabajo de Miguel Ángel Aguilar aporta importantes elementos de reflexión sobre una cuestión que algunos consideran intocable: los presupuestos militares. Un problema decisivo, por la dimensión económica del mismo, pero también porque a través de su discusión abierta, como si de otro gasto más del Estado se tratara, se puede ir avanzando en la desacralización de todo cuanto rodea al Ejército en España.

El seguimiento de la realidad internacional es otra preocupación de MAYO. La situación sindical y laboral en algunos países europeos, una larga entrevista con Michel Rocard, ministro de planificación francés, y un análisis sobre la situación de la economía soviética forman parte de este empeño.

Tres firmas conocidas se incorporan a la revista: la de César Alonso de los Ríos para escribir una crónica política, en este caso dedicada a comentar incisivamente lo que él considera «fallos de comunicación» del actual Gobierno; la de Manuel Gala, que hace su primer análisis para MAYO de la evolución de la situación económica, y la de Fernando Savater que con su peculiar estilo y aguda sensibilidad traza una crónica de los hechos de la cultura y de la sociedad a través de la cultura.

El artículo de Savater abre una sección importante de la revista. Es precisamente la sección de cultura, que se renueva con la incorporación de destacados especialistas en la crítica de los diversos ámbitos. El lector observará que el espacio dedicado a estas páginas ha aumentado considerablemente; es ésta una opción en cuyo interés confiamos firmemente.

No podemos concluir estas líneas sin hacer una petición a los lectores: la de que aporten a MAYO sus ideas, sugerencias o críticas respecto de la realidad circundante en forma de carta a la redacción. La incorporación de estas ideas es el mejor modo de alimentar el necesario debate sobre la política, la economía, la sociedad y la cultura.



CARTAS DE LOS LECTORES

Siendo uno de los objetivos de MAYO ofrecer una sólida tribuna para los diversos debates sobre problemas que afectan a la mayoría o a una significativa minoría de los españoles, pretendemos en esta sección la publicación de todas aquellas cartas que, de forma necesariamente resumida, expongan opiniones y puntos de vista que estimulen la reflexión sobre cuestiones de interés. Animamos por tanto a nuestros lectores a participar de esta forma en la marcha de una revista que consideramos también de todos ellos.

La lucha contra el paro

(...)

El paro no es un problema derivado de una deficiente e inadecuada gestión de política económica, sino un rasgo propio de la acumulación económica internacional, que beneficia a los centros hegemónicos del poder transnacional y sus aliados locales, bancarios, financieros, usureros, mercaderes y burocratas.

¿Cuál es pues el balance de un programa económico como el del PSOE que parte de una presunción precisamente contraria y que ha permitido remediar el problema del paro a través del incremento de la modernización y de la competitividad capitalista exportadora?

Basta con aplicar la estricta lógica para deducir cartesianamente del lado de quién se sitúa —objetivamente— este programa: con toda razón alguno de los grandes banqueros ha llegado a afirmar en estos días pasados que «este programa era el suyo»...

Por si existieran pocas dudas ahí están, además, los primeros e infelices pasos del nuevo gobierno que, en lo económico, ha trasladado hacia las capas menos privilegiadas la mayor parte de la repercusión de la subida de los precios energéticos (por ejemplo, la subida desde 605 a 725 pesetas de la botella popular de butano, la más recurrida de las fuentes de abastecimiento familiar de las capas sociales más pobres).

El programa que en su momento presentara ante las elecciones el PCE no era distinto del programa del PSOE; y si cabe, era aún más oportunista. Ambos programas, al

igual que todos los programas de las fuerzas políticas de la derecha, en este «Estado de las autonomías», comparten un análisis económico tan insuficiente como incompleto y desafortunado. Y cada uno parece encender su vela al santo de su devoción, en la confianza de que los denominados «países-locomotora» nos acaben sacando del agujero.

Así, Don Miguel Boyer confía en el remonte de la economía mundial, y en el programa del PSOE se puede leer que el logro del objetivo de la creación de los 800.000 puestos de trabajo se pretende a través de un «ritmo de crecimiento económico suficiente para crear ese volumen de empleo, a la vez que se incrementa el nivel de competitividad de la economía española (...) haciéndose (...) necesario, por tanto, una política expansiva, desarrollada dentro de un plan general de crecimiento a medio plazo que lleve a cabo la indispensable modernización de la economía. (Programa Electoral del PSOE, apdo. 2). (...)

La acumulación de poderes fácticos y de mecanismos reales de presión en todos los aspectos, que un volumen creciente de inversión extranjera tiene para toda economía nacional debe ser cuidadosamente tenida en cuenta pues siempre supone —y progresivamente— una pérdida o desplazamiento de la posibilidad local de toma de decisiones. Esto es algo que en el programa del PSOE se infravalora en gran medida, y conviene recordar que un cambio social y económico no se logra normativamente, ni mucho menos, como un simple declaración de buenos deseos.

Francisco Alburquerque
Profesor de la Universidad Complutense de Madrid

PSOE y energía nuclear

La situación actual del tema nuclear es claramente pesimista, mucho más que lo que ya se podía intuir leyendo el programa electoral del PSOE, donde la presión de los poderes fácticos ya había hecho rebajar la consigna de moratoria nuclear por expresiones más cautas y donde se admitió la necesidad de contar con algo más de 7.000 Mw nucleares.

En efecto, lo que era un mero rumor al principio ha ido cogiendo cuerpo a través de las explosivas declaraciones del propio Solchaga, configurando una verdadera vuelta de la tortilla energética. Las mismas personas que elaboraron el Plan Energético de la UCD, con la excepción del famoso Magaña, han sido encargadas de reelaborar el Plan del PSOE, lo que claro está, impide cualquier cambio de planteamientos. Como además el frenazo económico es mucho más evidente, resulta muy difícil justificar los supuestos crecimientos del consumo energético, lo que a su vez hace difícilmente justificable la implantación masiva de centrales nucleares y coloca a nuestros feroz tecnócratas en un verdadero callejón sin salida.

Si este continuismo está haciendo chirriar la máquina del partido en el Gobierno que ve traicionada toda su estrategia energética preexistente, la manera de enfocar problemas tan agudos como el de Lemoniz puede hacer chirriar la conciencia de los militantes de izquierda del país. En Lemoniz, y digan lo que digan públicamente los miembros del ejecutivo, se ha abandonado cualquier intento de terminar su construcción en tanto los «miles» no se rindan. El problema

no gira en estos momentos en torno a la opción de seguir o abandonar, sino en torno a quién va a pagar los costos del desaguisado.

Y parece que el PSOE acepta el principio ya pactado por la UCD de que sea el estado quien nacionalice las pérdidas. En realidad, se puede decir que sólo los problemas jurídicos que se encontraron en ley de incautación salvaron a este país de que en agosto pasado, y como siempre aprovechando la calma chica de las vacaciones, la central se hubiera nacionalizado. Ahora, con un Consejo de Intervención inservible, sólo cabe esperar el momento en el que se adopte la decisión definitiva de liberar a los pobres empresarios de los desperfectos generados a lo largo de muchos años de cabezonería.

Javier Olaverri
Diputado de Euskadiko Ezkerra
en el Parlamento Vasco

Amb tot l'enyor de demà (con toda la nostalgia por el mañana)

(...) Sosegadamente, nos atrevemos a afirmar que Felipe González confunde «deberes del funcionario para garantizar los derechos de los ciudadanos de las Comunidades Autónomas bilingües» con «funcionario discriminado». Lamentablemente, esta confusión ya tiene el privilegio de ser considerada, nada más y nada menos, como una verdad de sentido común (...)

El conocimiento de las dos lenguas oficiales de las comunidades autónomas bilingües es un deber de los funcionarios de la Administración Pública; sean funcionarios traspasados, o sean funcionarios constitui-

cionalmente intransferibles. Obviamente, cuando hablamos de Administración Pública, incluimos a la Administración de Justicia, al Notariado y al Registro Civil; excluimos a las Fuerzas Armadas, pero no a las de Seguridad del Estado. Ese deber, se deriva del derecho de los ciudadanos de las Comunidades Autónomas bilingües a relacionarse con la Administración autonómica o periférica del Estado en la lengua oficial que libremente escoga. Así pues, todo funcionario, sea juez o notario, o maestro, que sólo conozca la única lengua oficial durante el franquismo, es un obstáculo para el ejercicio de la libertad de elección del ciudadano de una Comunidad Autónoma bilingüe. (...)

El bilingüismo de los funcionarios en las Comunidades Autónomas bilingües es, también, como el coche de la parábola electoral de Felipe. Lo podemos poner marcha atrás, o dejarlo en punto muerto, viendo discriminaciones donde no hay sino nuevos deberes, nuevas cualificaciones de los funcionarios. También alguien puede pretender ponerle la directa, y puede obligar, por ejemplo, a que, antes de verano del 83, todos los funcionarios de Ses Illes, del País Valencià, de Catalunya, de Galiza, de las zonas euskaldunes, de las comarcas catalanohablantes del levante aragonés, superen unas pruebas de competencia lingüística en catalán/gallego/euskera. Esa última solución es pura ucronia, nacida de paranoias, o de manías obsesivas, ambas inconstitucionales. (...)

Por lo que atañe a Catalunya, el «poner la primera», la «llíea de Normalització de la Llengua Catalana a Catalunya» querrá decir que se seguirá reciclando al actual funcionariado; que se creará un Servei, que con sus traducciones suplirá la lógica ignorancia de administrativos, jueces y notarios; que los funcionarios de nuevo ingreso habrán adquirido y demostrado competencia lingüística bilingüe en L'Escola D'Administració Pública de

Catalunya. Querrá decir que desde la promulgación de la «Llei» el «Diari Oficial» será bilingüe; que, para 1985, todos los formularios de la Administración de la Generalitat —que incluye Conselleries i Ajuntaments y el Sindic de Greuges— han de ofrecerse en ambas lenguas oficiales. Querrá decir que todos los topónimos y nombres de calles han de rotularse en catalán. Y, sobre todo, querrá decir que todos los niños y niñas que terminen la EGB en 1991 han de saber tanto catalán como castellano, tanto castellano, como catalán; y han de haber estudiado el resto de asignaturas, tanto en castellano como en catalán.

Aplicando sosegadamente, con toda la nostalgia por la mañana, estos preceptos, las afirmaciones de Felipe, en su vertiente de dios Janus futurista, serán algo más que una posibilidad, serán un hecho consumado, ya que permitirán que «llegue un momento de la historia en que será natural, no impuesto por nadie, que se utilice una u otra lengua».

Fontxo Blanc y Xavier Sabaté

Enseñantes y militantes del PSC y de FETE-UGT

Catalunya

Libertades no formales

En primer lugar le diré que me gustó mucho el artículo de F. Lobo en el n.º 4, ya que supone una muy interesante aportación al debate medicina privada/medicina pública. Estoy plenamente de acuerdo con la necesidad de iniciar el combate propuesto por Lobo pero creo que no solamente habría que llevarlo a cabo en el terreno de la economía sanitaria, sino en el puramente sociológico. En otras palabras, empezar por desenmascarar las posturas claramente corporativistas que hay detrás de la polémica. ¿Ha de «vivir» mejor el médico que cualquier otro profesional? Evidentemente la mayoría de

los profesionales no tenemos la posibilidad de proponer a la sociedad esta especie de chantaje que algunos sectores de la llamada «clase médica» proponen con su defensa a ultranza de la medicina privada.

En esta línea de anticorporativismo me parece que sería interesante que la revista tratase acerca de la historia, vicisitudes y estado actual de las llamadas profesionales liberales por excelencia: notarios, registradores de la propiedad, farmacéuticos, etc. Una pregunta que podría quizás resumir esta cuestión sería: ¿responden estas profesiones a lo que la sociedad actual, inmersa en una profunda crisis, espera de ellas? ¿Va a seguir esta sociedad aceptando su permanente «vacunación» contra dicha crisis?

En otro orden de cosas, creo que la revista debería profundizar mucho más en la defensa de las libertades, pero no solamente en las denominadas formales; hagamos el supuesto de que éstas ya se han establecido y que gozan de la aceptación de la mayoría. Me parece que ahora habría que dar un gran salto cualitativo para alcanzar esas otras libertades que nos permitan considerarnos una sociedad moderna y avanzada. Y uno de los primeros caminos a recorrer sería el de ayudar a la aceleración del proceso de secularización que evidentemente está en marcha, pero al que aún le falta un largo trecho por recorrer. Urge provocar ya la definitiva liberación de las conciencias, situar en los estrictos márgenes de la elección personal las creencias o espíritu religioso, entendido en el sentido usual del término. De esta forma, la sociedad podrá generar libremente las soluciones que cada momento histórico demande sin interferencias de poderes paralelos, como aún sucede con la Iglesia Católica y en temas clave como ha sucedido ya con el debate sobre el divorcio y como está sucediendo con la

despenalización del aborto (en estos días se ha podido apreciar la furibunda opinión del prelado de Sigüenza-Guadalajara) y como tendremos ocasión de contemplar cuando se relance el debate sobre el sistema educativo. A este respecto creo que la revista podría contribuir a iniciar un proceso informativo amplio sobre la conveniencia social de disponer de un sistema de enseñanza público de alta calidad, pues creo que la capacidad de manipulación de los defensores de la escuela privada es bastante notable, en cuanto se refiere a la información sobre estos temas. Véase a estos efectos el caso francés, menos importante cuantitativamente que el nuestro (la escuela privada representa globalmente, en cuanto a número de alumnos, el 16%, mientras que aquí debemos estar en torno al 40%) y en donde existe un sindicato de enseñantes que apuesta claramente por la enseñanza pública, mientras que la opinión pública, expresada mediante encuestas, se declara partidaria de la enseñanza privada en porcentajes de un 70 a un 80% (véase EL PAÍS del 18 de enero).

Me gustaría también ver tratados en las páginas de MAYO temas de medio ambiente, pero rehuyendo, a ser posible, el enfoque «bucólico-folklórico» de los mismos. Creo que sería interesante conocer y profundizar en las propuestas ecologistas que ya hayan sido formuladas en otras latitudes, así como las aportaciones españolas.

Julio V. Martín Pliego
Madrid

Entrevista con Aldo Ferrer

Jorge Fonseca es el autor de la entrevista con Aldo Ferrer, «Argentina está fanié y en bancarrota», publicada en el número 4 de «MAYO». Debido a un error involuntario, el texto no estaba firmado.



Los trabajadores y el Gobierno



UANDO se está cerrando este número de MAYO llega la confirmación de una noticia importante: hay acuerdo salarial entre los sindicatos y la patronal. El Gobierno socialista ha vencido su primera gran batalla. Aunque no todos los convenios serán fáciles, aunque sean previsibles ciertas tensiones, se ha alejado el fantasma de una conflictividad laboral generalizada. Al menos por motivos salariales.

La serenidad de las partes ha permitido el acuerdo. Entre otras cosas porque ninguna de ellas desea presentarse ante la opinión pública como responsable de empeorar aún más la situación laboral. Máxime cuando el paro alcanza a más de dos millones de personas. Eso ha podido frenar ciertas veleidades que podían detectarse en algunos sectores de la patronal.

El mantenimiento del poder adquisitivo de los salarios ha estado, hasta el último momento, en el centro del debate. El tope inferior de la «banda» acordada implica una reducción de los salarios reales. Y puede afectar a un porcentaje importante de empleados. Se ha dicho que eso puede llegar a ser aceptado por unos trabajadores que lo que más temen es la pérdida de su puesto; y también que, desde que empezó la crisis, los salarios han aumentado mucho, al menos lo suficiente como para poder soportar ciertos recortes. Para aclarar estos extremos es preciso conocer a fondo la evolución del mercado de trabajo en estos últimos años. A este fin se dedica el análisis que hacen para este «Tema del mes» Lluís Fina y Luis Toharia, dos destacados especialistas en la materia.

Otro tema central de las negociaciones ha sido la reducción de la jornada de trabajo decidida por el Gobierno y sus implicaciones salariales. Pero, por encima de estas discusiones, ¿cuáles son los efectos económicos de la medida? ¿Es ésta algo más que un punto, importante, de un programa electoral? José Ramón Lorente trata de responder a estas preguntas.

Por último, pero no en orden de importancia, es preciso conocer cuál va a ser la actitud de los sindicatos hacia el nuevo Gobierno. Formalmente las dos centrales mayoritarias han expresado su apoyo al nuevo gabinete. Pero se han expresado reservas, especialmente por parte de Comisiones Obreras. La huelga general de Gijón es un ejemplo de la dimensión que podrían alcanzar esas reservas; y tras ellas, como protagonista, aparecen las limitaciones para hacer frente al drama del paro. Es en este terreno donde, a la postre, se van a medir las eventuales diferencias entre los trabajadores y el Gobierno. Alberto Elordi describe la actitud de los sindicatos en torno a estas cuestiones.

El tratamiento del «Tema del Mes» concluye con un repaso a las experiencias de otros países europeos, con gobierno socialista, o con gobierno de derechas, en materia de relaciones entre el ejecutivo y los sindicatos, al hilo de las distintas políticas económicas. Lo que se hace, y lo que ocurre, más allá de nuestras fronteras es una referencia a tener en cuenta.

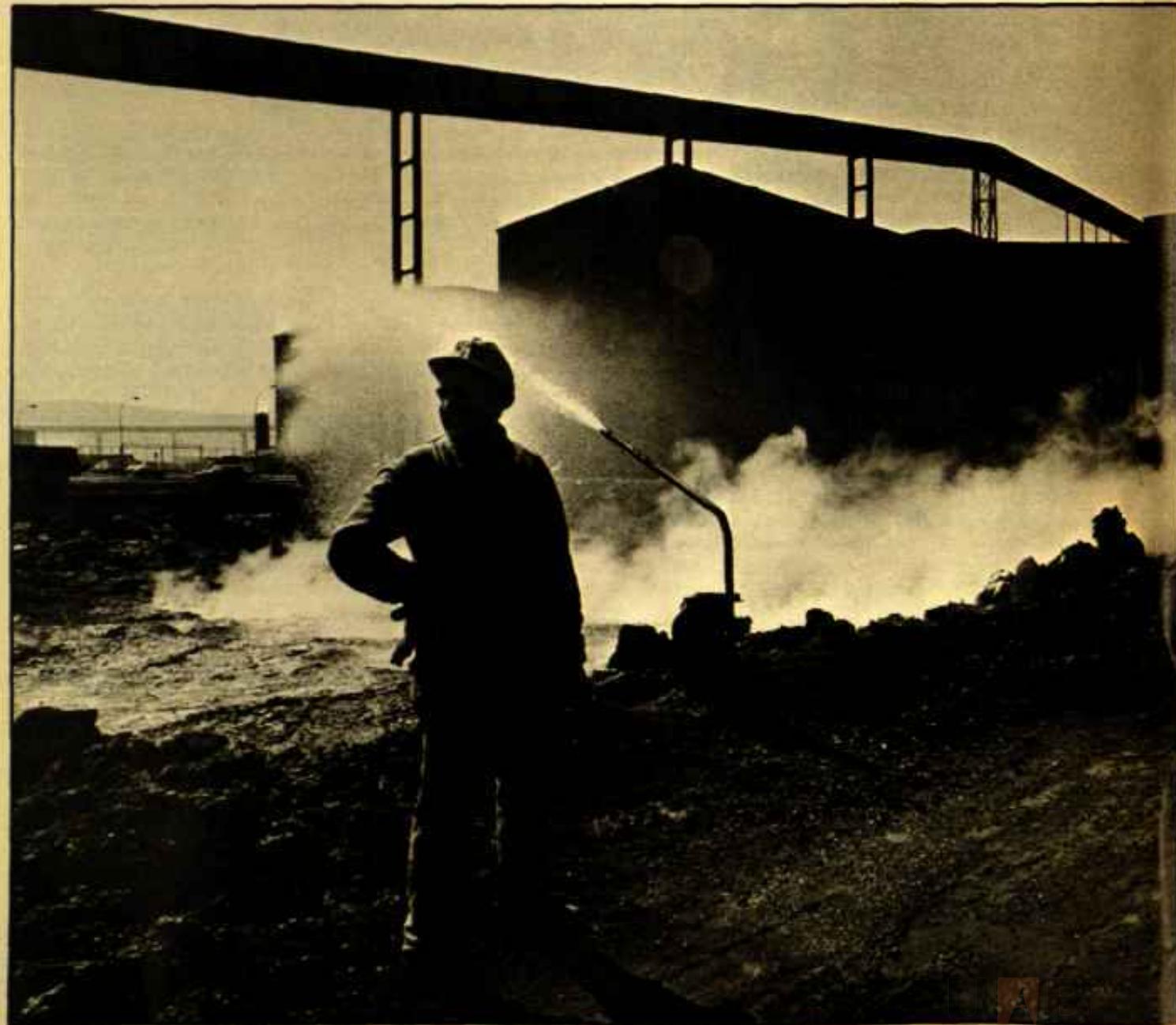


T

EMA DEL MES

La crisis
y el mercado
de trabajo

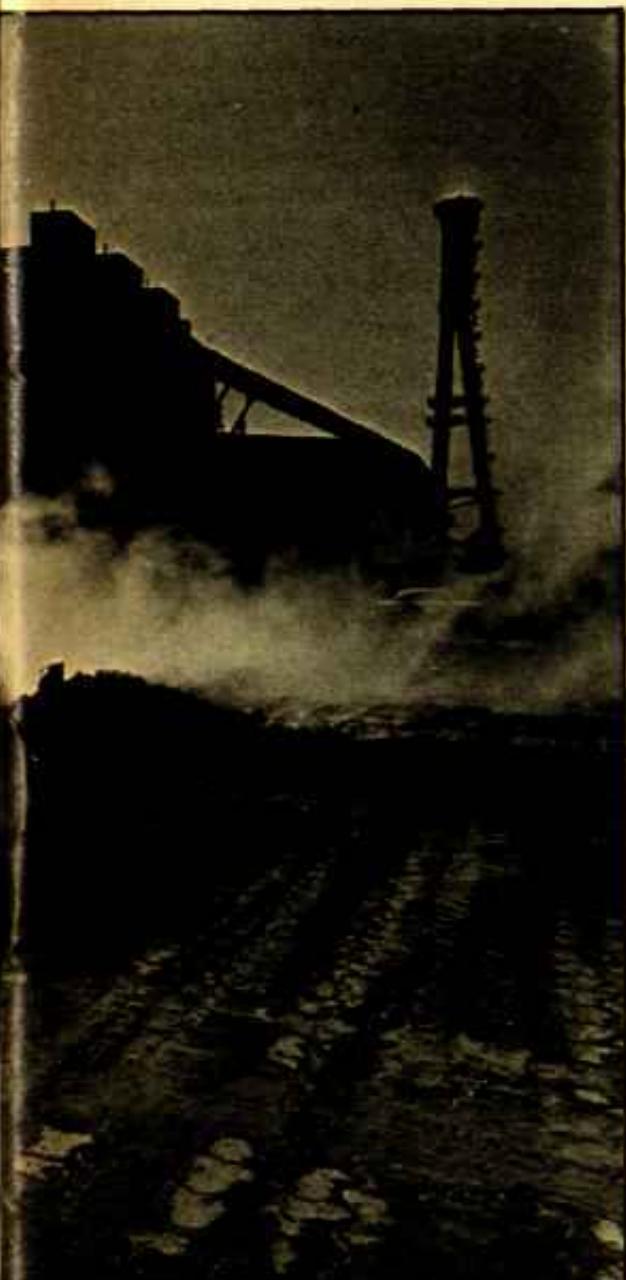
Los mil y un



Los sindicatos insisten, desde hace años, en que son los trabajadores los que han soportado el peso de la crisis económica. Dos millones largos de parados confirman plenamente esta triste impresión. Pero, ¿qué ha ocurrido con los salarios de los trabajadores que siguen empleados? ¿Es cierto que los obreros viven peor o, por el contrario, tienen razón quienes afirman que los salarios han crecido demasiado? Ocho años han pasado desde el inicio de la crisis y otros tantos desde que la muerte de Franco propició un cambio radical a los mecanismos de la negociación

colectiva en España. ¿Qué ha ocurrido con los salarios durante todo ese período? ¿Todos los sectores, todos los niveles salariales han variado de la misma manera? En el presente informe se analiza esta evolución, teniendo también en cuenta cómo se ha movido paralelamente la productividad del trabajo.

salarios



Fernando Herrero / COVER



LLUIS FINA
Universitat Autònoma
de Barcelona

LUIS TOHARIA
Universidad
de Alcalá de Henares

A inexistencia de adecuadas fuentes estadísticas es un grave problema de partida para conocer la realidad salarial. Existen, sin embargo, al menos tres fuentes oficiales que elaboran datos a este respecto:

— La Encuesta de Salarios del Instituto Nacional de Estadística (INE), realizada entre empresas de más de diez trabajadores del sector industrial y parte del sector servicios. Esta encuesta adolece de bastantes problemas, a pesar de las mejoras metodológicas introducidas en 1977 y, según el propio INE, sus resultados sesgan al alza la evolución salarial, sobre todo en los últimos años.

— Las estadísticas basadas en los aumentos salariales pactados en la negociación colectiva que elabora el Ministerio de Trabajo. En los últimos años, la fiabilidad de esta estadística ha mejorado sensiblemente, debido a la mayor y mejor sistematización de la recogida de la información. Sin embargo, presenta diversos problemas que obligan a hacer con sumo cuidado cualquier comparación entre sus resultados y los de las otras fuentes. Se trata, en primer lugar, de datos referidos a mínimos, y que por tanto no recogen las variaciones salariales debidas a los diversos pluses a los que pueden hacerse

acredores los trabajadores por lo que, pueden sobrevalorar o infravalorar el crecimiento salarial cuando disminuya o aumente la importancia relativa de tales pluses. En segundo lugar, incluye tanto los convenios de empresa como los de sector y, mientras que los primeros son más fiables y tienen un ámbito de aplicación bien delimitado, se sabe muy poco acerca de la significación, alcance y grado de cumplimiento de los segundos y por último se refiere, a tablas salariales o conceptos análogos y no puede, por ello, tomar en consideración la influencia que puedan tener en los salarios medios los cambios en la composición por ocupaciones de la mano de obra.

— Tenemos, finalmente las estimaciones de la Contabilidad Nacional de la remuneración global de los asalariados que, junto a los datos de la Encuesta de Población Activa, permiten estimar la evolución del salario medio por asalariado.

Para evaluar la situación del nivel de vida de los trabajadores, lo que nos interesa analizar es la evolución del poder adquisitivo de los salarios, es decir, una vez descontadas las variaciones del Índice de Precios de Consumo (IPC), que es la variable de precios relevante para los trabajadores. En el Gráfico y en el Cuadro aparece la evolución de dicho poder adquisitivo.

Estadísticas para todos los gustos

Los datos resultan muy sorprendentes. En materia de variación de salarios, hay estadísticas para todos los gustos. Si nos atenemos a la Encuesta de Salarios del INE, el nivel de vida de los trabajadores ha mejorado mucho, situándose en 1981 en un nivel superior en un 50% al de 1973. Además, el poder adquisitivo de los salarios ha seguido siempre una tendencia ascendente sin que, al

parecer y siempre según esta fuente estadística, ni la crisis económica ni las sucesivas políticas de rentas (Pactos de Moncloa, AMI, ANE) hayan hecho cambiar de sentido a dicha tendencia. Con todo, cabe señalar que las tasas de crecimiento de 1980 y 1981 representan una clara desaceleración del crecimiento salarial.

En el polo opuesto, las estadísticas de los salarios pactados en la negociación colectiva apuntan a una pequeña mejoría global entre 1973 y 1981, del orden del 10%, pero, sobre todo, señalan una pérdida continua de poder adquisitivo desde 1978, agravada en 1982, según las últimas cifras hechas públicas por el Ministerio de Trabajo y estimando, conservadoramente, el crecimiento del IPC en el último año en un 13%.

Ante estos dos polos estadísticos, determinar cual ha sido la evolución real de la capacidad adquisitiva de los salarios es, en buena medida, una cuestión de opinión, aunque ésta puede, claro está, basarse en las apreciaciones realizadas al principio de este epígrafe relativas a las peculiaridades y fiabilidad de las diversas fuentes. Para empezar, es poco creíble que los salarios hayan experimentado el fuerte aumento recogido por la Encuesta de Salarios, sobre todo en alguno de los últimos años. Puede haber ocurrido, como sostiene el propio INE, que la mejora de la calidad de las respuestas a la Encuesta por parte de las empresas en 1978 y 1979 haya sesgado al alza el crecimiento salarial reflejado en la Encuesta para esos años.

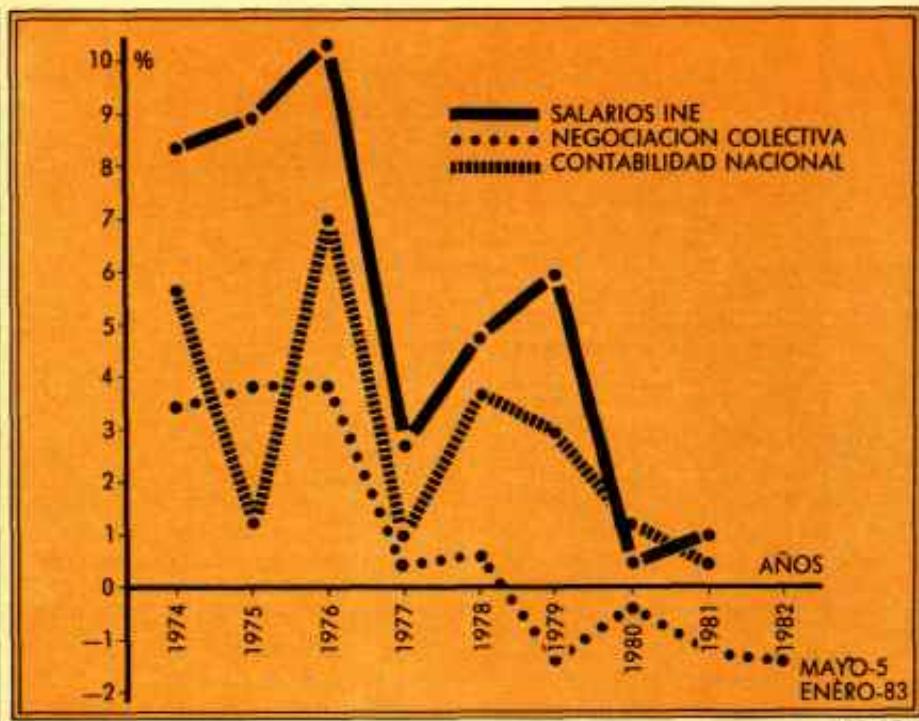
Por otra parte, es probable que los datos de la negociación colectiva infraestimen algo el crecimiento medio de los salarios debido a la existencia de los numerosos «flecos» que hacen que los salarios pactados y los realmente percibidos sean dos conceptos bastante diferentes. En suma, la evolución más probable que, a nuestro juicio, se deduce de los datos es que hasta 1977 el poder adquisitivo de los salarios mejoró sensiblemente

pero que, a partir de 1978, se ha producido una fuerte desaceleración cuyo resultado ha sido el estancamiento o incluso la disminución de dicho poder adquisitivo. No cabe duda de que la política de concertación y pactos iniciada en los Pactos de la Moncloa ha tenido bastante éxito y que, hasta ahora, la postura de los sindicatos ha sido realista en el sentido de aceptar que, hoy por hoy, lo más que se puede demandar (y ni siquiera eso) es el mantenimiento del poder adquisitivo de los salarios.

Salarios... y productividad

Una vez esbozada la evolución del poder adquisitivo de los salarios durante la crisis económica de los últimos años, cabe plantearse la pregunta de hasta qué punto los salarios han crecido excesivamente o, dicho con otras palabras, en qué medida puede responsabilizarse a la evolución salarial del espectacular aumento del paro. Para analizar el tema, debemos adoptar la perspectiva de las empresas, para quienes lo relevante no son los salarios sino el coste medio del trabajo por unidad de producto, que viene reflejado por la relación salarios-productividad (y da igual que estos conceptos se refieran a valores medios por trabajador y por hora). También debe señalarse que para las empresas los salarios relevantes incluyen las cotizaciones sociales que van ineludiblemente asociadas al uso del factor trabajo.

Pues bien, uno de los rasgos característicos de la economía española en estos últimos años ha sido el fuerte crecimiento de la productividad del trabajo, hasta el punto de que los costes laborales unitarios, expresados en términos reales (es decir, una vez descontado el aumento de los precios, medidos ahora por el deflactor implícito del Producto Interior Bruto, que es el índice relevante en



este caso) han venido disminuyendo desde 1977, según los datos de la Contabilidad Nacional.

Las causas de este crecimiento de la productividad constituyen una incógnita, a falta de estudios desagregados al respecto. Cabe adelantar una serie de argumentos explicativos puramente especulativos y ninguno de ellos plenamente convincente:

— en primer lugar, cabe argumentar que el aumento de la productividad se debe a un mejor aprovechamiento de la fuerza de trabajo y del equipo de capital existentes, derivado de una mejor organización del trabajo, de métodos más eficientes de control del rendimiento, etc. Este argumento, que es incuestionablemente válido, implica, sin embargo, que las empresas no funcionaban eficientemente antes de la crisis y que ésta les ha forzado a dar prioridad al mejor uso de los recursos disponibles, lo cual puede ser discutible.

— otro posible argumento es que es el propio aumento de los salarios el que, al reducir el nivel de empleo, hace que los trabajadores empleados produzcan proporcionalmente

más, al aumentar la parte del equipo de capital que les corresponde a cada uno de ellos. El problema es que esta explicación implica una disminución de la producción que en España no ha tenido lugar, aparte de otros problemas de índole teórica relativos al enfoque general del mercado de trabajo en que se enmarca el argumento.

— una tercera explicación puede ser que se trata de un efecto de composición o agregación. Según esta idea, la disminución del empleo correspondería a empresas de baja productividad que al cerrar hacen que la productividad media de las restantes empresas aparezca como más elevada. Una vez más, este argumento sólo sería válido si la producción hubiera disminuido, a menos que aumentara al mismo tiempo la productividad de las empresas supervivientes, pero entonces habría que explicar este aumento.

— un cuarto argumento podría basarse en un problema estadístico relacionado con la llamada «economía subterránea». Según esta idea la producción de la economía subterránea (por ejemplo, los zapatos producidos, que es un ejemplo típico de este tipo de economía) aparece recogida en las cifras de producción de la Contabilidad Nacional, pero el empleo no vendría recogido en las cifras de la Encuesta de Población Activa. La validez de este argumento, que implica que el aumento de la productividad es un mero espejismo estadístico, es difícil de evaluar puesto que desconocemos hasta qué punto la producción de la economía subterránea es recogida por las cifras de la Contabilidad Nacional y porque desconocemos la magnitud misma de la economía subterránea.

— por último, cabe señalar una aceleración en el proceso de introducción de tecnologías más intensivas en capital y más avanzadas, debido a que se puede acceder más fácilmente a ellas. El caso de la robótica y otros cambios técnicos facilitados por los avances de las aplicaciones microelectrónicas son ejemplos obvios. De nuevo, sin embargo, no es más que una posibilidad digna de estudio pero sobre cuya amplitud cabe plantear algunas dudas tanto por la información directa disponible, que indican una penetración todavía modesta de estas tecnologías, como por la escasa dinámica inversora registrada en nuestro país en los últimos años.

¿Y si no hubieran crecido?

Sean cuales sean sus causas, el aumento de la productividad ha permitido a las empresas recomponer, si bien en una pequeña medida, sus excedentes o beneficios. Por tanto, desde este punto de vista, no se puede decir que el crecimiento salarial haya sido «excesivo» en estos últimos años (aunque sí puede que lo fuera en 1976 y 1977, sobre todo en algunas actividades, como veremos más adelante), máxime si se tiene en

T

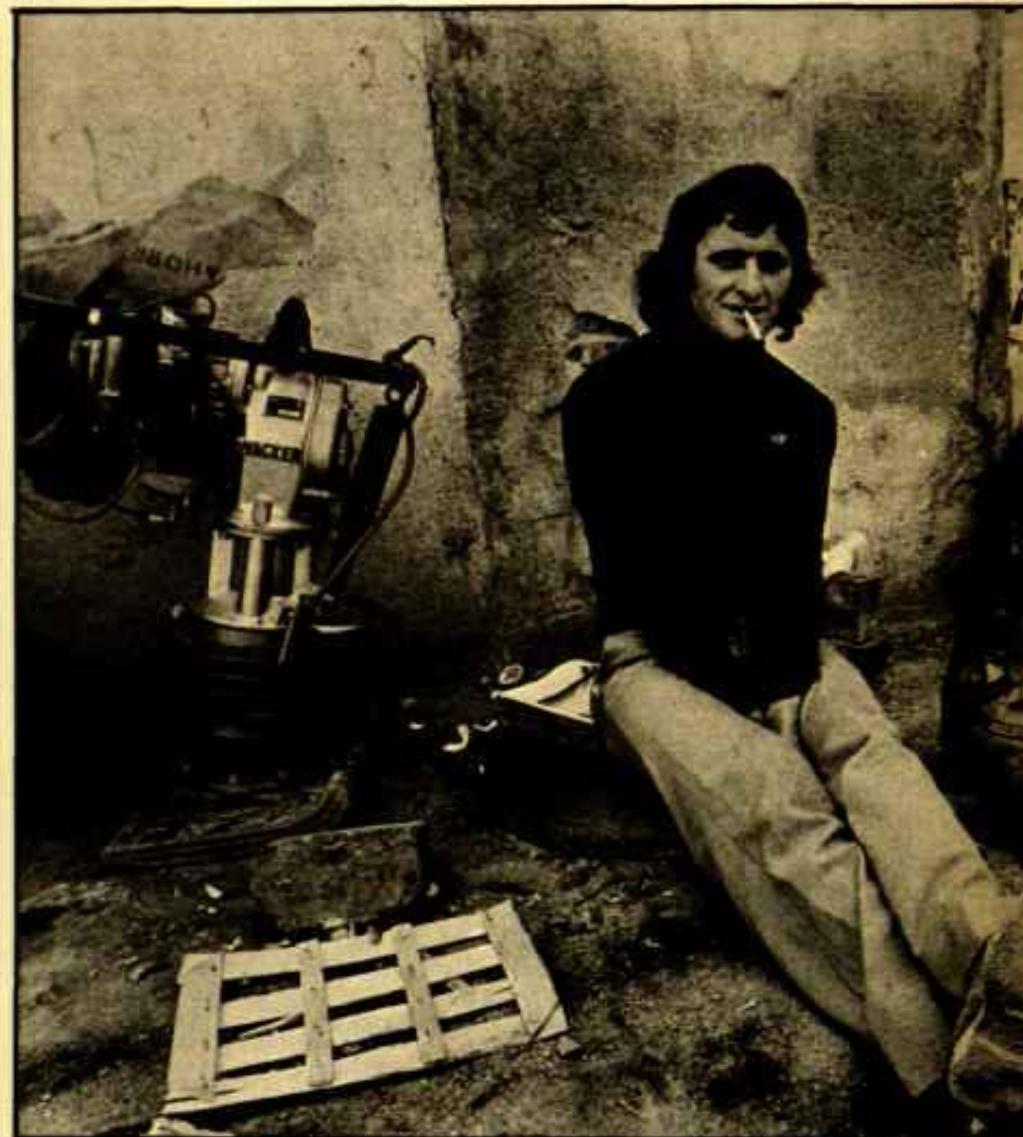
TEMA DEL MES

cuenta que gran parte de los aumentos salariales se han debido al fuerte aumento de las cotizaciones sociales. La mejora de los beneficios empresariales hubiera sido bastante más sustancial si dichas cotizaciones se hubieran mantenido constantes..

Por último, cabría preguntarse qué habría sucedido si los salarios no hubieran crecido nada o hubieran disminuido. Por una parte, parece que el consumo se hubiera resentido, lo cual hubiera debilitado aún más la tenue demanda global de la economía. Este efecto podría haberse visto compensado por un aumento de las exportaciones derivado de la mejora de la posición competitiva de nuestra economía frente al exterior. Aunque este argumento es incuestionable, cabe recordar que en 1981 las exportaciones españolas sólo supusieron algo más del 10% del P.I.B., es decir, que aunque las exportaciones son sin duda una importante fuente de demanda, constituyen una proporción relativamente pequeña de la misma.

Por otra parte, cabría sostener que los menores salarios habrían fomentado directamente el aumento del empleo. Creemos que este argumento es más que discutible, si se considera desde el punto de vista de la economía en su conjunto. En una situación de crisis como la que está viviendo la economía española, las expectativas de ventas son una variable más importante que los costes laborales sobre todo cuando se trata de crear empleos fijos.

Además cabe preguntarse no sólo por la magnitud del hipotético efecto favorable que una mayor contención salarial hubiera podido tener sobre el nivel de empleo, sino también por el tipo de puestos de trabajo a los que hubiera podido afectar. En una economía moderna, el nivel de empleo de las empresas viene determinado en buena medida por decisiones sobre tecnología que se toman en un horizonte y en base a consideraciones mucho más amplias que

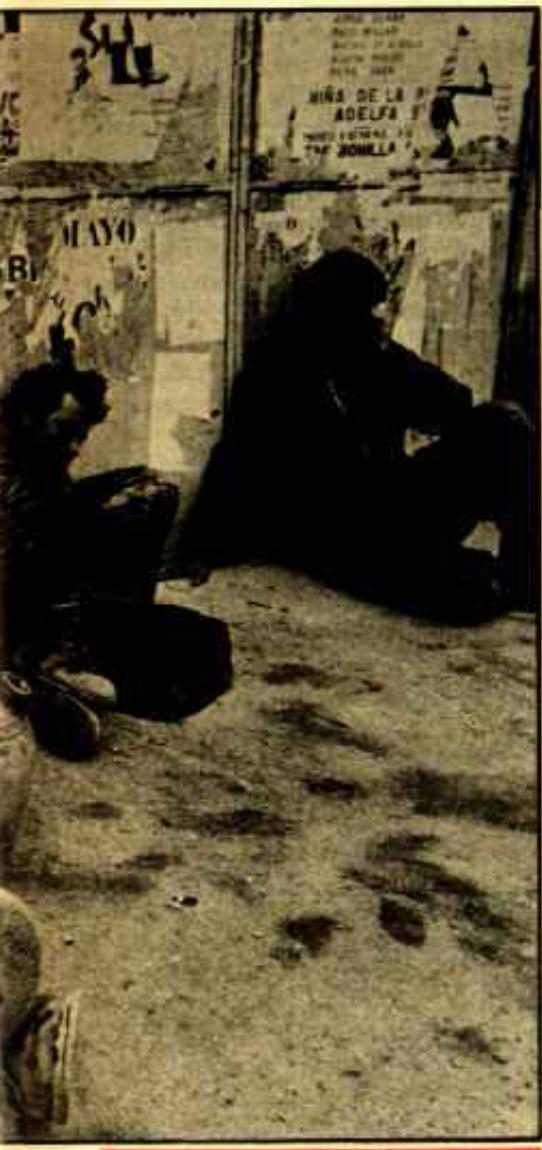


los niveles salariales vigentes en un momento dado y buena prueba de ello lo constituye la falta de sensibilidad del empleo ante los acuerdos salariales de los últimos años. Sólo en actividades muy marginales o en puestos de trabajo de tipo servil es probable que hubieran aparecido algunos efectos positivos sobre el empleo, derivados de una contención salarial más drástica. Para el conjunto de la economía, en cambio, creemos que el mercado de trabajo no es un mercado como otro cualquiera y por tanto no puede analizarse con los argumentos clásicos de los

economistas, basados en la oferta y la demanda.

Queda la cuestión final —aunque lógicamente previa a todas las demás— de si una contención salarial más drástica hubiera sido, simplemente, posible. No se trata (o no se trata únicamente, como suele darse por supuesto) de si los sindicatos o sus líderes hubieran estado dispuestos a aceptarla. Más bien, pensamos que los salarios desempeñan un papel mucho más amplio que el que suelen asignarles los economistas, que está relacionado con lo que podríamos denominar «modelo de

Hemeroteca General
CEDOC



relaciones laborales» y que hace que tras su crecimiento se encuentren muchos más factores que la simple negociación colectiva o la situación del mercado de trabajo, como muestran muy claramente las estadísticas consideradas antes.

En suma, pensamos que una disminución de los salarios reales no sólo no habría servido para crear empleo sino que además habría producido tensiones sociales y habría agravado aún más la crisis tanto por la menor productividad derivada de dichas tensiones como por la reducción del consumo antes apuntada. Pensa-

mos, asimismo, que la competitividad internacional de los productos españoles no puede basarse ni única ni principalmente (por lo menos en el marco político democrático vigente) en bajos niveles de salarios. Con ello no queremos decir que la economía de este país no permita o no se beneficiaría de cualquier otra política salarial diferente de la seguida, aunque sí pensamos haber mostrado que el endurecimiento de la misma es duramente posible y deseable.

Asalariados pobres y ricos

Hasta ahora hemos considerado únicamente la evolución de unos niveles salariales medios y conviene preguntarse hasta qué punto dicha evolución es representativa de la experimentada por la mayoría de los asalariados. Se trata de ver, pues, si hay algún colectivo de trabajadores que haya quedado rezagado en el crecimiento salarial que hemos descrito o algún colectivo que haya obtenido mejoras particularmente destacadas.

El interés principal de la cuestión proviene del hecho de que el salario tiene un aspecto «social», en el sentido de que no se considera únicamente como la contrapartida por la prestación de determinados servicios o como un simple medio para satisfacer unas necesidades dadas. Es, además, un indicador de la valoración que la sociedad concede a una determinada labor, por lo que no es extraño que en su determinación influyan factores valorativos como la autoestima o lo considerado como «justo», independientemente de que ello coincida o no con lo que pueda resultar de las denominadas «fuerzas del mercado». En otras palabras, al evaluar un determinado nivel salarial, los individuos considerarán no solamente su valor absoluto sino

también su valor relativo. En este caso, un cambio en las relaciones salariales habituales puede conducir a un proceso continuo de «caza» de unos salarios por otros e imposibilitar la reducción de la inflación salarial.

En nuestro caso, las normativas derivadas de los acuerdos salariales de los últimos años han sido bastante neutras en este aspecto. Las normas salariales han sido establecidas en términos de aumentos proporcionales, básicamente iguales para todos, por lo que no es de esperar que se hayan producido grandes cambios en las relaciones entre los salarios de unos trabajadores y otros a pesar de la gran desigualdad que presenta la incidencia de la crisis económica sobre los diversos colectivos. Cabe señalar, como excepciones destacadas a esta regla, la recomendación igualitaria contenida en la normativa derivada de los Pactos de la Moncloa de que, por lo menos, el 50 por ciento del incremento salarial se repartiera de forma lineal, y el gran número de excepciones y de posibilidades de «desenganche», así como la mayor indefinición del criterio y del concepto salarial, que van introduciéndose en los distintos acuerdos.

¿Cuál ha sido la evolución de hecho de las diferencias salariales y hasta qué punto refleja estos cambios de la normativa? Para responder a esta cuestión trapezamos, de nuevo, con el problema de los datos. Primero, porque no se tiene prácticamente ninguna información para conocer cuál ha sido la evolución de algunas diferencias salariales muy importantes; así ocurre, por ejemplo, en el caso de las diferencias de salarios entre hombres y mujeres, aspectos sobre los que la nueva encuesta del INE deja de dar información, en el caso de las disparidades regionales, sobre las que sólo se dispone de promesas de que algún día se investigarán, o en el caso de las diferencias entre el sector público y el sector privado. Se-



gundo, por el escaso o inadecuado nivel de detalle de la principal fuente de datos de la que se puede obtener alguna información, la citada Encuesta de Salarios del INE. Concretamente, con esta fuente sólo se pueden analizar las diferencias salariales entre actividades económicas, de las que únicamente distingue 22 grupos, y entre lo que denomina «categorías profesionales», impropriamente en algunos casos, ya que toma agrupaciones poco adecuadas pero utilizadas administrativamente para la restauración de las cuotas de la Seguridad Social.

Con estas limitaciones estadísticas en mente, el hecho más destacado que muestran todos los indicadores relativos a las diferencias entre actividades económicas es que a partir de 1979 se detiene y cambia de sentido el notable proceso de igualación salarial que se observa entre 1976 y 1978. Este proceso puede ser interpretado, en buena parte, como resultado de los agravios comparativos que se fueron acumulando, durante los primeros años 70, en aquellas actividades en las que para los trabajadores era particularmente difícil organizarse y obtener los mismos incrementos salariales conseguidos en las actividades en las que la negociación colectiva a nivel de empresa era más importante.

A partir de 1976, con el sindicato vertical en fase de derribo, va haciéndose posible imponer verdaderas negociaciones en estas industrias y recuperar parcialmente las posiciones perdidas, a pesar de que la crisis ya se dejaba sentir con una fuerza especial en las mismas y a pesar de que esta mayor presión salarial pudiera implicar pérdidas de puestos de trabajo. Concretamente, en algunos de estos años, sectores industriales que presentan niveles salariales de entre los más bajos, como el calzado, madera y muebles o el textil, consiguen aumentos salariales, muy por encima de la media. A partir de 1979, sin embargo, las

elevados tasas de paro que se experimentan en estas industrias truncan el proceso, lo cual se refleja y, al mismo tiempo, se refuerza por la mayor vaguedad de la normativa salarial a la que hemos aludido.

Por lo que se refiere a las diferencias entre categorías profesionales, los datos considerados muestran todo tipo de cambios, con variaciones poco sistemáticas de un año a otro, por lo que pueden hacerse pocas informaciones generales. Entre las posibles, no obstante, quizás debe destacarse que esta información salarial no presenta en absoluto una disminución general de las diferencias de salarios entre ocupaciones. Más concretamente, el reparto lineal de

1978, que ha recibido comentarios muy negativos en algunos medios, apenas se refleja en las actas de salarios del I.N.E.; en dicho año se observa, más bien, un ligero aumento de las diferencias ocupacionales de salarios, incluso en sectores en los que venían reduciéndose desde hacia varios años y en los que se reemprendió este proceso en 1979.

En suma, la distribución salarial española, una de las menos igualitarias en comparación con los principales países europeos, ha presentado cambios relativamente moderados, en los últimos años y, tras algunos avances en un sentido igualitario, permanece inalterable o tiende a empeorar ligeramente.

Sindicatos y Gobierno

Bailar con la más fea



ALBERTO ELORDI

N la política económica de ajuste a la crisis que se viene intentando desde los primeros tiempos de la transición —y a la que, el nuevo gobierno socialista no es ajeno— es a los sindicatos, sin lugar a dudas, a quienes ha tocado bailar con la más fea.

Conocidos son los lamentos, convertidos en más de una ocasión en práctica política, de los dirigentes sindicales por lo que ellos consideran la marginación de las centrales a la hora de la toma de decisiones por parte del Gobierno, el Par-



El temor a la presión sindical llevó a los comunistas al Gobierno francés. En España los sindicatos han expresado su voluntad de apoyar al Gobierno. ¿A qué precio? Todavía no está fijado. Y es esa una cita pendiente. Otra gran cuestión planea sobre el panorama sindical: ¿hasta dónde van a llevar las centrales ese planteamiento de apoyo indirecto al Gobierno? ¿Aceptarían una política económica que en una u otra medida respondiera a las presiones de la patronal? De otro lado la fuerza sindical está dividida y sufre graves problemas internos que acucian la búsqueda de un protagonismo. En este crítico marco, que se analiza en profundidad en este trabajo, habrá de desarrollarse una de las líneas cruciales de la tarea de gobierno.

lamento y todo tipo de instituciones que conforman el entramado legal del sistema democrático. La expresión «los parientes pobres de la democracia» referida a los sindicatos es pan de cada día, sobre todo cuando sus dirigentes reflexionan sobre el papel que les ha tocado interpretar en un país en el que casi todo, aunque inventado hace tiempo, no se ha hecho más que estrenar.

Decimos bailar con lo más fea porque apenas puede negarse que el sindicalismo de nuestro país es consciente desde hace mucho tiempo de que aquí las habas están contadas y

bien contadas. La historia reciente del movimiento obrero organizado viene a corroborar este extremo. Desde los Pactos de la Moncloa, pasando por los dos acuerdos interconfesionales —momento culminante de la división sindical—, hasta el más reciente Acuerdo Nacional sobre el Empleo, las dos centrales mayoritarias han apostado por una vía que necesariamente va a imprimir carácter al futuro sindicalismo que, poco a poco, va despuntando: la concertación social, los acuerdos en la cúspide a partir de los cuales los grandes temas laborales quedan más o

menos atados, acortándose de este modo obligadamente las respuestas de los trabajadores.

Vaya por delante que, como es notorio, este tipo de acción sindical que para la UGT representa un hito en las relaciones industriales que no tiene parangón en ningún otro país, se inició, desarrollo y pareció haberse consolidado en momentos en los que la titularidad del Gobierno y la mayoría parlamentaria estaban en manos de la derecha. Ese caminar por la vía del acuerdo —al que evidentemente no eran ajenos los condicionantes políticos— fue entendido y asumido por los trabajadores —muchos de ellos ni siquiera sindicados— sin mayores problemas. De este modo, disponer de un punto de partida para elaborar la Constitución, celebrar las segundas elecciones, comenzar a desarrollar el proceso autonómico, acudir a la reconversión industrial o a la reestructuración de sectores productivos, superar la crisis producida por el intento de golpe de Estado, fue menos traumático de lo que se esperaba. El sindicalismo había adoptado un papel comprensivo ante la difícil situación en la que se vivía y su actitud de responsabilidad, moderación y apertura al diálogo

Hemeroteca General

CEDOC



fue uno de los principales elementos en la consolidación del proceso y, presumiblemente, de la misma victoria de la izquierda en las recientes elecciones.

Pero también se había producido otras cuestiones novedosas —en el ANE fundamentalmente— que, sin embargo, han pasado inadvertidas. «En el Acuerdo Nacional sobre el Empleo —cuyo incumplimiento en materias decisivas no vamos a negar— superamos lo que era la mera negociación salarial, alcanzando los sindicatos un mayor protagonismo, lo que en último término suponía una mayor participación de los trabajadores en la vida económica del país. Y esto era así, sobre todo, porque se nos permitía, si no un control, si por lo menos un mejor y más inmediato conocimiento de todo lo que concernía a la inversión pública, sobre todo en relación con el problema del paro», nos dice Alfonso Vázquez, economista de CCOO.

El ANE es ya historia y todo parece indicar que las relaciones gobierno-sindicato-patronal caminan hacia otros derroteros, lo que necesariamente no implica que la práctica de estos últimos años vaya a echarse en saco roto. Vaya por delante que todavía es prematuro o por lo menos problemático tratar de definir hasta sus últimas consecuencias el modo y el hacer de la nueva administración de izquierda. Es un hecho que el gobierno socialista no ha hecho más que adelantar algunas —quizás pocas— de las líneas maestras de lo que va a ser su política a lo largo de los próximos cuatro años. En cualquier caso, el programa electoral del PSOE —apoyado por diez millones de ciudadanos— es lo suficientemente explícito como para permitirnos, en función de la política económica socialista ya definida, referirnos a la actitud sindical que se prevé así como a los ejes que los sindicatos consideran fundamentalmente a la hora de elaborar la suya cara al futuro.

La política de lo posible

Alfonso Vázquez mantiene la opinión de que el margen de maniobra en un país como España es muy escaso. «Durante un tiempo el PSOE —nos dice— va aplicar una política similar a la de UCD; no se va producir una ruptura económica con lo que hacia UCD. El camino por el que se ha decidido el gobierno socialista va en el sentido de desarrollar la política de ajuste a la crisis con los menores costes posibles». «El PSOE —prosigue— va a hacer la política de lo posible, una política que puede concitar apoyos porque creo que es lo suficientemente avanzada, sobre todo si tenemos en cuenta que estamos en los momentos más bajos de la capacidad de respuesta de los movimientos populares».

De alguna manera, lo que Alfonso Vázquez viene a decir es que el PSOE difícilmente podría hacer otro tipo de política —se refiere fundamentalmente a la política económica— habida cuenta de la situación del país y de la propia de la izquierda —sindicatos incluidos—, que atraviesa, paradojicamente después de alcanzar una resonante victoria, por uno de los momentos más bajos en cuanto se refiere a su capacidad de movilización. El ejemplo —por lo que al plano sindical se refiere— de la reducción de jornada puede ser paradigmático.

Los últimos acontecimientos, a la espera del resultado final de la discusión de la negociación colectiva del presente año, permiten afirmar a Alfonso Vázquez que «es posible que el gobierno se tenga que echar atrás por la presión empresarial. La administración tiene dos opciones: una seguir adelante con las 40 horas, cuestión que los sindicatos muy difícilmente van a conseguir en la práctica, y otra, dejarlo al arbitrio de la negociación colectiva, con lo que el programa del PSOE se rebaja».

Es este tipo de cuestiones lo que más preocupa a CCOO; fundamentalmente, que el gobierno socialista sea capaz de comprender —así lo manifiesta Alfonso Vázquez— que cualquier política económica que se quiera aplicar en España necesita como condición imprescindible el contar con una amplia base social que la respalde. Temas como la productividad no pueden ser tratados como lo han sido hasta ahora. Es cierto que en los últimos años la productividad media del país ha aumentado, pero, en opinión de los sindicatos, tal hecho se ha producido a costa de las reconversiones y reestructuraciones industriales —con evidente repercusión en el empleo— y por la mortandad de las empresas. Para CCOO esa deseada e ineludible mejora de la productividad debe ser consecuencia de la del sistema productivo y de una nueva fórmula de la relación industrial —democracia en la empresa—, cuestiones ambas muy difíciles de alcanzar sin un amplio consenso social, porque el aumento de la productividad es un proyecto social, es mucho más que algo que se cambia por otra cosa, por ejemplo, productividad por salario.

Quizá es aquí donde con mayor aproximación se plantea la filosofía sindical que parece animar a los miembros de CCOO, y posiblemente la que más les separa de la Unión General de Trabajadores. El planteamiento de una política de concertación social que no contemple exclusivamente la negociación colectiva —que normalmente se centra en salarios y jornada— no es nuevo en este sindicato pero, sin lugar a dudas, la actual situación política lo pone de mayor actualidad. Los acontecimientos sindicales de los últimos años —elecciones sindicales, Estatuto de los Trabajadores, Ley de Empleo, etc.— hacen prever que CCOO no se va a ver tentada en el futuro a desmarcarse de los posibles acuerdos, o cuando menos negociaciones, que se puedan desarrollar con los



Jordi Sánchez/COVER

empresarios. Situaciones como la del AMI en la que un sindicato —CCOO— trataba en solitario de romper un acuerdo alcanzado entre una patronal y una central —UGT—, difícilmente se pueden repetir en la actualidad, máxime cuando gobierna un partido de izquierda.

No todo son salarios

Lo que sin embargo, interesa a Comisiones en su estrategia sindical, sin por supuesto hacerle ascos a pactar con los empresarios los parámetros de la negociación colectiva, es ir aún más lejos. «La negociación salarial sirve para poco —nos dice el técnico de

CCOO—: una enorme cantidad de cuestiones que interesan a los trabajadores quedan fuera de ella». Con independencia de esta negociación —que posiblemente se repetirá en años sucesivos— Comisiones quiere tratar más cosas. Ya lo intentó con otros gobiernos y, ahora, con los socialistas en el poder, considera que ha llegado el momento propicio de hacerlo. Retribución en el sector público y personal de la Administración, aumento de las pensiones, inversión pública, política fiscal, Estatuto de la Empresa Pública, reforma del Estatuto de los Trabajadores y la Ley Básica de Empleo, cobertura del desempleo, empleo, incremento del PIB, previsión del aumento de la tasa de productividad, Ley de Recon-

versión Industrial, salario mínimo, Seguridad Social... constituyen tan sólo algunas muestras del largo rosario de cuestiones que el que ya aparece como segundo sindicato del país quisiera tratar con el gobierno, con la otra central sindical, con los empresarios y hasta con los partidos.

En estas últimas semanas se ha hablado de la apertura de una segunda mesa de negociaciones en la que podrían ser tratados algunos de estos temas. Hasta el momento nada se ha concretado, pero CCOO sigue insistiendo en el tema porque en el envite le va mucho: hay quienes piensan que hasta su propia existencia como central sindical poderosa.

Sin embargo, por lo poco que se conoce, la estrategia gubernamental



TEMA DEL MES

parece caminar por otros derroteros. No ha sentado bien entre los hombres de Marcelino Camacho las últimas disposiciones de la Administración, y quizá no tanto por su contenido —aunque pueda ser discutible— sino más bien por el hecho de la ausencia de consultas con los sindicatos.

«Lo que tiene que hacer un gobierno de izquierdas —habla de nuevo Alfonso Vázquez— es dar un mayor protagonismo a los sindicatos. Los socialistas, para llevar a cabo su programa de gobierno, tienen que apoyarse necesariamente en los sindicatos; si no nos conceden una mayor participación en las medidas que puedan adoptar, difícilmente podrán contar con el apoyo de los trabajadores». El problema, siempre en el plano de la argumentación de CCOO, es del gobierno, pero no cabe duda que una situación de este tipo —falta de apoyo por parte de los trabajadores— puede implicar a todo el mundo y en primer lugar a los sindicatos, quienes podrían contemplar cómo sus bases se les rebelaban, bien por el camino de la radicalización, bien por el de la ignorancia. En este punto no está de menos citar el caso Italia que suele aparecer con cierta frecuencia en las conversaciones entre los dirigentes sindicales.

Boyer no es Abril Martorell

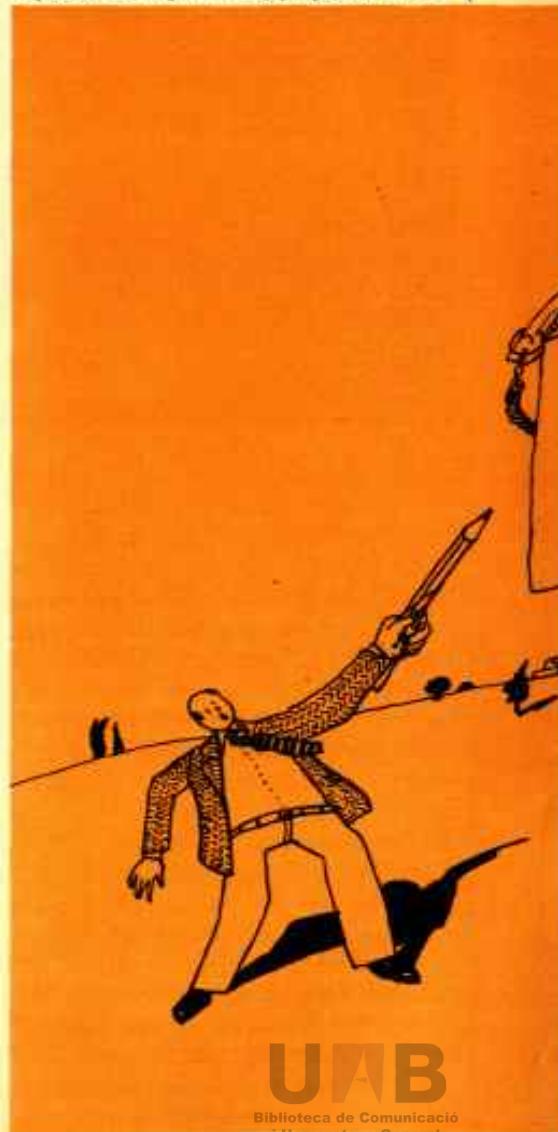
El caso es que Comisiones no se siente muy alejada de lo que fue el programa electoral del PSOE, ni Boyer les recuerda a Abril Martorell y sus decretos salariales. Otra cuestión es que el mapa sindical ya no sea el mismo que el de 1978. La política económica del gobierno no está muy alejada de las últimas propuestas y sentimientos de los dirigentes de CCOO. Sin embargo, el problema, por lo menos la preocupación, puede surgir porque Marcelino Cama-

cho y sus gentes se sientan discriminadas o no vean una cierta receptividad gubernamental a la hora de tratar temas que excedan al estricto contenido de la negociación colectiva. De todas formas no se debe olvidar que los propios problemas internos de CCOO juegan su papel —ciertamente importante— en este más que previsible tira y afloja. Es evidente que la actitud de UGT no es tan problemática, y esto es así no sólo en virtud de sus relaciones con el partido del Gobierno o por la frecuente presencia de destacados militantes ugetistas en la estructura del PSOE. Sin lugar a dudas estas cuestiones juegan un papel determinante a la hora de afirmar que el sindicato socialista se encuentra muy cómodo en la actual situación. Sin embargo esa comodidad ugetista, o por definirlo de otra manera, esa mejor adecuación a la problemática del cambio, le viene de lejos: qué duda cabe que la actual forma de encarar las relaciones-negociaciones con la patronal no le es ajena a fue la UGT. Habría que echar la mirada atrás y ver cómo fue la UGT a los Pactos de la Moncloa y cómo lo hizo cuando el AMI. No estaría de mas preguntarse por la negativa anunciada de los ugetistas a una repetición del ANE en el 83. Desde su legalización la trayectoria de la Unión General de Trabajadores no ha sufrido grandes altibajos, sobre todo una vez convertido el PSOE en el primer partido de izquierda del país. Sería sorprendente que esa trayectoria sufriera algún tipo de fractura cuando los socialistas, que según la UGT ha recogido su programa, han alcanzado el poder.

El apoyo ugetista

Para Manuel Chaves, dirigente de la UGT y diputado socialista, «la llegada del PSOE al Gobierno va a suponer que la política de concertación

definida por la UGT adquirirá una mayor fluidez, así como que el marco de relaciones laborales, desde el punto de vista legal, tendrá un mayor dinamismo». De sus palabras se desprende una primera cuestión que encierra gran importancia desde el punto de vista estratégico: la UGT ciñe su papel a la negociación colectiva porque, a su entender, es el pilar fundamental de la acción sindical. En cualquier caso, lo anterior no quiere decir que no existan otras cuestiones que preocupen a los ugetistas, si no que, más bien, la Unión General de Trabajadores ha convenido una especie de reparto de papeles. A es-



te respecto las palabras de Chaves son enormemente indicadoras. «El esquema de la negociación colectiva del 83 está muy claro: negocian sindicatos y empresarios y se excluye la participación del gobierno. La política económica del gobierno no se negocia porque UGT espera que el Gobierno lleve a cabo el cumplimiento de su programa al margen de cualquier tipo de negociación».

Aquí es, quizás, donde permanece encerrada la apuesta última, la filosofía sindical de la UGT. En esta nueva hora el papel de los sindicatos —por lo menos ese es el planteamiento ugetista— debe circunscribir-

se a la más pura acción sindical, valga la redundancia. Y teniendo presente ese acuerdo de base sobre la política económica del gobierno, ese sindicalismo se entiende como el desarrollo de todo tipo de iniciativas tendentes a la mejora de las condiciones de trabajo del conjunto de los asalariados: es ahí donde adquieren todo su valor las magnitudes que hablan de productividad, jornada, vacaciones, salarios, horas extras y un largo etcétera. Y es ahí, también, donde esa frase tan repetida últimamente «mantenimiento del poder adquisitivo de los salarios», puede y debe comprenderse hasta sus últimas

consecuencias; no renunciar a las conquistas que los trabajadores ya han conseguido y si intentar ampliarlas.

Se trataría, en último término, de un sindicalismo muy apegado a las formas tradicionales del mercado de trabajo. De ahí que Chaves afirme que, por ejemplo, «la UGT no es partidaria de crear una segunda mesa de negociaciones con el gobierno. Lo único que nosotros esperamos —prosigue— es el cumplimiento del programa del PSOE en materia de empleo. A la UGT se le plantea la necesidad de una acción sindical que exija ese seguimiento». El dirigente ugetista es, además, de la opinión de que cualquier negociación de los temas de empleo, al estar presente la CEOE, «va a suponer una rebaja de las medidas recogidas en el programa».

El gobierno a gobernar

En resumidas cuentas: el gobierno a gobernar y legislar y los sindicatos a negociar y presionar —que de todo puede haber— por la mejora de las condiciones de trabajo de los asalariados.

Chaves destaca dos cuestiones, a su entender fundamentales, de la política económica del gobierno, íntimamente ligadas al tema del desempleo: la creación de 800.000 nuevos puestos de trabajo a lo largo de la legislatura y lo que ésto supone en el capítulo de la inversión pública y la ampliación del seguro de paro. En este último sentido el mismo Chaves afirma que «el programa del PSOE es asumido por la UGT porque, entre otras cuestiones, recoge nuestra plataforma reivindicativa, lo que no quiere decir que vayamos a perder nuestra capacidad de respuesta ante decisiones del gobierno susceptibles de resultar lesivas para los intereses de la UGT».

En otro orden de cosas en el seno de la UGT se mantiene la opinión de que estos cuatro años de gobierno socialista son años decisivos para que el sindicalismo «salga del estado de debilidad en el que se encuentra desde hace años». «El gobierno —añade Chaves— ha de tener en cuenta el hecho sindical, ha de tomar imprescindibles medidas de consolidación sindical». Abundando en este tema el dirigente ugetista recuerda que en cinco años sólo se ha desarrollado una ley sindical —el Estatuto de los Trabajadores—, y se felicitó de que el Gobierno socialista tenga en cartera la promulgación de varias leyes laborales y, entre ellas, la ley de huegal, la de libertad sindical y la que deberá poner en funcionamiento al Consejo Económico y Social.

Ser más europeos

Por lo que se refiere al capítulo de las relaciones laborales, UGT pretende, en palabras de Manuel Chaves «un sistema homologable a Europa, lo que es compartido por el gobierno. No pretendemos inventar nada nuevo; la acción sindical debe empezar por la implantación del sindicato en la empresa, por el reconocimiento legal de su acción, lo que necesariamente pasa por el fortalecimiento de las secciones sindicales». En esa potenciación de las secciones sindicales no considera que se haya de producir el enfrentamiento con los comités de empresa y concluye: «No hay que inventarse —dice— ninguna oposición entre ambos órganos. Ambos pueden convivir en el seno de la empresa. Ahora bien, si queremos aumentar la afiliación es obligado empezar por potenciar las secciones sindicales».

Hasta aquí lo que las dos centrales sindicales mayoritarias esperan y entienden del «cambio». Sin duda existen entre ambas importantes di-

ferencias que van más allá de simples cuestiones tácticas o formales, diferencias, si nos atenemos a lo que nos dice Alfonso Vázquez, que en el plano estratégico son abismales. «Parece que la UGT cada día se inclina más por contenerse en el plano estrictamente laboral y en los mercados centrales de trabajo. Por el contrario, nosotros vamos a intentar extender nuestra acción a toda una serie de áreas de la economía entre las que cabe señalar las bolsas de paro, la economía sumergida, etc... Eso sí, por el momento sólo estamos dotados de buena voluntad, porque estos temas ni siquiera están analizados con el suficiente rigor».

Vázquez señala una premisa fundamental de ese nuevo sindicalismo: «la situación actual es irreversible —nos dice—; se ha producido el agotamiento de un sistema de producción y de consumo. La falta de adecuación a esa nueva situación es la que está dificultando la salida a la crisis y ese es el gran reto de los sindicatos que no han contestado antes ni al modo de producción ni a la esencia del sistema de consumo». Ese nuevo sindicalismo, aun hoy en familia, que Vázquez preconiza, debería plantear «nuevas fórmulas de eficiencia en el sistema económico y social a cambio de nuevas concesiones económicas y sociales».

Por fin las 40 horas



JOSE RAMON
LORENTE
HURTADO

L analizar los efectos sobre el empleo de una reducción de la jornada de trabajo, es necesario afirmar desde el primer momento que, aún en el supuesto de que todos los asalariados aceptasen disminuciones en sus ingresos en la misma proporción que la reducción en el número de horas trabajadas, no caben aproximaciones simplistas al tema basadas en el manejo de las macromagnitudes a nivel nacional. Sería, por ejemplo, ilusorio afirmar que en una población asalariada de siete millones y medio de personas el descenso automático del 2,5 por cien de todas las jornadas de trabajo con idéntica disminución en los salarios monetarios implicaría la creación de 192.000 puestos de trabajo. La simple opera-

La reducción de la jornada laboral ha sido, desde casi siempre, una de las reivindicaciones fundamentales del movimiento obrero. La acordada recientemente en España es en este sentido, fruto de un compromiso electoral del partido gobernante. Pero, ¿cuáles son los efectos económicos de la medida? ¿Es cierto, como algunos dicen, que la reducción de la jornada servirá para crear empleo?



Dibujo: Alfredo

ción matemática implícita en la afirmación anterior no tiene en cuenta ni las dificultades organizativas a nivel empresarial (derivadas de la no maleabilidad de las instalaciones productivas y de la inexperiencia de los trabajadores hipotéticamente incorporados), ni la existencia de costes laborales ni estrictamente salariales. No cabe, pues, considerar la reducción de la jornada como un método alternativo al crecimiento económico para aumentar el empleo a corto plazo.

A largo plazo, sin embargo, desaparecen las restricciones técnicas asociadas a esta política de reparto de trabajo. La conclusión es obvia: dado el carácter estructural de la crisis económica y las ganancias de productividad asociadas al progreso técnico es imperativo reducir la

jornada para evitar un crecimiento galopante de las cifras de parados y la segmentación social que ello implicaría. En este sentido, produce una escalofriante sensación pensar en el tipo de sociedad que nos depararía la combinación de la tecnología actual y unas jornadas de trabajo «manchesterianas». Cabe afirmar pues que, con independencia de las mutaciones sociales positivas que implica la civilización del ocio, la reducción de la jornada de trabajo es una necesidad histórica desde un punto de vista económico.

A corto plazo, y en economías débiles, la reducción de la jornada laboral sólo tendrá efectos beneficiosos sobre el empleo si es neutral con respecto a los costes y con respecto a la producción. Neutralidad con respecto a los costes significa que la

reducción de la jornada no provoque aumentos netos en los costes de producción. En ausencia de aumentos de productividad directamente ocasionados por la reducción de la jornada, dicho requisito implica que, en promedio, los salarios de los trabajadores afectados por la medida disminuyan en mayor proporción que sus horarios de trabajo. Ello tendría que ser así porque, dado el sistema de cotización a la Seguridad Social vigente en la mayoría de los países, a igualdad de salario hora y horas totales trabajadas, mayores plantillas implican mayores costes laborales por unidad de producto.

Es lógico, sin embargo, pensar que una disminución de la jornada irá normalmente asociada a un incremento de la productividad horaria media, tanto por la menor fatiga co-



TEMA DEL MES

mo por los ajustes organizativos asociados a la reducción de la jornada de trabajo. Por supuesto, tal ganancia de productividad horaria será muy distinta según los sectores aunque en principio puede afirmarse que será mayor en los servicios que en las industrias con procesos productivos en cadena. En cualquier caso, las ganancias de productividad suavizarán los sacrificios salariales derivados de la neutralidad con respecto a los costes pero siempre a costa de disminuir la incidencia sobre el empleo de la reducción de jornada; en el caso límite, es decir, allí donde la ganancia de productividad horaria compense la reducción del número de horas trabajadas, no existirá ningún motivo para aumentar la ocupación.

La neutralidad con respecto a la producción supone que la reducción de la jornada laboral no ocasione ninguna pérdida neta en el volumen del producto final. Debe señalarse que la neutralidad con respecto a los costes es condición necesaria pero no suficiente para la neutralidad con respecto a la producción: cabe imaginar casos en los que los problemas organizativos derivados de la reducción de la jornada produzcan una disminución en el tiempo de utilización de las instalaciones que impida la continuación del mismo ritmo productivo.

Este problema cobra especial relevancia en el caso de aquellas empresas con trabajo a turnos en los que no sea factible diseñar a corto plazo un nuevo sistema de turnos que mantenga o aumente el tiempo de utilización de las instalaciones productivas. Es importante subrayar el hecho de que una reducción de la jornada que no cumpliera estrictamente el requisito de la neutralidad con respecto a los costes podría aumentar inicialmente el empleo, aunque las tensiones inflacionistas y/o la disminución de los beneficios provocarían una pérdida de competitividad internacional y un desánimo

Cuadro n.º 1

EVOLUCIÓN DE LA JORNADA LABORAL

Años	Horas semanales por asalariado (1)
1977	43,6
1978	43,3
1979	42,4
1980	42,0
1981	41,4
1982 (2)	40,8

(1) Excluyendo los asalariados en situación de bajo.

(2) Primer semestre.

FUENTE: Encuesta de Población Activa.

inversor con efectos negativos sobre la población ocupada.

Son numerosos los modelos econométricos que han pretendido definir los efectos económicos de la reducción de la jornada. El interés de los modelos econométricos reside en que permiten visualizar más fácilmente las complejas interrelaciones entre las distintas magnitudes económicas afectadas por un determinado tipo de reducción de la jornada de trabajo, aunque es muy difícil que consigan cuantificar con precisión los

efectos económicos a ella asociados.

En síntesis, puede afirmarse que la incidencia significativa sobre el empleo de una reducción de la jornada de trabajo dependerá de una hipótesis básica y de dos condiciones esenciales. La hipótesis básica es que las ganancias de productividad no absorban la incidencia de la disminución del número medio de horas trabajadas por persona, y las condiciones esenciales son el mantenimiento de los costes laborales por unidad de producto y del tiempo de utilización de las instalaciones con tecnologías que no admitan diversas combinaciones de factores productivos.

La actitud de los empresarios

Las dificultades ya señaladas de aislar los efectos económicos de la reducción de la jornada mediante el análisis de series históricas ha promovido la realización de un gran número de encuestas y estudios concretos

Cuadro n.º 2

JORNADA LABORAL MEDIA PACTADA EN LA NEGOCIACIÓN COLECTIVA

Años	Horas anuales	Horas semanales
1980	1.949	42,4
1981	1.914	41,6
1982	1.879	40,8

FUENTE: Ministerio de Economía y Comercio y Ministerio de Trabajo.

Cuadro n.º 3

HORAS SEMANALES TRABAJADAS POR OCUPADO SEGUN ESTUDIOS TERMINADOS

Nivel de estudios	1980	1981	1982 (*)
Primarios	44,6	43,7	43,0
Medios	41,7	41,0	40,7
Superiores	40,2	39,2	39,3
Sin estudios y analfabetos	43,5	42,7	41,9

(*) Media del primer trimestre.

FUENTE: Encuesta de Población Activa.

UAB

Biblioteca de Comunicació
I Hemeroteca General
CEDOC

Salarios, productividad y relaciones industriales

JOAQUIN ALMUNIA

Ministro de Trabajo

EL Gobierno en general y el Departamento de trabajo y Seguridad Social en particular, mantiene el criterio de que hay tres conceptos que guardan una profunda relación entre sí, a la vez que son tres pilares fundamentales que configuran el mundo socio-laboral: salario, productividad y relaciones laborales.

En primer lugar, el salario es la fuente principal y en la mayoría de los casos, única, de ingresos de los trabajadores. En una economía como la española, con un componente inflacionario importante, el poder adquisitivo debe ser mantenido no sólo por el motivo social anteriormente expuesto de fuente única de ingresos, sino también porque en caso contrario se resentiría el nivel de la demanda interna, pudiendo entrar el sistema económico en un proceso recesivo cada vez más acelerado de incalculables consecuencias. Por todo ello, y como criterio del Gobierno, se ha propugnado que la banda de revisión salarial esté centrada en torno al nivel de inflación prevista, de tal manera que se mantenga el poder adquisitivo de los salarios y en gran parte el nivel de la demanda interna que, hoy por hoy, es un importante estímulo de la economía.

Sin embargo, también puede ocurrir, si las condiciones lo permiten, que en una determinada negociación colectiva se produzca un incremento de los salarios reales con cargo a una mejora en la productividad.

Aparece aquí el segundo elemento importante de las relaciones laborales entendidas en un sentido moderno y dinámico: La mejora de la productividad, de una manera continuada, es el fundamento de un crecimiento consolidado de la economía y permite que un país mantenga su posición en el comercio exterior con unos mercados altamente competitivos.

En el ámbito empresarial, el excedente que genera una mayor productividad es una valiosa reserva cuyo fin no debe ser exclusivamente su reparto en dividendos o en salarios. Por el contrario, el reparto de dicha reserva entre usos alternativos ha de ser objeto de negociación y una piedra de toque de la responsabilidad y madurez sindical, en tanto en cuanto ese excedente sirva para la expansión de la empresa y la creación de puestos de trabajo o la mejora de los ya existentes.

Finalmente, para estimular, reconocer y encauzar un comportamiento maduro y responsable de los trabajadores, se han de articular y configurar unas Relaciones Laborales que den cauces de participación ágiles, en los que el encuentro y la negociación de los interlocutores sociales permitan unas Relaciones Industriales fluidas, con los menores costes de funcionamiento posibles, y que sean exponentes de una modernidad de nuestro sistema económico y social.

la polivalencia de los asalariados de la empresa. En ocasiones la reducción de la jornada de trabajo se afronta mediante reducciones en la calidad del servicio prestado por las empresas afectadas (la disminución generalizada de los horarios de apertura de los establecimientos comerciales sería el mejor ejemplo).

En otros casos, las empresas pueden reaccionar ante la reducción de jornada mediante la exteriorización de tareas anteriormente realizadas por la propia empresa (por ejemplo, la creciente utilización de los elementos prefabricados en las empresas de construcción) que sólo permitirán crear empleo, a medio plazo, si no existen sobredimensionamiento de plantillas en las empresas suministradoras y si éstas son todas nacionales. En algunas empresas la voluntad de mantener la producción induce a la planificación de nuevas contrataciones, aunque en muy raras ocasiones en idéntica proporción a la reducción de jornada. En algunos casos muy especiales (mercado en expansión, empresa en equilibrio, participación no preponderante de los costes laborales en los costes productivos) se diseña incluso la implantación del trabajo a turnos o la incorporación de un nuevo turno al sistema de organización del trabajo.

Es necesario señalar, finalmente, que los distintos estudios realizados entre las empresas han puesto de relieve la importancia de dos factores que amenazan todavía más las ya comprometidas posibilidades de la reducción de jornada de cara a la creación de empleos. Nos estamos refiriendo a la realización de un mayor número de horas extraordinarias y a la intensificación del trabajo independiente, muchas veces en el ámbito de la economía subterránea.

Ante reducciones de la jornada ordinaria de trabajo, acordadas en la negociación colectiva o impuestas por vía legal, muchas empresas pueden recurrir en un primer momento a ofrecer la realización de un mayor

entre empresarios y trabajadores individuales para analizar, en un caso, las reacciones empresariales ante reducciones de jornada acordadas en la negociación colectiva o anunciadas por los gobiernos y determinar, en otro, la disponibilidad de los trabajadores a cambiar, en alguna

proporción, renta por ocio. Los estudios realizados entre los empresarios subrayan una decidida voluntad de evitar, en lo posible, las nuevas contrataciones mediante ganancias de productividad derivadas de inversiones de automatización, reestructuración de tareas y potenciación de

T

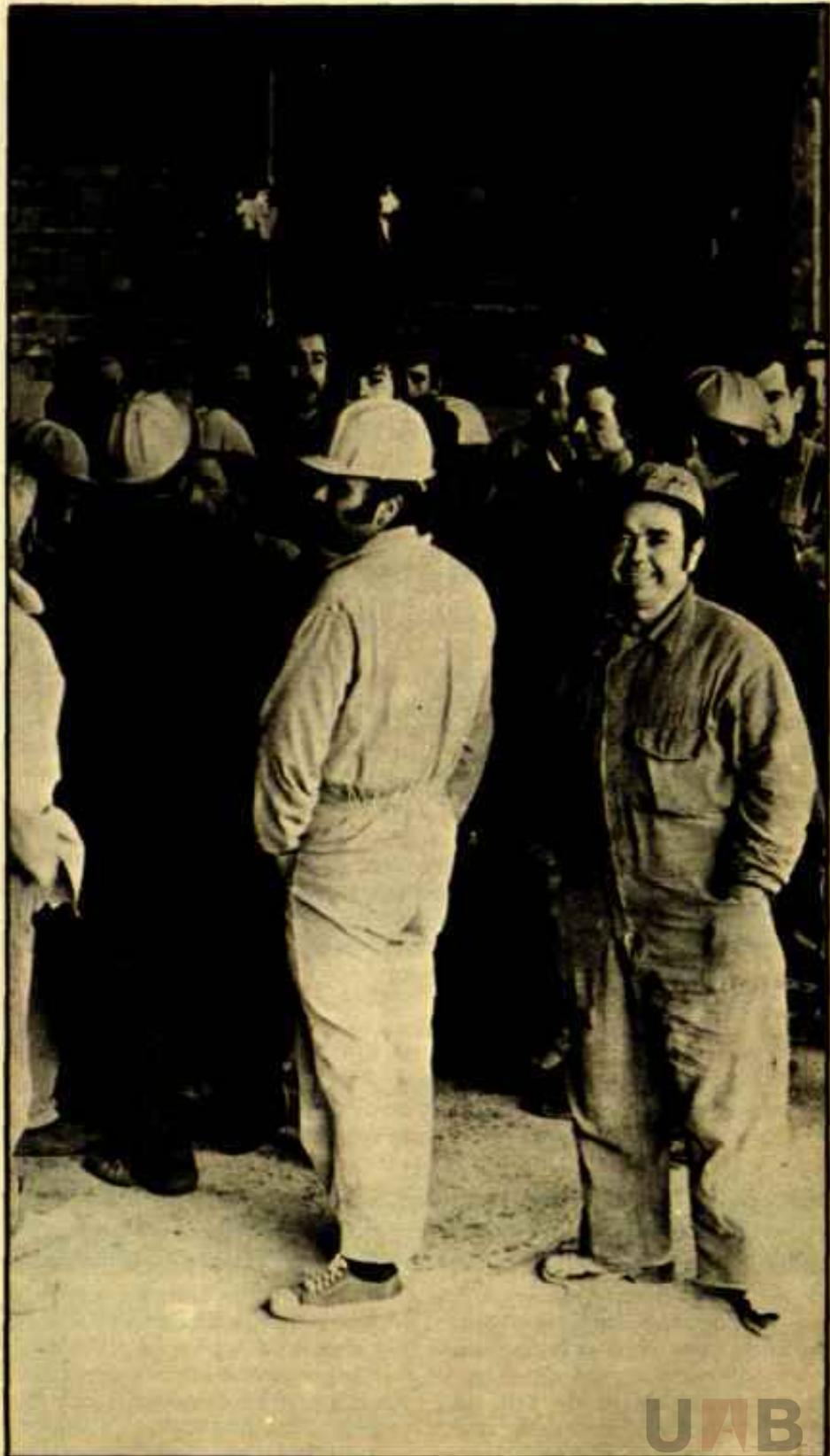
TEMA DEL MES

número de horas extraordinarias mientras se implantan las pertinentes reorganizaciones productivas que aumenten la productividad horaria. Como destacan los informes de los sindicatos británicos, sólo una decidida oposición sindical puede evitar cierto aumento en el número de horas extraordinarias realizadas tras la reducción convencional o legal de la jornada ordinaria. También se puede afirmar que, en mercados laborales deprimidos, una reducción en la jornada de los asalariados puede ser acompañada por un aumento en el número medio de horas realizadas por los trabajadores no asalariados. Obviamente, tal posibilidad será especialmente significativa en los pequeños servicios, en las etapas finales de la construcción y en aquellos sectores industriales de escasa sofisticación técnica y abundancia de pequeñas empresas.

... Y de la de los trabajadores

Por lo que atañe a las encuestas realizadas entre los asalariados sobre la reducción de la jornada, cabe destacar que el objetivo primordial de las mismas se ha centrado en estimar en qué medida y en qué condiciones estaría la población ocupada dispuesta a intercambiar renta por ocio. En un intento de extraer algunas conclusiones del material disponible, podría afirmarse que la prolongación del período de vacaciones o el fomento de los contratos de relevo gozan de tanto o más apoyo que la reducción de la jornada semanal de cara a la creación de puestos de trabajo.

Asimismo, puede señalarse que la proporción de asalariados que estarían dispuestos a reducir su jornada semanal a costa de una disminución de sus ingresos reales oscila entre el 10 y el 20 por 100, aunque el porcentaje de aquéllos que, en un con-



texto expansivo, preferirían mantener sus salarios reales con una jornada reducida a incrementar dichos salarios trabajando más horas es notoriamente más alto (en concreto, el 51 por 100 de los asalariados de los países miembros de la CEE según una encuesta efectuada por la Comisión en noviembre de 1977). Por otra parte, la sensibilidad sindical ha evolucionado en los últimos años en el sentido de un mayor realismo económico y el reciente acuerdo marco entre la patronal y los sindicatos holandeses constituye un indicio del paulatino abandono de los objetivos de la Confederación Europea de Sindicatos de conseguir la semana laboral de 35 horas sin sacrificio salarial alguno.

Sin lugar a dudas la impresión sobre las posibilidades de creación de empleo de la reducción de la jornada que se obtiene de los estudios microeconómicos es más pesimista que la proporcionada por los modelos macroeconómicos, tal vez porque los árboles no dejan ver el bosque. En cualquier caso, dichos estudios subrayan la importancia de la concertación social a nivel empresarial y sectorial para evaluar con precisión tanto las ganancias de productividad asociadas a la medida como las preferencias renta-ocio de los trabajadores afectados y, asimismo, señalan el interés de que los gobiernos actúen con medidas complementarias (por ejemplo: la disminución de las cotizaciones sociales en los contratos a tiempo parcial) para quebrar, en la medida de lo posible, las reticencias empresariales ante nuevas contrataciones.

La reducción de la jornada en la economía española

La proyectada disminución de la jornada máxima legal a cuarenta horas semanales, reivindicación social conseguida hace años en los países

de nuestro entorno, plantea el interés de evaluar las repercusiones de tal medida en la economía española. La dificultad de la tarea, explícita en las consideraciones anteriormente efectuadas, se ve en este caso incrementada por las lagunas estadísticas existentes sobre el tema. Es necesario advertir, por tanto, que el análisis que a continuación se realiza sólo pretende una primera aproximación al orden de magnitud de los efectos económicos que la medida implicaría.

En España las dos fuentes estadísticas básicas para seguir la evolución de la jornada laboral media son, la Encuesta de Población Activa (EPA) y la información proveniente de los convenios colectivos registrados en el Ministerio de Trabajo. La Encuesta de Población Activa ofrece, desde finales de 1976, series homogéneas y sectorialmente desagregadas sobre la evolución de la jornada semanal (incluyendo horas extraordinarias) de la población asalariada que ha trabajado en la semana de referencia según se expresa en el cuadro n.º 1. En dicho cuadro puede observarse que, en los últimos cinco años, la duración de la jornada efectiva de trabajo se ha reducido en casi tres horas semanales, lo que equivale a un ritmo anual medio de descenso del 1,3 por 100; ritmo más elevado que el registrado, en promedio, en los países de nuestro entorno y que ha estado decisivamente influido por la baja tasa de crecimiento económico conseguida en el periodo y la alta proporción de expedientes de regulación de empleo que han implicado reducciones de jornada.

Por otra parte, para el periodo 1980-1982, se dispone de información estadística sobre la jornada media pactada en la negociación colectiva registrada en dichos años. El cuadro n.º 2 resume dicha información y permite comprobar que en dicho trienio la jornada de trabajo se ha reducido en setenta horas anuales. Aunque dicha reducción es inferior a la recomendada en el AMI (100 horas en el periodo 1980-1982)

cabe pensar que el planteamiento en materia de jornada del Acuerdo Marco se cumplió adecuadamente, pues la jornada media pactada en 1982 es ligeramente inferior a la fijada como objetivo para dicho año (1.880 horas). Por lo que respecta a la jornada semanal, cabe señalar que, tanto en 1981 como en 1982, se redujo, en promedio, en 48 minutos en línea con los resultados de la EPA.

Para estimar la magnitud de los efectos económicos de la reducción de la jornada legal a cuarenta horas se va a partir de la hipótesis de que a mediados de 1983, y en ausencia de dicha medida, la duración media de la jornada de trabajo pactada se situaría muy próxima a las cuarenta horas semanales. Dicha hipótesis, por supuesto discutible, se basa no tanto en la continuación de la tendencia observada en el trienio 1980-1982 como en el indudable sesgo alcista que incorporan las estimaciones procedentes de los convenios registrados debido a la excesiva ponderación que en su cálculo tienen los convenios de sector, como lo corrobora la comparación entre la jornada semanal pactada y la jornada semanal total estimada por la EPA.

En base a la información sobre duración de la jornada anual por intervalos en 1982, suministrada por el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, cabe estimar, como mínimo, en 2.500.000 el número de asalariados cuya jornada se encontraría en 1983 por encima de las cuarenta horas semanales. Dicho colectivo equivale, aproximadamente, a la tercera parte de la población asalariada prevista en dicho año y al 42 por 100 de la población afectada por la negociación colectiva. Si suponemos que la jornada de los asalariados que trabajarían (sin contar las horas extraordinarias) más de cuarenta horas semanales se distribuye uniformemente entre el vigente máximo legal



y el límite citado, la reducción de la jornada máxima implicaría una disminución del 3 por 100 (una hora y cuarto semanales) en la jornada ordinaria media de los 2.500.000 asalariados teóricamente afectados. Ello equivale a un descenso del 1 por 100 de la jornada media del conjunto de asalariados y a una reducción del 1,25 por 100 de la jornada media de los asalariados cuyas condiciones de trabajo se rigen por la negociación colectiva.

Si la nueva jornada legal entrara en vigor a mediados de 1983 y los asalariados afectados reajustasen con prontitud sus horas de trabajo cabría esperar un aumento inducido medio de la productividad horaria de los trabajadores afectados del 1 por 100. Evidentemente, el porcentaje es harto arbitrario; no obstante, no puede tildarse de excesivo a juzgar por los estudios realizados sobre medidas análogas en otros países europeos. A cortísimo plazo, el ciclo de la productividad (el ajuste entre el empleo deseado y el real no es automático) y la existencia de plantillas sobredimensionadas pueden provocar aumentos mucho mayores de la productividad horaria. En tal caso, y teniendo en cuenta la incidencia de las cotizaciones a la Seguridad Social, la neutralidad de la medida con respecto a los costes empresariales y a la producción implicaría un descenso medio del salario de los trabajadores afectados del 2,25 por 100 y la hipotética creación de 50.000 nuevos empleos a partir del segundo semestre de 1983.

La jornada y la solidaridad

Obviamente, la prolífica cadena de supuestos incorporada a la argumentación anterior le priva de todo poder predictivo. La halagüeña conclusión de los 50.000 nuevos puestos de trabajo depende de la no realización de mayores horas extraordinarias, de aumentos de productivi-

dad en línea con la tasa apuntada, de la aceptación por parte de los trabajadores afectados de los pertinentes sacrificios salariales y, sobre todo, de que los necesarios ajustes organizativos para que los supuestos anteriores fueran compatibles con el mantenimiento de la producción se realizarán de forma casi instantánea. Como se ve demasiados requisitos para otorgar verosimilitud a la cifra apuntada. Sin embargo, la argumentación anterior puede ser útil para precisar algunos aspectos de dos cuestiones de frecuente debate en estos días. La primera de ellas es la incidencia de la reducción de jornada legal en la banda salarial que se pactará para el ejercicio de 1983 y, la segunda, la mejor manera de introducir la nueva norma legal para lograr su mejor efecto sobre el empleo.

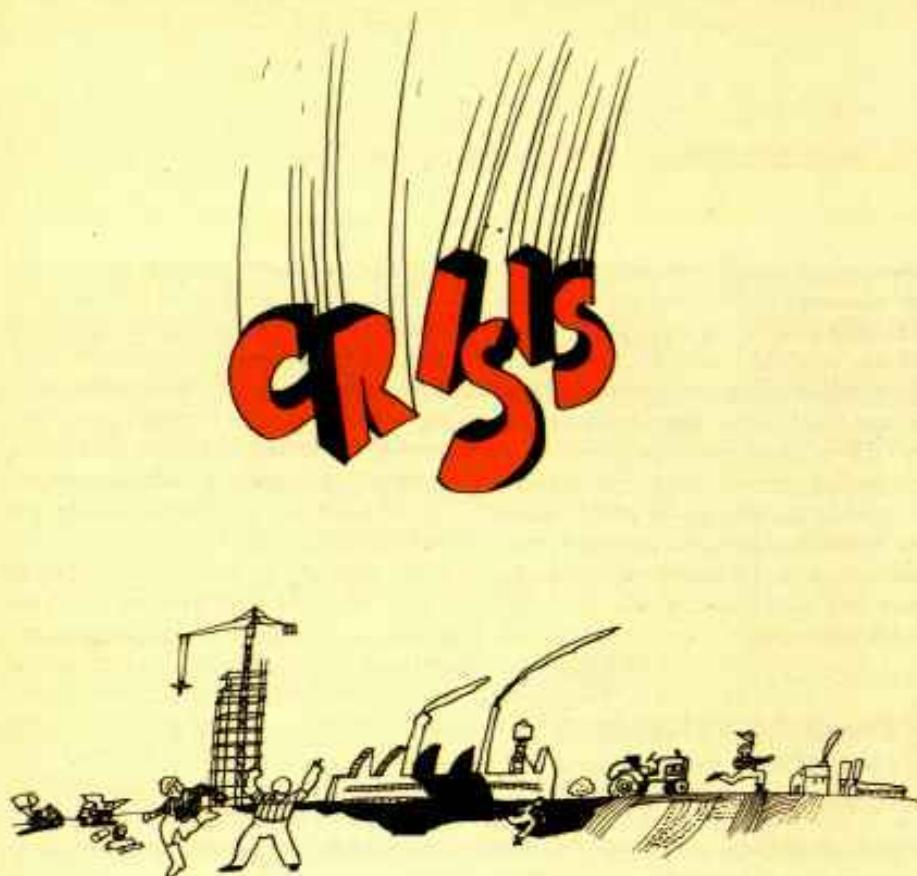
Con respecto a la primera cuestión, se ha apuntado anteriormente que la neutralidad con respecto a los costes implicaba un descenso del 2,25 por 100 en el salario medio de los trabajadores directamente afectados. Este porcentaje, sin embargo, era sólo un promedio y se quiere aplicar el criterio de neutralidad de un modo individualizado podría darse el caso de que un asalariado que trabajara cuarenta y tres horas semanales y cuya nueva jornada de trabajo no implicase ningún aumento en su productividad horaria tuviera que ver disminuidos sus ingresos en más de un 8 por 100.

Si tenemos en cuenta, como se recoge en el cuadro n.º 3, que son los trabajadores de menor nivel cultural y menores ingresos económicos los que realizan jornadas de trabajo más largas, parece obvio que una aplicación individualizada del criterio de neutralidad es inviable desde un punto de vista social. Ello no obstante, dicho criterio, necesario para que la reducción de la jornada no incida negativamente sobre el empleo, puede ser aplicado desde una óptica global, es decir, repartiendo el sacrificio entre todos los asalariados. Si

la nueva jornada legal entrara en vigor a mediados de 1983, ello supondría un descenso de 0,5 puntos porcentuales en la banda que se hubiera fijado en ausencia de la reducción legal de la jornada, repercusión significativamente alejada de los porcentajes manejados en la prensa no especializada en las últimas semanas.

Sin embargo, la aplicación global del criterio de neutralidad con respecto a los costes puede incidir negativamente en la viabilidad de algunas empresas marginales cuyas plantillas realicen la jornada legal máxima. En tales casos, si no se quiere perjudicar la evolución del empleo o alentar el incumplimiento de la normativa legal, es necesario, enlazando ya con la segunda cuestión apuntada anteriormente, graduar en el tiempo la implantación de la jornada de cuarenta horas para las empresas pequeñas. En un primer momento, ello equivaldría a efectuar el cómputo de las cuarenta horas en términos anuales (aproximadamente 1834 horas-año), lo que permitiría la adecuación de la estructura del horario a las necesidades productivas de las pequeñas y medianas empresas que, frecuentemente, tienen algún componente estacional.

Sin lugar a dudas, para optimizar la repercusión de la reducción de la jornada legal en términos de empleo, se impone que los interlocutores sociales negocien desde ahora a nivel de empresa y a nivel de sector la problemática asociada a la misma. Aunque la tantas veces citada reducción de la jornada máxima legal obedece más a un compromiso político inscrito en un programa electoral que a un análisis económico preciso, la inquietante coyuntura laboral prevista para los próximos meses obliga a todos los agentes sociales a un esfuerzo de solidaridad e imaginación para garantizar que el impacto de la medida sobre el empleo, aunque mínimo, sea, en cualquier caso, positivo.



Dibujo: Alfredo

Salarios y política económica

Europa no es diferente



JORGE DE LORENZO

A vieja Europa está asistiendo al desarrollo de una política económica diferente a la que durante demasiados años ha venido ofreciendo la derecha. Pero, a pesar del cambio político, la crisis económica actúa como freno a la hora de distinguir con claridad las ofertas de la izquierda. Francia, Grecia y Suecia están en el punto de mira de los países capitalistas que alertan sobre el peligro de la «colectivización». Para la clase trabajadora el cambio no comporta un inmediato aumento salarial o una drástica reducción del paro, aunque

sí conlleva una mejora de las condiciones de trabajo.

Frente a las expectativas que despiertan estos tres países en el presente informe se analizan las medidas de austeridad que se están llevando a cabo en Italia, donde la amenaza de bancarrota provocará nuevas elecciones; en Alemania, que bajo la batuta del democristiano Helmut Kohl ha visto resurgir la «mano dura», con elecciones en marzo; y finalmente en Inglaterra, en donde la Dama de Hierro se enfrenta a cuatro millones de parados.

Francia: austeridad y sacrificios

En mayo próximo se cumplirán dos años de Gobierno socialista en Francia. El presupuesto anunciado para 1983 profundiza en la política de austeridad que comenzó a aplicarse en junio de 1982, fecha en que se puso en práctica el bloqueo de precios y salarios por cuatro meses. El fiel de la balanza refleja en el lado positivo un descenso de la inflación del 14 al 9,7 por cien en 1982. Pero el país se ha estancado en dos millones de parados, la producción industrial ha caído un 3,2 por cien y la balanza comercial presenta un déficit de 1,8 billones de pesetas. Según la organización patronal CNPF (Consejo Nacional del Patronato Francés), unas 20.000 empresas quebraron el pasado año.

Los errores cometidos en la primera etapa del Gobierno Mitterrand, al primar la lucha contra el paro sobre la inflación, empiezan a ser rectificados. La reactivación pasa ahora por un mayor control de los precios y por la potenciación del sector industrial. Aquí la patronal tiene mucho que decir. Sólo invertirá y creará empleo si el Gobierno ofrece contrapartidas; éste ha dado el primer paso conglomerando las cotizaciones empresariales hasta el mes de julio.

La CNPF, aunque no tiene poder
Hemeroteca General
CEDOC

de negociación —los convenios se concluyen por ramas y empresas—, está presionando desde el triunfo de la izquierda. La patronal, que agrupa a 85 federaciones, está preocupada por el incremento del poder sindical. Ha criticado duramente la reducción de la jornada a 39 horas semanales y la concesión de la quinta semana de vacaciones. En su opinión estas «concesiones» han supuesto un coste adicional de 100.000 millones de francos (1,8 billones de pesetas). La libre negociación con los sindicatos —el Estado no interviene— está al rojo vivo. La Confederación General del Trabajo (CGT) no piensa rebajar el incremento salarial del 8 por cien en línea con la inflación prevista. De tendencia comunista, y con más de dos millones de afiliados, es al mismo tiempo un reto para la patronal y para el propio Gobierno, con el que no comparte la política económica. Por su parte la Confederación Francesa Democrática del Trabajo (CFDT) está denunciando la «japonización» de las relaciones de trabajo impuesta por el empresariado. Cercana al Gobierno, con 1,1 millón de afiliados, teme por la unidad del movimiento sindical.

El Gobierno, consciente de lo que se juega está animando a negociar. Para lograrlo acaba de poner en práctica la Ley de Negociación Colectiva. El ministro de Asuntos Sociales, Jean Aroux ha manifestado: «cada trabajador debe disponer de un estatuto negociado de aquí a dos años». Aunque parezca extraño, en Francia se negocia poco. Los sindicatos piden cláusulas de salvaguardia para que los trabajadores recuperen el poder adquisitivo en el caso de que sean superadas las expectativas de inflación.

De cara a los próximos meses se espera una política económica menos intervencionista. Pasada la etapa de las nacionalizaciones —escaparate exótico para el asombrado mundo capitalista— ha llegado el momento de lanzarse a la recuperación industrial. En este objetivo están de acuerdo todas las fuerzas sociales. Sólo cuando se llegue a una economía saneada podrán empezar a aplicarse medidas de corte puramente socialista. Las recetas hasta ahora aplicadas se han diferenciado de las de los países conservadores por el acento puesto en el sector público, el endeudamiento exterior (Francia prevé aumentarlo en los próximos dos años) y en la reforma de la Administración.

Grecia: los trabajadores controlarán las empresas

«Las decisiones en política económica se han de encontrar en manos del pueblo griego y no en manos de algún banco internacional ajeno al país.» Esta contundente declaración del primer ministro, Andreas Papandreu, es buena muestra del giro experimentado desde que en octubre de 1981 los socialistas ganaran las elecciones. Al desastre económico, legado por la Junta de los Coronelos, caída en 1974, siguió la política de «tierra quemada» practicada por la Nueva Democracia, régimen de derecha «volcado por las urnas».

Las medidas de estabilización del gabinete socialista ya están dando sus resultados: la inflación ha descendido del 25 (1981) al 21 por cien en 1982, aunque sigue siendo la más alta de la CEE; el déficit de la balanza de pagos de 2,5 billones de dólares a 2,1 y el déficit del sector público del 14,5 al 12,8 por ciento del PIB. Sin embargo, el primer ministro no ha dudado en reconocer, en la presentación del presupuesto para 1983, que «existe la dura verdad de que durante 1982 aumentó el paro (en la actualidad hay 240.000 parados) y descendió la producción nacional». No obstante, las propias estadísticas elaboradas por la Comunidad Económica Europea indican que el aumento del paro ha sido inferior al

del resto de los países miembros.

En su explicación de la política económica, Papandreu fue tajante al afirmar textualmente: «nuestro objetivo sigue siendo la plena protección del ingreso real de los trabajadores». En Grecia la negociación salarial se guía por una escala móvil correcta. El aumento salarial previsto para este año es del 10 por cien. El pasado uno de enero se concedió un cinco por cien y el próximo uno de mayo se aplicará el cinco por cien restante. El Gobierno ha prometido que a finales de año se cubrirá cualquier pérdida salarial en relación con la subida del índice de precios. Pero, además, el uno de enero de 1984 se producirá un nuevo aumento salarial, idéntico al crecimiento del producto nacional.

Ligada a la política salarial el Gobierno llevará a cabo una política de control de precios. «Apuntamos a apretar los precios —dice Papandreu— aumentando la productividad de los trabajadores de las empresas públicas y especialmente de las de 'bien social'». Pero el eje básico de la política económica vendrá marcado por el Plan Quinquenal 1983-87, que se empezó a discutir en enero pasado en el Parlamento. A través del mismo se pretende dar el gran paso hacia el cambio tecnológico y el saneamiento de la economía del sector público y privado. En Grecia se considera de enorme importancia participar en la nueva revolución industrial para elevar el nivel tecnológico, emplear a toda la población activa, elevar poco a poco el nivel de vida y, sobre todo, para salvaguardar la soberanía nacional.

En este contexto no cabe olvidar que los dos grandes problemas nacionales —en palabras del primer ministro— son la ocupación del 40 por cien del territorio chipriota por los turcos, así como la dedicación a la defensa del 6,7 por cien del PNB, el porcentaje más alto de Europa.

Con la llegada del socialismo al gobierno ha empezado a practicar-

RESULTADOS ECONOMICOS Y CONQUISTAS LABORALES EN EUROPA. 1982

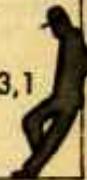
INFLACION

Francia	9,7%
Grecia	21%
Suecia	10%
Italia	18%
Inglaterra	5,4%
Alemania	5,3%



PARO (en millones de personas)

Francia	2
Grecia	0,24
Suecia	0,183
Italia	2,6
Inglaterra	3,1
Alemania	2,5



HORAS SEMANALES

Francia	39
Grecia	41
Suecia	43
Italia	40
Inglaterra	40
Alemania	40



JUBILACION (en años)

Francia	65
Grecia	65
Suecia	65
Italia	60
Inglaterra	65
Alemania	65



se un nuevo tipo de sindicalismo. Ello es lógico después de 50 años de régimen de derechas —incluida la dictadura— que lo había dejado prácticamente mutilado. El proyecto de ley de reforma sindical contempla la prohibición del lock-out patronal y la imposición de sanciones a los patronos o representantes de la función pública.

Este será un año de «cambios institucionales» para los trabajadores. De entrada participarán activamente en la administración de empresas y organismos públicos. Para ello se crearán unos comités de control, de los cuales formarán parte la dirección de la empresa, los trabajadores, sectores de la Administración local y representantes del Ministerio de Economía. Dichos comités definirán el marco general en que tendrá que

moverse la empresa privada, de manera que puedan adaptarse a los objetivos estratégicos del gobierno. Asimismo, está prevista para este mes de febrero la constitución de un nuevo organismo de empresas socializadas.

La patronal se mantiene a la expectativa y ha tomado buena nota de los deseos del Gobierno. De momento parece que se le ha acabado la «época de oro». El primer ministro Papandreu, ya puso sobre aviso a los grandes empresarios al manifestar, en la presentación del presupuesto: «no podemos olvidar que gran parte de nuestra economía presenta fenómenos parasitarios como son la no declaración de rentas y los intermediarios especuladores que absorben una parte considerable de nuestro ingreso nacional».

Suecia: la patronal teme la «colectivización»

Después de seis años en la oposición, Olof Palme volvió a su cargo de primer ministro en octubre de 1982. En una de sus primeras intervenciones públicas pidió a los suecos que se prepararan para un descenso en el nivel de vida. La llamada coalición de los «burgueses» (moderados, centristas y liberales) dejó como «herencia» un déficit en la balanza de pagos de 22.000 millones de coronas (el 3,7 por cien del PNB), una deuda pública próxima a los 377.000 millones de coronas, un descenso del 12 por cien del poder adquisitivo en seis años, y un paro que no cesa de aumentar (actualmente hay 180.000 parados).

Javier Bellido

T EMA DEL MES

El nuevo gabinete considera que para retornar al pleno empleo es preciso un descanso del nivel de vida que afectará a toda la población. Los dos grandes sindicatos, Unión General de Trabajadores y Confederación General de Funcionarios y Empleados, no reclaman más que un aumento salarial del 2-3 por cien. El Presupuesto 83-84 presenta un déficit de 90.000 millones de coronas y se considera que serán necesarios varios años de moderación para equilibrarlo.

El programa gubernamental se ha marcado como objetivos el aumento de la productividad, la congelación de precios, en vigor desde octubre, y la creación de 420.000 empleos antes de que finalice el invierno. Olof Palme se propone que estas medidas y otras complementarias, mantengan los beneficios de la devaluación monetaria. En cuanto a la inflación, del 10 por cien en la actualidad, el gabinete ve la imposibilidad de reducirla, situando las previsiones al finalizar 1983 en el 11,5 por cien.

Para este año la negociación colectiva se presenta muy difícil. La futura creación de los llamados «fondos de asalariados» no ha sentado muy bien a la Confederación de Empresarios Suecos (SAF), que agrupa a 38.000 empresas. La patronal cree que se avecina la «colectivización» y ya está tomando medidas para defenderse. En principio ha creado una caja de seguro en caso de huelga o lock-out, financiada por sus afiliados. Este seguro da derecho a una compensación financiera por los daños sufridos.

A través de los denominados «fondos de asalariados» el Gobierno pretende crear unos fondos de inversión en las empresas que estarian nutridos por los beneficios de las sociedades y por una tasa sobre la masa salarial. Gracias a estos fondos de inversión los trabajadores (y también la gran confederación obrera), convertidos colectivamente en accionis-



El triunfo de Olof Palme visto por el caricaturista Klaus Albrechtsen.

tas, tendrían algo que decir sobre la política industrial elegida por la empresa. Tanto el movimiento sindical como el partido socialdemócrata ven en esta fórmula uno de los medios privilegiados para mantener el empleo mediante inversiones productivas en el comercio y en la industria. Mientras tanto los partidos «burgueses» consideran esos fondos como virtuales caballos de Troya del colectivismo.

Otro tema difícil de cara a la negociación es la intención de aumentar el subsidio de paro y las jubilaciones, para lo que el Gobierno ha convocado a la SAF. Los sindicatos, por su parte, reivindican «a igual trabajo, igual salario», sea cual fuere la rentabilidad de la empresa. La patronal ha adoptado el principio de la

negociación colectiva a nivel nacional. Las federaciones de rama intervienen únicamente para negociar las modalidades de aplicación de los acuerdos convenidos.

Italia: protesta obrera ante el «crack»

Los obreros se han lanzado a la calle en Italia para protestar por la limitación del poder adquisitivo y reclamar la firma de los convenios colectivos pendientes. El frágil Gobierno de Amintore Fanfani, que apenas lleva dos meses en el poder, está en juego. El país se halla prácticamente en la bancarrota económica. La inflación alcanzó en 1982 el 18 por cien y el paro ha dejado en la estacada a 2,6 millones de trabajadores.

Tras la dimisión del Gobierno de centro-izquierda de Giovanni Spadolini, el nuevo gabinete (socialdemócratas, socialistas, democristianos y liberales) propone una política de austeridad capaz de reducir la inflación al 13 por cien para este año y al 10 por cien para 1984. El plan prevé un crecimiento cero de los salarios reales lo que sería garantizado por el Gobierno si no se produce un acuerdo entre las partes.

Ante este panorama los trabajadores se han lanzado a la calle. La Federación Unitaria de Sindicatos (CGIL, comunista; CISL, democristiana y UIL, socialista) con 8,5 millones de trabajadores, no está dispuesta a ceder en sus reivindicaciones sociales. La piedra de toque de la negociación ha sido la «escala móvil», es decir, el mecanismo por el que se aumentan cada tres meses los salarios, según el encarecimiento del coste de la vida. Hace dos semanas la escala móvil ha quedado reducida, en términos reales, en un 18 por cien. Las negociaciones de los convenios colectivos, que afectan a 20 millones de trabajadores, serán todo un «test»

Creer en la empresa pública

MARCOS PEÑA

CUENTAN que Alfonso Guerra, en las reuniones del Consejo de Ministros, siempre que se refiere al Gobierno insiste en el calificativo «socialista»; como a modo de recordatorio y para que ninguno de los presentes olvide que de un Gobierno socialista se trata.

Y lo que ahora tratamos nosotros es averiguar cuál es la señal de identidad que, en el ámbito de las relaciones de producción, diferencia a un Gobierno socialista de otro que carezca de esta ideología. No parece suficiente mérito «el funcionar» para ser calificado de socialista. Hasta la derecha más asilvestrada aspira a ser eficaz. No se nos antoja la capacidad gerencial (aún por demostrar) como atributo definitorio y patrimonio exclusivo de los socialistas. Tampoco es signo de identidad suficiente el impulsar una legislación que reduzca el tiempo de trabajo, mejore las prestaciones sociales e intente promover el empleo. Estupendos objetivos cuya pretensión merece el aplauso de todos, pero que en el mundo civilizado han sido conseguidos tanto por gobiernos de derecha, como de centro o de izquierda. Sólo a título de ejemplo conviene recordar que tanto la L.R.L., de 1976, como el Estatuto de los Trabajadores, de 1980, redujeron el tiempo de trabajo.

Por otra parte, y ante unas relaciones de poder tan sutiles, tampoco pienso yo que la tarea de la Administración socialista sea la de potenciar los mecanismos de voz, fuerza y presencia de la clase trabajadora. Pero sin olvidar que reforzar las organizaciones sindicales más representativas beneficia, no sólo a sus afiliados sino a todos los ciudadanos por los efectos de estabilidad y equilibrio que esta conducta comporta.

Yo no me atrevería a juzgar al Gobierno en virtud de los puestos de trabajo que creara, estimo que sería una crítica demagógica. La creación de puestos de trabajo es una misión imposible; ciencia ficción. Incluyo en el reino de los buenos deseos, y no en el de las realidades, la afirmación electoral de crear 800.000 puestos de trabajo. Si de aquí a cuatro años se mantiene el actual nivel de empleo el éxito del Gobierno socialista habrá sido grande.

Los desertores del Milenio profesamos un moderado pesi-

mismo. Somos poco exigentes y poco dados a impartir títulos que justifiquen la pureza de la sangre y certifiquen el grupo sanguíneo socialista. Carecemos de breviarios de bolsillo y de índices de principios fundamentales del socialismo. Y sin embargo, creemos que principios socialistas, lo que es haber «haylos». Pocos, pero suficientes. Y en el ámbito que nos preocupa —el de las relaciones de producción—, hay uno bastante clarito que podría rezar así: un Gobierno socialista que no crea en la empresa pública no es un Gobierno socialista. Es obvio que piense que la gestión pueda ser tan eficaz como la privada y que estime que los intereses generales de la comunidad son un motor de actividad tan potente como el lucro individual.

Si sabemos que de esta Administración socialista dependen cientos de miles de trabajadores de sectores productivos básicos, es justo esperar que las relaciones laborales en este sector público deban de ser singulares. Y que lo que podríamos llamar «Patronal pública» adquiera una identidad propia y un modo autónomo de actuar. Abandonando, por tanto, su tradicional comportamiento entreguista y subsidiario del sector privado. Resulta altamente chocante que un gran líder patronal del sector privado se convierta de repente en el máximo líder patronal del sector público. Aquí todos valen para todo. Como Di Stefano, que hasta jugaba de portero. Es como si al Presidente de la CEOE le hicieran ministro de Trabajo o de Economía. Y suena a disparate oír, durante estos días, a grandes empresas públicas negarse a negociar sus convenios porque aún no se ha producido acuerdo con la CEOE.

Es cierto, como insinuaba el gran Máximo, que las habas están contadas, pero no saber contar habas a estas alturas me parece muy peligroso.

No sería mala idea que, en este ámbito de las relaciones laborales, asumiera la Administración sin pudores su propia autonomía, se organizara como patronal y se lanzara a negociar su propio convenio marco, que podría servir, muy rápidamente, como guía y locomotora del sector privado.

Hasta ahora la Administración socialista no ha tenido ningún pudor en reforzar el contenido represivo del Estado, esperemos que también pierdan sus vergüenzas en otras áreas.

para un Gobierno tambaleante. En la industria los aumentos no podrán superar las 8.000 pesetas mensuales. El resto de los convenios han quedado bloqueados durante 18 meses.

En lo que puede ser una de sus últimas tentativas, el gabinete de Fanfani ha propuesto una tregua sindical para dos años. En dicho periodo

se mantendría el aumento del coste de trabajo en el índice programado de inflación (un 13 por cien frente al 18 por cien de 1982). A su vez la patronal, Confindustria (que agrupa a más de 100.000 empresas) utiliza como arma la crisis económica para negar a los trabajadores el mantenimiento del poder adquisitivo.

Inglatera: los sindicatos contra Thatcher

«No debemos cometer de nuevo el error de comprometernos a ningún tipo de restricción salarial o cesación de derechos en la negociación colectiva, al menos hasta que el actual

Fundación para el Desarrollo Social
Fondazione per lo Sviluppo Sociale
Fondación para el Desarrollo Social
Fondazione per lo Sviluppo Sociale

marco económico cambie radicalmente. Y el cambio no significa promesas sobre la inflación o salario social, sino nacionalización de los bienes de producción, distribución y banca.» De este modo tan contundente se ha expresado un representante del Congreso Sindical Británico (TUC), que representa 11 millones de asalariados. Con 3,1 millones de parados, el desempleo se ha triplicado en los tres años y medio del Gobierno de Margaret Thatcher.

No es de extrañar pues el ataque frontal de los sindicatos al Gobierno. En Inglaterra preocupa la legislación antisindical y la pérdida de poder adquisitivo de la clase trabajadora. El Gobierno quizás esté orgulloso de contar con una inflación del 3,2 por cien para el año 1982 y del aumento de la producción industrial, pero el paro se le ha ido de las manos. En este contexto, los sindicatos proponen como alternativa económica las siguientes medidas: ampliación de las nacionalizaciones en los sectores clave, reactivación económica sostenida, control selectivo de las importaciones y semana laboral de 35 horas.

Aprovechando la precaria situación económica, la Confederación de la Industria Británica (CBI) ha propuesto al Gobierno reducir el desempleo en 1,5 millones de parados en cinco años a cambio de «ayuda especial». Esta pasaría por una reducción de las cotizaciones empresariales y de las tarifas e intereses bancarios. La CBI, que agrupa a más de 100.000 empresas, no interviene en la negociación colectiva, dado que ésta tiende cada vez más a trasladarse del nivel de ramas de industria hacia el de empresas.

Pese a los profetas, el monetarismo de Thatcher ha fracasado. Uno de cada siete británicos está en paro, y al tiempo se ha deteriorado la progresión del índice del salario real. Asimismo, se ha errado en la política de importaciones, cada vez más caras mientras que continúa el retro-

ceso en las exportaciones. En este contexto el movimiento sindical se reserva el derecho a negociar salarios y condiciones de trabajo «sin interferencias o controles legales». Para la izquierda los incrementos salariales no son la causa del aumento del paro y la inflación como argumenta Thatcher.

Los sindicatos están pidiendo el fin de las restricciones presupuestarias en el gasto público, la introducción de controles sobre las inversiones extranjeras y un descenso de la presión fiscal sobre los trabajadores. Entretanto continúan los ataques del gobierno contra el derecho de huelga, los piquetes secundarios y otros derechos disfrutados por el movimiento sindical.

Alemania: menos poder de compra para los asalariados

La economía alemana está en un «impasse» a la espera de las legislativas de marzo. Para esa fecha se calcula que el país habrá superado el listón de los dos millones de parados (se aventuran 2,5). En cuanto a la inflación, ha bajado un punto situándose en el 5,3 por cien a finales de 1982. Como se recordará, Helmut Schmidt tuvo que abandonar su puesto, en octubre pasado, ante las presiones institucionales que pusieron fin a la coalición gubernamental.

Ahora, el demócrata Helmut Kohl, al frente de un gabinete en funciones, se ve impotente ante el incesante incremento del déficit público y la sangría de parados que arrasta la República Federal Alemana. Entre los grandes países industrializados, sólo la RFA acabó el año 1982, como en 1981, con una baja del poder de compra de los salarios brutos del orden del 1 por cien. La

nueva coalición —democráticos (CDU/CSU) y liberales (FDP)— se halla ante un callejón sin salida.

En este contexto de crisis económica, fuentes del Gobierno se han atrevido a manifestar: «los parados parecen dispuestos a aceptar todo con tal de no perder el puesto de trabajo». Ya en 1982, el incremento bruto salarial fue del 4 por cien, por debajo de la inflación. La presión ejercida desde el Gobierno ha encontrado su resistencia en las centrales sindicales y en la propia coalición de socialdemócratas y liberales, que lidera Schmidt. La propuesta de pausa salarial —hasta julio de este año— defendida por el ministro de Trabajo, Blum, no ha sido bien acogida, y más ante la disyuntiva tan cruda que plantea el Gobierno, es decir, «reprimirse o destruir el sistema social».

Para que el paro no siga aumentando, las autoridades económicas proponen un crecimiento anual del 4 por cien, cuando se calcula que éste no pasará del 1 por cien, lo que supondría llegar a los tres millones de parados. Una de las ideas del gabinete, la congelación salarial por medio año, no ha sido bien vista por los sindicatos, mientras que el empresariado se ha mostrado muy satisfecho. La oposición que gobernó los últimos trece años, acusa a Kohl de preconizar una política económica «neoconservadora», al estilo de Gran Bretaña o Estados Unidos.

La filosofía del Estado es la no intervención en los pactos salariales. Las negociaciones se llevan a cabo entre la Federación Alemana de Sindicatos, que agrupa a ocho millones de trabajadores y las distintas federaciones de rama, «vigiladas» por la Federación de Asociaciones Patronales (BDA), que no interviene directamente en los convenios. Las relaciones laborales están siendo delicadas por el peso de la crisis económica. En 1982 el PNB cayó un 1,2 por cien, se perdió el 5 por cien de la producción industrial y quebraron 15.000 empresas.



VISA...HISPANO

Es la forma más sencilla de entenderse sin dinero. Un medio de pago cómodo y seguro, aceptado en más de tres millones de establecimientos en todo el mundo, que le permite comprar y aplazar los pagos, obtener dinero en efectivo en numerosas oficinas bancarias y, además, disfrutar de un seguro gratuito de accidente de hasta veinte millones de pts. si se adquieren los billetes de viaje con la tarjeta VISA HISPANO.



Banco Hispano Americano

Una herencia no deseada

A situación económica del país es grave, tan grave, que afortunadamente lo sabemos casi todos aunque no nos lo hayan dicho de forma suficientemente clara. Basten para corroborar esta afirmación cuatro indicadores obvios:

1. Uno de cada cuatro españoles que podrían estar ocupados no trabaja, aunque «solamente» se encuentre en paro uno de cada seis, ya que el resto ni siquiera busca empleo. Y el paro sigue y seguirá aumentando. 2. Tenemos una tasa de inflación del 14%, aproximadamente el doble de la media de los países más relacionados. Y este diferencial está aumentando. 3. Nuestro déficit por cuenta corriente es de unos cinco mil millones de dólares, o sea, que vivimos como vivimos gracias a que nos endeudamos con el exterior. Como este endeudamiento habrá que pagarla, además por supuesto de los intereses, los que vengan detrás, en lugar de gastarse el ahorro extranjero tendrán que ahorrar para pagar nuestras deudas. 4. Lo que producimos no se distribuye de forma satisfactoria (a pesar de que hayamos avanzado en este sentido en la última década), problema éste que depende no solamente de la distribución de rentas sino también de los bienes que producimos. Y 5. Y muy importante, nuestro pueblo no tiene suficiente fe en el futuro (ni por tanto en sí mismo), lo que si bien evita sacudidas sociales y políticas que agraven la crisis, también imposibilita que salgamos de ella, ya que no hay presente sin futuro. Mala herencia, pues, para un Gobierno que anuncia un cambio histórico, porque es más fácil cambiar distribuyendo las ganancias que repartiendo las pérdidas. Las paradojas de la política: para ganar tienen que ir las cosas mal, pero si se heredan deudas, ¿cómo administrar la «ganancia»?

En definitiva aquí de lo que se trata es de producir más, otras cosas, y mejorar el reparto. Pero ¿cómo y quién debe hacerlo? ¿La iniciativa privada, o el sector público?

A la primera pregunta se puede responder, lo que no es mucho más que una pura definición, que para producir más hace falta incrementar la inversión en capital, mejorar las técnicas y aumentar la capacidad productiva del trabajador (mejorar el capital humano). En cambio la respuesta a la segunda permite más matizaciones. Así, los que creen en una economía de mercado piensan que debe ser la iniciativa privada quien lo haga, dejando al sector público el papel de mero complemento en aquellos casos en los que la empresa no puede hacerlo. En cambio, los socialistas españoles —¿o social demócratas?— que desde su gran moderación ni siquiera parecen discutir la validez de este argumento, si divergen en cambio en cuanto a su interpretación. Porque si la empresa privada no invierte creando nuevos puestos de trabajo o nuevas técnicas, ¿no deberá ser el Estado quien lo haga? Y si el sector privado no produce ciertos bienes que en cuanto indivisibles no son cobrables al usu-

MANUEL GALA



rio (leéase bienes públicos) u otros que por sus efectos beneficiosos para el conjunto de la sociedad, además de para el individuo, merecen ser protegidos (bienes meritorios), tal como la educación o la información, ¿no deberá producirlos el sector público? ¿Y qué decir de la redistribución de los ingresos, que con más frecuencia que menos hay que imponerla? A estas preguntas hay una respuesta antigua: Dar al César lo que es del César; pero no creo que el fariseo obtuviera una norma de conducta clara con la respuesta. Las asociaciones patronales claman contra la reglamentación y los impuestos (con toda la razón desde su punto de vista), pero su impotencia actual, ¿se debe acaso a la intervención del Estado, o esta última se ha producido ante la falta de dinamismo de un sector empresarial acostumbrado a un mercado interno cautivo y a otro exterior en continua expansión durante más de treinta años? Porque no nos engañemos, el Estado de bienestar que ahora quieren destruir reaganitas, Thatcheritas, fraguistas y Pedro Schwartz, aquí lo ha potenciado —a medias, claro— la derecha española,

solamente que mal y perdiendo los papeles. Por eso no es contradictorio el slogan «Por el cambio» con la respuesta de Felipe González a la insistente pregunta del entrevistador respecto a en qué consistía ese cambio: hacer lo mismo pero mejor. ¿Pero se está haciendo mejor realmente? Porque llevamos solamente dos meses de Gobierno Socialista (¿Qué largo se puede hacer el tiempo político?) y las piedras que asoman muestran ya que el río es difícilmente navegable.

La inversión pública que sustituya a la privada o esté destinada a la producción de bienes públicos o meritorios y a una distribución de renta que garantice el nivel de consumo mínimo que exige un Estado que defiende los derechos individuales, requiere un ahorro que puede ser voluntario o forzoso previo. Pero ¿quién ahorra voluntariamente en España? Las familias que han tratado de mantener el mismo nivel de consumo a francas y barrancas (pero que en 1981 disminuyó por primera vez rompiendo una muy larga serie histórica) han reducido ya el ahorro a tasas de país subdesarrollado, y por ese ahorro compiten en guerra de tipos de interés la deuda pública, el mercado de obligaciones y los pasivos de los Bancos y Cajas de Ahorro. En cuanto a las empresas, que en general se encuentran en situación de pérdidas, bastante tienen con no dar suspensión de pagos que ya hay quien mantiene los dividendos a base de obtener créditos.

Al sector público no le quedan por tanto más que tres caminos para obtener recursos para atender esos fines ya limitados por su propia automoderación: 1) aumentar el ahorro forzoso mediante una política impositiva selectiva que incida en aquellas bolsas de ingresos «excedentes». 2) acudir al ahorro extranjero, esto es, a un endeudamiento exterior que aunque es voluntario nos puede llevar a un ahorro forzoso en los próximos años para pagar la deuda, y 3) utilizar su privilegio monopolista de crear dinero recurriendo a la fábrica de hacer billetes del Banco de España, lo que mantendrá el impuesto inflacionista sobre los poseedores de dinero.

De estos tres caminos, el tercero debería ser una vía siempre vedada, y mas especialmente para el Gobierno actual, porque la inflación golpea de forma indiscriminada e incontrolable, y cavaría su propia tumba política frente a la oposición. Por consiguiente, no a la inflación (o por lo menos a su aumento), y en este sentido, y solamente en este, debería hablarse de la conveniencia de un plan de estabilización (porque, ¿en qué consiste un plan de estabilización?), o sea, de una limitación de la tasa de aumento de los recursos financieros globales (o de las disponibilidades líquidas: M_1 , M_2 o cualesquiera otra categoría monetaria que se considere conveniente).

Por consiguiente, le quedan dos caminos al Gobierno que ya ha comenzado a recorrer. El primero consiste en disminuir los ingresos de los perceptores de rentas más altas aumentando la presión impositiva: de un lado reduciendo el fraude fiscal y de otro incrementando los impuestos allí donde todavía eran discriminatoriamente bajos. O sea, haciendo buena una reforma fiscal todavía inacabada.

El ministerio de Economía y Hacienda ha adoptado ya dos medidas en esta línea. Una, que puede considerarse como un impuesto directo sobre un sector con beneficios contables (aunque, ¡ay, cuando se contabilicen de una forma ortodoxa, incluyendo previsiones para fallidos, los beneficios de la Banca!), ha sido el aumento en uno uno por ciento del coeficiente de Caja de Bancos y Cajas de Ahorro; lo cual, al inmovilizar parte de sus activos permite al gobierno incrementar la creación de billetes sin alterar su objetivo de aumentar las disponibilidades líquidas en 1983 en «solo» un 13%. De esta manera los intermediarios financieros verán reducidos sus ingresos por intereses, si bien la pérdida es inferior a la que se ha mencionado



CORTESÍA

reiteradamente porque no todo ese uno por ciento era rentable, y la parte que lo era obtiene a cambio el beneficio (no apreciado, por supuesto), de reducir algo su riesgo.

La otra medida impositiva ha consistido en aumentar los precios relativos del petróleo y sus derivados energéticos mediante un fuerte aumento de los impuestos indirectos que gravan su compra, con lo que simultáneamente se obtiene un beneficio fiscal y se desincentiva su importación; esto es, actúa como un arancel.

Un breve comentario especial en este contexto merece la ley de incompatibilidades, que si bien no aumenta los ingresos del sector público sí puede forzarle a predicar con el ejemplo redistribuyendo la renta que él mismo genera y crear nuevos puestos de trabajo, esto es, a cumplir sus propios objetivos sin incrementar la presión impositiva.

Queda por último el otro camino, aquel que conduce a atraer el ahorro exterior saliendo a los mercados financieros internacionales a pedir prestado. Esta es una senda que se va a estrechar pronto, porque nuestro endeudamiento exterior es ya muy considerable, y bastante superior a los 28.000 millones de \$ que nos dicen, aunque siga habiendo prestamistas dispuestos a fiar a España, por eso de que en el país de los ciegos el tío es el rey (hay ya muchos ciegos subdesarrollados), y algo que hacer con los activos financieros ociosos. Pero lo malo que tiene la deuda exterior es que hay que pagarla (de una forma u otra) y me da la impresión que al igual que hace diez años no sabíamos (incluidos los economistas) lo que significaba la inflación, ahora desconocemos las consecuencias del endeudamiento exterior, e incluso cómo contabilizarlo. En todo caso, parece que se trata de ganar tiempo aunque tengamos que aprender a la fuerza dentro de unos pocos años.

Y eso no es todo, ya que las limitaciones son tan importantes a la hora de decidir la distribución del gasto como lo son para obtener ingresos. Porque con un paro en aumento (¿es que realmente alguien cree lo contrario?) y con la necesidad imperiosa de continuar el proceso redistribuidor de renta, el Gobierno no va a poder aumentar la precaria participación de la inversión en el gasto público (alrededor del 15%), sin incrementar a cambio la deuda exterior o la inflación. La razón está en que las cifras de los déficits de la Administración Pública y de la Balanza de Pagos y las de la inversión pública están muy relacionadas entre sí. Esto es, la Administración dedica cada vez más recursos financieros a actividades no productivas redistribuidoras de renta y mantiene la participación de la inversión pública en el gasto mediante un déficit presupuestario que a su vez es tolerado por los sectores público y privado sin aumentar la inflación gracias al endeudamiento exterior. Claro que aquí también se puede, y se debe, ganar bastante racionando la decisión, porque lo mismo que se gasta hay que gastarlo mejor realizando una redistribución presupuestaria que ya es imperiosa. Habrá que esperar por tanto a los nuevos Presupuestos Generales, aunque el tiempo sigue corriendo. Porque hasta ahora y salvo la generosidad con el poder militar (¿de dónde van a salir los recursos que exige —quizás por primera vez— el ejército para su modernización?) el Gobierno lo que ha hecho fundamentalmente ha sido paralizar, tratando de poner algún orden en el caos que le ha dejado UCD con su política descarrilada de tierra quemada. El «no hay un duro» puede ser sensato a la vista de todo lo dicho, pero es peligroso políticamente en un país en el que, al menos diez millones de votantes, esperan hechos.

El problema aquí, a semejanza de lo que ocurría con los ingresos, es que hay que quitar a unos para dar a otros, y lo que es peor, no necesariamente en beneficio del pastel futuro.

Un breve comentario final sobre las incompatibilidades y el

acuerdo salarial, cuyas repercusiones económicas directas, además de las trascendentales políticas que son necesarias, van a ser muy importantes. Respecto a la primera, que no olvidemos que fue gestada por U.C.D., y solamente desde un punto de vista económico, pretende crear nuevos puestos de trabajo y redistribuir la renta, lo que conseguirá siempre que sea aplicada con una cierta flexibilidad (dice el refrán castellano que «la justicia de enero es muy rigurosa, llega Febrero y ya es otra cosa») pero sin olvidar que los pasos en falso no los agradece nadie, ni aún después de ser rectificados. Más dudoso es que esta ley aumente la producción, por lo menos a corto plazo, porque, y más si se aplica indiscriminadamente, puede desincentivar la inversión en ciertos tipos de capital humano (precisamente aquellos que podrían incrementar la productividad del Sector Público), además de mostrar de modo inmediato que con bastante frecuencia los salarios del Sector Público no competen con el Privado.

E

n cuanto al acuerdo salarial, las decisiones de la Administración que lo condicionan son redistribuidoras de renta (Fondo de Desempleo, Fondo de Garantía y limitación de Jornada Laboral) salarial, y así lo consideran unos empresarios descentralizados para los que lo que cuenta es el coste de hora de trabajo y no el salario pagado directamente al trabajador. Una vez más, alguien va a perder, pero el Gobierno ya ha hecho lo que tenía que hacer, y ahora patronales y sindicatos (independientes?) quizás deban comprender que lo más sensato es repartir unas pérdidas que en parte ya se han producido.

En resumen, y sin olvidar las tremendas limitaciones existentes, creo que la política económica del Gobierno hasta el presente, ha sido selectiva y cauta, aunque la moderación haya pecado ya de lenta en algunos campos. Porque en definitiva el drama del nuevo Gobierno es que el futuro próximo parece reservarle la pesada tarea, no valorada generalmente de forma positiva en tiempo de crisis, de racionalizar su actuación y redistribuir una renta menguante sin poder reactivar la economía ni disminuir el paro.

¿Qué más se puede hacer?

Dos cosas absolutamente fundamentales relacionadas entre sí. Una es decirle al pueblo de forma más cruda y sistemática que aquí hay cardos y no rosas, porque si no se le cuenta no lo va a entender. Para cuando este artículo se publique el Presidente ya se habrá dirigido al pueblo, al parecer con este mensaje, aunque pienso que hubiera sido más conveniente políticamente, dada la gravedad, que lo hiciera con una alocución directa y no a través de una entrevista. La otra, y lo digo como economista, es iniciar, ya mismo, una política cultural ambiciosa que cambie (y por ahí empieza el cambio) la mentalidad de los españoles ilusionados con lo que hemos ganado, que es mucho aunque no lo sepamos cuantificar. Esto requiere una imaginación y generosidad intelectual (o si se quiere, falta de miedo) que el mercado no está acostumbrado a valorar con precios.

¿Será así? Que así sea, porque nos jugamos mucho.

Menos privilegios para los constructores

En el nuevo plan de construcción de viviendas, todavía no definido por el Mopu, a los constructores se les dará mucha menos participación de la que están teniendo en el actual. El Gobierno está estudiando el recambio de los promotores-constructores por las cooperativas de viviendas.

«Tenemos dinero, terrenos y maquinaria. Sólo nos falta organizar la demanda. Si el Banco Hipotecario concede una financiación especial puede ser el "boom" de las cooperativas de viviendas», opina un alto cargo ministerial. En el plan trienal 1981-83 de viviendas de protección oficial (571.000 viviendas) la iniciativa privada se ha llevado la «parte del león». Los constructores han iniciado más de 350.000 viviendas en el trienio, siendo muy escasa la iniciativa pública.

Para dar la alternativa a las cooperativas de vivienda se firmará en los próximos meses un convenio con el Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo.

Las PYMES despistadas con el Gobierno

«Aún no hemos contactado oficialmente con el Gobierno. Estamos despistados. Encontramos poca concreción en sus posturas y una política poco definida. No hay un interlocutor válido a nivel ministerial.» En este tono nada optimista se expresaba Jorge de Juan, representante de la Convergencia de Autónomos, Pequeños y Medianos Empresarios. Esta plataforma de las pymes agrupa a unos 250.000 empresarios, 100.000 de los cuales proceden de la Federación de Agricultores y Ganaderos (COAG).

Este movimiento critica el nombramiento de Luis Escauriaza, como director general de la Pequeña y Media Industria, por considerarle ligado a la CEOE. Su propuesta de crear una Secretaría de Estado para las pymes ha caído en «saco roto».

En las pymes se considera a los ti-

tulares de Transportes y Sanidad, Enrique Barón y Ernest Lluch, respectivamente, como los más «concienciados» con su problemática. Al titular de Industria, Carlos Solchaga, se le califica de «distante». Por otra

parte, la CEOE a través de Cepyme trata de implantarse en el sector. Mientras que Unipyme duda en integrarse en Convergencia, continuar en solitario o tender puentes a la gran patronal.



COVER

El Banco de los Trabajadores

En el congreso confederal de UGT que se celebrará el próximo mes de junio, se presentará un proyecto del denominado «Banco de los Trabajadores». Esta futura entidad crediticia tendría como modelo al Banco Sindical Alemán.

El proyecto fue discutido en su día

por miembros del actual Gobierno. En el borrador que ahora se prepara de cara al congreso federal participa un alto cargo bancario. La banca privada se mantiene a la expectativa. Fuentes consultadas sólo han mostrado recelosas ante la implantación de un futuro banco sindical.

Hemeroteca General

CEDOC

Cooperativismo de la miseria

«Las cooperativas de trabajo asociado mueven muy poco dinero. El crédito difícilmente les llega porque los beneficios se los comen los intereses bancarios», afirma Sebastián Reyna, director general de Cooperativas al comentar la situación de lo que denominó el «cooperativismo de la miseria». En éste se encuentran 6.000 cooperativas y más de 80.000 puestos de trabajo.

El sector engloba a industrias auxiliares de la construcción, de artesanía, centrales hortofrutícolas, gabinetes de economistas, sociólogos, etc. En Barcelona existe hasta una cooperativa de ginecólogos y en Valencia una cooperativa de ataúdes. «En estas cooperativas —explica Reyna— se aporta trabajo intensivo en mano de obra, no capital. El trabajador sigue con la mentalidad de asalariado, faltando la gestión empresarial. Además existe una «autoexplotación» al cobrarse sueldos por debajo de lo establecido.»

En el Ministerio de Trabajo se estudia en estos momentos una alternativa financiera que salve del «crack» a este cooperativismo. La solución podría pasar por establecer convenios con las cajas de ahorros, o por crear cooperativas de crédito (tipo Caja Laboral Popular de Mondragón). Actualmente se considera insuficiente el presupuesto del Fondo Nacional de Protección al Trabajo del que se financian. Otra alternativa pasaría por el establecimiento de un sistema de crédito —aún en estudio— que aportara a los cooperativistas el 70 por cien de la inversión.

¿Dónde están los halcones?

La APD convocó a más de 1.000 empresarios para que le vieran las orejas al «lobo». Muchos se hurtaron del camino. Otros, como Termes, fueron a su encuentro revelando qué es lo que esconde tras la ironía empresarial.

Los mensajes cruzados entre Felí-

pe González y el presidente de la patronal bancaria son todo un «test» de lo que nos depara el futuro. Termes usó y abusó del previsible aumento del paro —a sólo dos meses de gobierno socialista— y de los golpes recibidos por la banca: la elevación en un punto del coeficiente de caja, que supone 18.000 millones de pesetas de coste adicional para la banca, y la modificación de los tipos de la Seguridad Social. Su oratoria provocó la hilaridad de los empresarios cuando se lamentó de la reducción de los

beneficios bancarios. Pero lo grave de su intervención es que su discurso no animó a invertir.

No fue de extrañar que dos horas después el presidente del Gobierno aprovechó la presencia de los «mil empresarios» para dar una rápida respuesta. En su alocución negó que los nuevos tipos de la Seguridad Social fueran un «gravamen» para el empresariado, incluida la banca. Hubo un silencio sepulcral cuando Felipe González afirmó: «se mantendrá el poder adquisitivo de los salarios

OGRESO DE LA E

PD

INTURA ECONOMICA (1959-19

RCE

UAB

durante toda la legislatura». Ligeros murmullos recorrieron la sala cuando planteó las 40 horas semanales. Pero lo que podía ser un reto empresarial al Gobierno no llegó a producirse.

En el fondo, la convocatoria sirvió para descubrir la guerra abierta en el seno del empresariado. Ferrer, convertido en un «técnico», no dijo esta boca es mía; el ultramontano Olarra guardó sus venablos —nadie sabe por qué—. Segurado enmudeció —aunque se había explayado el día anterior en la CEIM— cuando tenía la ocasión más clara de hacer «campañas» para las elecciones a la patronal. A la hora de interpelar al presidente López de Letona demostró no saber en qué país está, siendo abucheado su panegírico por los propios empresarios. Sentado a la izquierda de Felipe González, el decano de los banqueros, Aguirre Gonzalo, asentía sonriente al juego blando que presenciaba.

No planearon halcones en la APD. Encerrados en sus jaulas, los patronos más duros se olvidaron de acusar al Gobierno de «colectivizar» la empresa —recientes han sido sus advertencias sobre el peligro de la sindicalización— de que niega el «pan y la sal» a la economía de mercado y de que los «frie» a impuestos municipales. Solo Termes supo estar al quíte para demostrar que la gran banca sigue mandando, no sólo en la CEOE, sino en el gran colectivo empresarial. Su afirmación, no exenta de ironía, de que habría que equilibrar los coeficientes entre cajas y bancos *suprimiéndolos todos* (grandes carcajadas del auditorio) insinuó que la gran banca empieza a «no tragar» la política monetaria del Gobierno. Termes llegó a solicitar medidas estabilizadoras —como secuela de la devaluación de la peseta— frente la rotunda negativa de Felipe González a hacer un plan de estabilización.

Fue también sintomático el que representantes de las pymes, invitados por primera vez a la APD, «robaron la palabra» a los grandes empresarios. Los autopatronos hicieron repetidas interpellaciones al presidente del Gobierno al no contar todavía con un interlocutor ministerial.

«Esto es un timo», decía un empresario de base al terminar el almuer-



zo. Pero ¿quién ha timado a quién? ¿el Gobierno a los empresarios por ceñirse al camino de la prudencia? —palabra clave en la oratoria del presidente— o el empresariado al Gobierno por no haber sabido, o no haber querido —lo que es más grave— plantarle cara?

Euskadi apuesta por el carbón

«El carbón es una fuente energética de gran interés para Euskadi. Contamos con grandes posibilidades de que aumente su consumo en la industria. En los próximos meses podremos conocer con detalle —ahora se está realizando un estudio— su importancia como recurso natural», nos dice Javier García Egocheaga, consejero de Industria del Gobierno Vasco.

Sus palabras cobran especial relevancia en un momento en que la solución a Lemóniz sigue en un «impasse» —está funcionando la fórmu-

la del consejo de intervención —y en que el gas de Bermeo ha dejado de ser una utopía. Los sondeos arrojan 12.000 millones de metros cúbicos anuales, equivalentes a 12 millones de toneladas de petróleo.

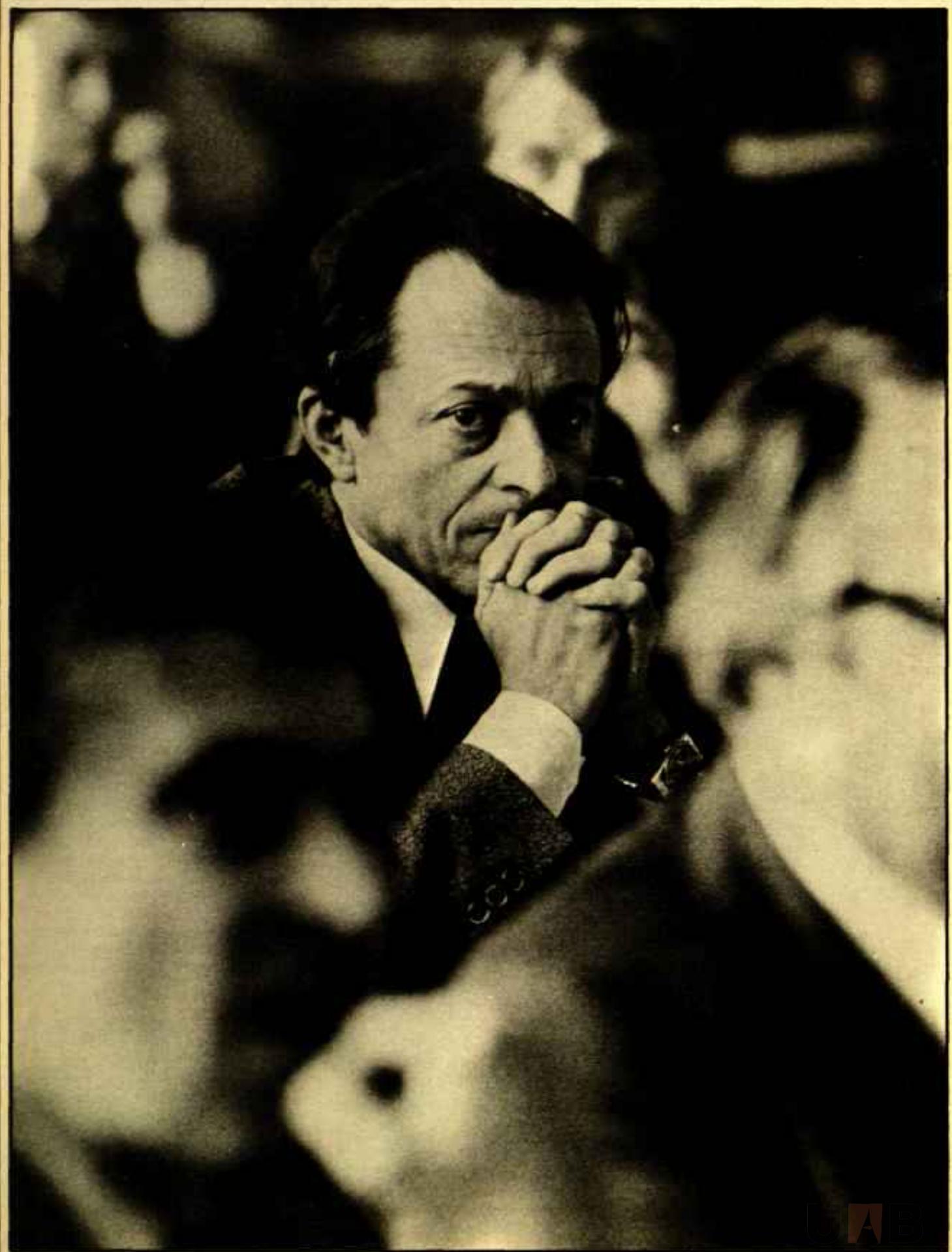
Por otra parte, Egocheaga, ha expresado su deseo de que este año aumente la inversión privada en la comunidad vasca. En 1982 se aprobaron operaciones por importe de 48.000 millones de pesetas (más de 20.000 fueron para pequeñas y medianas empresas) que se materializarán en los próximos años. Otro frente en el que está trabajando el Gobierno Vasco es el de la potenciación del sector público. «No vamos a crear un INI vasco —comenta nuestro interlocutor— pero sí a organizar todo el sector. La presencia de empresas públicas se ha notado en el terreno energético —recuérdese la Sociedad del Gas— en los polígonos industriales y en la aparición de sociedades como Pasaia, orientada a la creación de una planta congeladora de pescado, que cubren un campo al que no accede la iniciativa privada.»

RENFE hereda un déficit de 150.000 millones

En contra de las previsiones que lo situaban en poco más de 100.000 millones de pesetas, el déficit de Renfe para 1982 se aproximará a los 150.000 millones de pesetas. Ante la

herencia legada, los nuevos directivos de la compañía han puesto en marcha un drástico plan de saneamiento, que pasa por la auditoría de organismos dependientes de la Red Nacional de Ferrocarriles.

Por otra parte, la Red de Ferrocarriles de Vía Estrecha (FEVE) arroja unas pérdidas cercanas a los 8.000 millones de pesetas.



Fue un radical. Es un moderado. En mayo de 1968 contaba con toda la simpatía de los estudiantes de Francia, capital que ha tratado de conservar intacto a medida que todos iban envejeciendo a la vez, capital sometido a nuevas inversiones e incluso objeto de ampliación a los más jóvenes últimamente. Pero a los cincuenta y tres años, hoy día ministro del Plan de François Mitterrand, no mantiene en cambio ninguno de los postulados que defendía como secretario general del Partido Socialista Unificado de la época. Es otro hombre, otro político; ahora todo el mundo lo tiene por socialdemócrata, antes todo el mundo lo tildaba de izquierdista. Ha completado el ciclo que recorre toda persona en su vida política. Lo ha agotado. Y no obstante ejerce todavía una suerte de fascinación y va de primero en los sondeos de opinión de los políticos en candelero.

Michel Rocard: “Socialismo es producir mejor”

RAMON-LUIS ACUÑA

TIENE ante sí expectativas abiertas de llegar a ser primer ministro, de poder aspirar a la presidencia de la República. Cuando, nervioso y casi temblando, se adelantó en su alcaldía de Coflans les Yvelines a presentar su candidatura al país para las últimas elecciones a la Presidencia de la República, renació la esperanza de muchas personas de izquierda que deseaban un candidato más joven

que François Mitterrand, con más capacidad de ensañación, menos astuto y más lozano, más puro y convincente y menos retorcido, de imagen menos gastada, con un arco de posibilidades más nuevo y flamante, más imaginativo y menos maniobrero.

Después el partido le hizo retirar su candidatura en favor de la de Mitterrand aún a fuer de pisotear estas posibilidades todas. Y Mitterrand, llegado al poder, le consagró ministro de estado encargado del Plan, le puso a pensar a años vista, le ap-

tó de lo inmediato, le dio este puesto de universitario para barruntar el futuro que debe encantar a este gran estudioso, inspector de finanzas, exalumno de la elitista Escuela Nacional de Administración, trabajador infatigable, que habla aún a mayor velocidad de lo que piensa, lo que constituye a la vez virtud y defecto.

En lo que me concierne, después de haber hecho un plan de urgencia para 1982-1983 y una reforma de la propia planificación, trabajo activamente en la preparación del próximo plan de cinco años.

Podría parecer que ha quedado así aparcado, orillado de la cosa pública; pero ¿quién deja en el arcén de la vida política a un hombre tal, esencialmente político? De aspecto es un francés medio, delgado, enjuto, que se viste como el más común de los franceses de la clase media, pero que no tiene nada en común con la imagen que el mundo se hace de los franceses. Sólo le roe una pasión, el poder, sólo tiene una angustia, el tiempo, sólo tiene un afán, el ampliar su círculo de posibles votantes. A tal fin destina energía y método, con tal objeto apura todas las horas del día.

—A su juicio, ¿qué trampas debe evitar un equipo socialista que llega a gobernar en un país europeo?

Mil veces se habrá planteado él mismo esta pregunta abstracta. Mil veces le habrá hallado una respuesta no menos abstracta. No importa, es sin duda la interrogante más importante de todo socialista europeo.

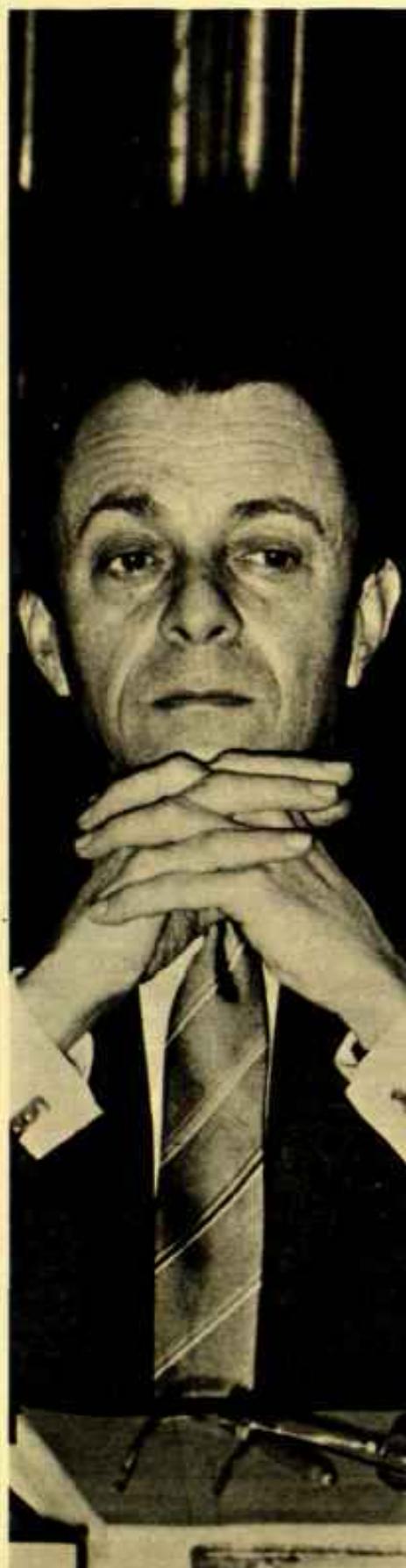
«Para cualquier fuerza política que acceda a la responsabilidad de un poder sea cual sea el país, la mayor dificultad surge de las relaciones que establezca con la realidad, con los hechos.»

La resistencia de los hechos

Se suele decir en política francesa que «los hechos son testarudos», y Rocard se complace en hacer variaciones sobre este mismo tema que resume todos los problemas que llenan el foso existente entre las ideas y su aplicación, en algunos casos insalvable.

Añade: «En la oposición no se dispone siempre de informaciones precisas y suficientes para sopesar la realidad, y, por ello, se puede caer entonces en la tentación de conten-

Michel Rocard



Avelino Estévez

tarse con respuestas teóricas o ideológicas. Una vez en el poder, se chocha con la resistencia de los hechos y en ese momento surgen dos peligros. El de correr el riesgo de negarlos o de tratar de plegar la realidad a su propia concepción de las cosas, vía esta que lleva rápidamente al fracaso, y el de achicarse uno tanto ante el peso de los hechos que llegué a olvidarse de los objetivos en cuyo nombre se ganó la confianza popular.»

Es un dilema cuyos límites son conocidos, pero cuya solución no lo es. Rocard, que apuró hasta las heces la oposición y saborea ahora una parte del pastel del gobierno, tiene una, la siguiente: «Para mí, el verdadero rigor consiste en haber sido lo suficientemente realista cuando se estuvo fuera del poder para tener la capacidad de ser lo suficientemente audaz cuando se alcanza.»

Francia. Enero de 1983. Las mayores angustias provocadas por la falta de respuesta favorable de las realidades económicas a las ideas del brillante equipo socialista de François Mitterrand ya han quedado atrás. Con los mejores espadas del socialismo galo, el primer gobierno de izquierdas de Francia en 23 años sufrió un estrepitoso fracaso con sus apresuradas medidas en favor de una reactivación que no enganchó en ningún gancho. La situación económica quedó evolucionando sin rumbo como el mercurio, y el ministro de finanzas, Jacques Delors, tuvo que administrarle un tratamiento de choque: cuatro meses de congelación de precios y salarios que sangraron el cuerpo social, que lo sanearon a fortiori. Pero el franco sigue dando impresión de debilidad, de inseguridad. Dos devaluaciones y un préstamo internacional de cuatro mil millones de dólares no consiguieron afianzarlo. Se habla de nuevas devaluaciones, de acudir de nuevo al crédito extranjero.

—¿Están condenados los socialistas a contemplar siempre la merma de la moneda del país que gobiernan?

—La fragilidad de la moneda no tiene vinculación alguna con la opción socialista, sino que es una consecuencia del estado de debilidad de una economía dada. Su pregunta podría hacer pensar que los socialistas, de entrada, son malos administradores; no hay ninguna razón para ello. Lo que sí es verdad, en cambio, es que llegan frecuentemente al gobierno tras una quiebra, la de la

política de sus predecesores. El deterioro de la moneda consiguiente no es así nada más que una sanción de errores anteriores.

—¿Qué hacer para luchar contra un empeoramiento de la economía como el ocurrido en Francia?

—Repite que para poder comprender los errores precedentes hay que estudiar bien lo realizado desde mucho antes. Pero también hay que planificar, y la mayor ambición de una visión clara a medio plazo como la que puede aportar un plan económico es precisamente la de construir una economía fuerte que sirva para defender la moneda: tal es la tarea a la que yo me consagro. Resulta completamente cabal poner en práctica ideas socialistas sin acarrear necesariamente la desvalorización monetaria. Socialismo sólo significa producción mayor y de distinta manera encaminada a hacer un reparto más equitativo.

—Pero la degradación económica general se presenta como inexorable.

—Parece como si al decirlo expresara usted más bien un temor. Pues es verdad que en 1983 tenemos razones para estar inquietos no solo respecto a la economía francesa sino con relación a todas las occidentales. Es patente la actual debilidad de nuestros países, y las distintas terapeúticas no podrán conducir más que lentas mejoras.

Para su primer gobierno, que va a cumplir dos años casi intacto, el Presidente François Mitterrand prefirió gastar hasta el último cartucho, poner toda la carne en el asador: incluyó a todas las cabezas pensantes del socialismo galo, contentó a las corrientes más importantes con las regalías de ministerios de estado, no dejó ningún santón de repuesto. Nombres como Jacques Delors en Economía y Finanzas, Michel Rocard en el Plan, e incluso el joven radical, ahora moderado, Jean-Pierre Chevenement, estaban destinados a dar confianza, a presentar una fachada tranquilizadora.

Occidente desconfía

Pues bien, el mundo internacional de los negocios liderado por Estados Unidos los recibió de uñas, empezó por negarles el pan y la sal, y ya no tendría nunca en buena consideración esta experiencia político-económica que empezó por nacionalizar toda la gran banca y toda industria de punta.

—¿Por qué ha de producirse siempre una reacción de recelo en el ámbito occidental hacia un gobierno socialista cuando estos gobiernos han abandonado desde hace tiempo todo pensamiento revolucionario para sustituirlo por una concepción de las cosas que cuadra con los postulados fundamentales del sistema de intercambios reinante?

—Recelo, rechazo, desconfianza son constantes de la respuesta al socialismo reformista que se repitieron en el caso francés. Ausencia total de solidaridad económica con él, desde luego, pero, además, cierta actitud de principio que creó el marzo sicológico en el que comenzó a depreciarse la moneda, que limitó el comercio exterior francés, que hizo más parsimoniosa, más perezosa la tendencia a la vuelta a la normalidad en el caso de los altos tipos de interés bancario practicado por los norteamericanos, muy perjudiciales para la Francia actual.

—¿Qué hacer para restablecer —o para establecer— la confianza de las finanzas internacionales en el gobierno socialista francés?

—No hay antinomia fundamental entre las exigencias reales de los grandes financieros internacionales y los objetivos concebidos por los gobiernos socialistas. Veamos cuáles son estos. Apegados a nuestra independencia y al ejercicio pleno de nuestra soberanía nacional, deseamos crear una industria competitiva, fomentar una potencia comercial que garantice la difusión de los productos nacionales, cimentar la base necesaria para desenvolver la investigación que asegure la fuerza del país. Y estos son, en esencia, nuestras orientaciones fundamentales, las que deben tomar en consideración los financieros internacionales.

—Francia acudió de nuevo al mercado de capitales en demanda de préstamo este mes de enero, esta vez dentro de las fronteras.

—Es verdad que un país, sea o no socialista su gobierno, no puede vivir permanentemente con una balanza de pagos desequilibrada. La libertad temporal que se toma al recurrir a la deuda externa debe darle margen de maniobra para echar los cimientos de un desarrollo más sano. La gran finanza ha de tener presente estos propósitos y las líneas directrices

de una economía, y sólo alarmarse cuando se vaya más allá de los límites así definidos. En cuyo caso queda claro que no se condena una gestión porque sea socialista sino porque es aventurera.

«Los logros nunca son tan claros como se desea»

Lo menos que puede decirse es que la gestión francesa actual tiene problemas. Ciertamente el bloqueo de precios y salarios desembocó en una inflación menor del diez por cien y en una cierta tendencia a la estabilización del paro, situado empero en la cifra insopportable de más de dos millones de desempleados. Pero también es cierto que Francia es hoy día una nación de déficits disparados, el del comercio exterior, el de la balanza de pagos, el de la seguridad social.

—¿Cuáles han sido los errores evitados por el gobierno del primer ministro Pierre Mauroy, del que usted forma parte? ¿Es usted partidario de las nacionalizaciones, tal como se hicieron?

—Soy totalmente solidario con la acción emprendida el 10 de mayo de 1981. Nos esforzamos en practicar reformas de estructuras indispensables en nuestro país después de veinte años de gestión de corto alcance. En esta obra de conjunto hemos tratado de evitar eventuales errores, pero nadie está libre de cometerlos, y, además, los logros no son nunca tan claros y netos como se desea. Se ha hecho mucho, pero no olvide que el presidente François Mitterrand fue elegido para un mandato de siete años.

En realidad, la actitud de Michel Rocard es mucho más crítica. Para empezar, no concibe de la misma manera que el resto del gobierno la piedra filosofal de la nueva economía gala, las nacionalizaciones, la manera de nacionalizar, que para él no hubiera sido necesaria al cien por cien. Recientemente marcó distancias al presentar los conceptos sobre los que debe girar el noveno plan francés, y aunque hubo de retractarse públicamente después, levantó acta y señaló fecha para un futuro en el que no cesa de pensar.

El vestíbulo del caserón en el que está instalado el ministerio del Plan

y de la Ordenación del Territorio que él regenta está presidido como todos los ministerios por un retrato de «François Mitterrand, presidente de la República Francesa». Secreto a voces es que Rocard sueña en voz alta con suceder a Mitterrand en esta foto oficial, con trocar su actual despacho de ministro en la calle de Varenne por el de Jefe de Estado en el Palacio del Eliseo en la calle del Faubourg Saint Honoré. Por eso no cuesta trabajo predecir que llegará un día en que dejará el gobierno, se alejará del actual equipo socialista.

—¿Cree usted que veinte meses es lapso de tiempo suficiente para juzgar a un gobierno socialista en el poder?

—Fueron necesarios 23 años para que los franceses se convencieran del fracaso de las soluciones conservadoras y de la necesidad de buscar otra vía. Y yo no soy de los que se sorprenden de que el país se otorgue el tiempo necesario para reflexionar. Todo cambio inquieta y altera. Estimo que serán necesarios bastante más de veinte meses para hacer un balance honrado y sincero de lo que hemos emprendido el 10 de mayo de 1981.

—La derecha francesa afirma que la experiencia socialista está fracasando, ha fracasado ya.

—Las reformas iniciadas van a necesitar tiempo para entrar en sazón, para hacer evolucionar las costumbres adquiridas y las mentalidades. Nos damos muy bien cuenta de ello al preparar el noveno plan. Todos los guiones que imaginamos demuestran que serán necesarios «años y años de tenacidad y obstinación para devolver a Francia la potencia industrial y comercial que perdió en los avatares de la crisis». Lo que si se puede enjuiciar al cabo de veinte meses es la actitud mostrada. Y opino que la nuestra, la del gobierno de la izquierda, es la de los compromisos cumplidos, de los esfuerzos para combatir las desigualdades, de las grandes decisiones de futuro en favor de la investigación, de los retos industriales en beneficio de las empresas; y la de la ampliación de las libertades, tanto de las colectivas y entre ellas quiero citar la descentralización, como de las personales.

Se le fue el tono al mitín y el verbo a la cita de los grandes principios, y lo justifica al aseverar que «esta actitud socialista de hoy constituye una garantía para mañana».

Michel Rocard



Avelino Estévez

España y la CEE: una adhesión problemática

El ingreso de España en el Mercado Común se ha convertido en un acontecimiento francés. Ningún político galo puede dejar de planteárselo en público, sobre todo en vísperas de una nueva campaña electoral. Y, naturalmente, todo periodista español tiene el deber de sacarlo a colación.

Podría resumirse la posición que sobre el caso se mantiene al otro lado de los Pirineos y entre franceses diciendo que parafrasea sin saberlo una famosa frase española y viene a rogarnos con uno y otro régimen: «Vuelva usted mañana».

Porque a la pregunta clave sobre la integración española ahora, los centristas de la «Unión en Pro de la Democracia Francesa» (UDF) responden «más adelante», los socialistas del «PS» lo hacen pidiendo una reforma de la CEE simultánea a la negociación de entrada, los neogauillistas de «Concentración en Pro de la República» (RPR) contestan «no, por ahora no», y los comunistas del «PCP», «no, nunca, cien veces no», manifestaciones todas que le fueron reiteradas hasta la saciedad al que ahora las transcribe, discutidas y debatidas.

Para los españoles, pues, el camino hacia el Tratado de Roma hace un alto importante en Francia, no hay duda. Y para un hombre público francés como Michel Rocard, la cuestión es una de las insoslayables en política exterior.

—¿Qué solución se puede dar a su juicio a este inacabable problema de la incorporación de España a la CEE?

—El gobierno francés ya ha tomado claramente posición en favor de la adhesión española. La considera condición esencial para el refuerzo de la democracia no sólo en la propia España, sino en el conjunto de la Comunidad Europea. No ofrece ninguna duda la actitud positiva de Francia sobre el particular.

Ahora bien, también es verdad que la adhesión española plantea una serie de problemas difíciles de resolver en las regiones mediterráneas de la comunidad actual y, en particular, en las regiones francesas fronterizas con España. Tales dificultades

tades provienen en lo esencial de la competencia que existe entre nuestros dos países en frutas, legumbres y vinos.

Al menos tiene Rocard la virtud de la franqueza y no vacila en llamar a las cosas por su nombre; hay una rivalidad evidente entre los productos del campo del mediodía galo y los españoles. Pero el temor del francés es excesivo. España es deficitaria en cereales, maíz, carne y leche, productos que ha de adquirir en el resto de Europa. Está probado en un informe del ex-ministro francés de agricultura Edgar Pisani al Senado que la producción frutera española no ejercerá una presión insostenible sobre la de la Comunidad. Las legumbres españolas, de recolección desparada por toda la piel de toro, tampoco constituyen un riesgo de colisión mayor. Al parecer, el único peligro verdadero es el que va a correr el tomate francés. Renunciar a la ambición de la edificación europea o a la dimensión española e hispanoamericana de la Comunidad Económica por culpa del tomate del sur de la dulce Francia es un poco desmesurado, sin duda.

— Considera usted insuperables los obstáculos agrícolas a esta adhesión?

— Las soluciones posibles pueden y deben salir de dos grandes direcciones: concertación franco-española y reequilibrio de la agricultura mediterránea.

Francia y España deben ponernos de acuerdo desde ahora mismo sobre la evolución de su producción agrícola mediterránea. Se impone una racionalización, una armonización en los cambios que hay que fomentar a medio plazo. Las recientes conversaciones franco-españolas prueban que ambos países están resueltos a abordar seriamente el tema.

Pero la superación de los obstáculos agrícolas a la adhesión española supone que la propia comunidad reorienta el equilibrio de su política agrícola en beneficio de los productos mediterráneos, que en el futuro no deben ser tratados como hasta ahora, es decir, como cantidades desdobladas. Claro que para este cambio de política se precisa la concesión de importantes recursos en el plano comunitario, y, en consecuencia, la aprobación del principio de retirada del tepe que tienen es-

tablecido los recursos propios de la comunidad.

«Se estrecharán los contactos entre ambos gobiernos»

A las relaciones franco-españolas España le concede una importancia excesiva y Francia no le otorga la debida. Son relaciones apasionadas por parte española, frías y calculadas por parte francesa. Tanto en uno como en otro país se han convertido en un tema más de política interior que de política exterior, y salen a debate obligatoriamente desde que hay elecciones; como ahora aquí, en vísperas de las municipales.

Ambas guerras mundiales habían acuñado en España los axiomas de francófilo igual a progresista y de germanófilo igual a reaccionario. Este estereotipo continuó hasta la muerte de Franco, consolidado con razón al haber dado albergue Francia a muchos hombres de la oposición a la dictadura; pero empezó a resquebrajarse curiosamente con el advenimiento de la democracia española, coincidencia en el tiempo en la que quede lejos de mí ver ninguna relación de causa a efecto. El caso es que el español se llevó una desilusión con el francés, al que de antemano contaba a su lado en su aspiración a entrar en el Mercado Común, en la lucha antiterrorista. Las expectativas aún fueron mayores con las promesas del Presidente Valéry Giscard d'Estaing, quien hizo muchas protestas de amistad con el Rey Juan Carlos hasta que unas elecciones municipales le incitaron a decretar una «pausa» en las negociaciones de la ampliación de la Comunidad a España que tuvo gran resonancia. El agravio quedó inferido y su efecto instantáneo no tardó en ser manifiesto: nació una desconfianza a la que poco falta para convertirse en crónica.

La negativa de extradiciones de etarras y los asaltos a camiones o trenes con productos españoles aún agarrotaron y paralizaron más el normal desenvolvimiento de los vínculos entre ambas naciones vecinas. Sobre todo por haber sido magnificados por los centristas españoles. Estos recalcan que eran decisiones de los socialistas franceses y las utilizaban como arma arrojadiza contra

la popularidad creciente del Partido Socialista Obrero Español.

Desde el 28 de octubre de 1982 las cosas han cambiado. Por primera vez en la historia hay un gobierno socialista en París al tiempo que hay un gobierno socialista en Madrid.

— ¿Cree usted que mejorarán las relaciones franco-españolas con este motivo?

— No hay duda de que la llegada al poder de Felipe González y el que haya un gobierno socialista en España crean una circunstancia mucho más favorable a un diálogo franco-español más amplio. Al mismo tiempo abren el camino a una cooperación bilateral no sólo política, sino también económica que va a ser «elemento clave» del futuro europeo.

Michel Rocard fue uno de los ministros que formaron parte en enero de la delegación francesa en la minicumbre que se celebró en la Celle Saint Cloud, en las afueras de París, y que presidieron los de exteriores, Claude Cheysson y Fernando Morán. No cabe duda que percibió allí un ambiente más propicio que en el pasado.

— Se nota una gran mejoría. Se estrecharán los contactos entre ambos gobiernos, contactos que van a ser más constantes y regulares. En el campo económico por ejemplo, tanto la preparación de la adhesión de España al Mercado Común como los problemas mutuos de ordenación del territorio o de cooperación industrial van a originar en los meses próximos numerosos intercambios que tendrán como resultado un «cambio cualitativo importante» en las relaciones franco-españolas.

Estas de Rocard son palabras tranquilizadoras que vienen a unirse a otras palabras tranquilizadoras pronunciadas por otros ministros y por el presidente Mitterrand, que ha suavizado en ámbitos internacionales su postura reacia a la admisión inmediata de España en el Mercado Común Europeo.

— Pero la cuestión de la incorporación española sigue sin resolverse.

— Precisamente en lo relativo a asuntos comunitarios es patente que nuestros dos países tienen ahora la posibilidad de establecer una «plataforma común de gran impacto a nivel europeo, plataforma que podría granjearse solidaridades fuertes en el Mediterráneo, no sólo con Portugal, Grecia e Italia, sino también con las naciones árabes de la orilla sur.

Hemos perdido la gracia

CESAR ALONSO DE LOS RIOS

«Y quiero que sepas, Sancho, que si a los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían».

El Gobierno perdió el *estado de gracia* el día en que se suspendió el programa de La Clave dedicado a los ayuntamientos. Cayó en la tentación de morder en el fruto prohibido: la libertad de expresión. De todos los posibles errores en los primeros cien días, y aún sucesivos, éste era sin duda uno de los más escandalosos. Sobre todo si llegaba a afectar a la televisión.

El caso de La Clave arrojó a nuestros gobernantes del paraíso a los cincuenta días de haber llegado al poder, y la escena no tuvo la grandeza de la bíblica. Por el contrario, rayó en lo histriónico.

Pero, más allá de este hecho, cabe afirmar que el Gobierno no está atinando en su política informativa, tanto por lo que se refiere a los contenidos, tono y oportunidad de los mensajes como por lo que respecta a la política de nombramientos, indicadora del papel que puedan jugar los aparatos estatales. El nombramiento de Ricardo Utrilla como presidente y director de la agencia EFE ha llevado a la perplejidad a los sectores políticos y periodísticos. A los socialistas los ha sumido en la indignación, la más inútil de todas las armas que diría Darío Fo.

Un caso ejemplar

Las pugnas por la dirección de los aparatos estatales de información no sólo han repercutido mucho más que las que hayan podido darse en otras áreas, sino que se han prolongado más a causa de la tardanza en las decisiones. Todo ello nos obliga a interrogarnos sobre el papel que el Gobierno asigna a los medios de comunicación. Se diría, una vez más, que la información y sus aparatos y responsables aparecen para nuestros gobernantes como algo ancilar, instrumental, secundario.

Que la información puede ser manejada maquiavélicamente, en el sentido más recortado y trivial del término.

El caso Utrilla es, ciertamente, iluminador. Este periodista, como director del «Grupo 16» y como articulista, ha venido defendiendo unas opciones políticas que, si en tiempos del franquismo podían cobijarse dentro del bloque de progreso, posteriormente se situaban en la derecha. Por ceñirnos a su concepción de la información, sus tesis sobre la televisión privada, sobre los medios de comunicación estatales, sobre el papel de los informadores en la empresas así como el de las asociaciones profesionales, le han colocado en posiciones claramente neoliberales. Aún más, después de haber defendido un día a Garrigues y otro a Lavilla, el «Grupo 16» aceptó el triunfo socialista al tiempo que desataba una ruidosa batalla contra los nombramientos del PSOE en Radio y Televisión.

¿Cómo explicar, entonces, este nombramiento? Intentemos algunas respuestas:

a) El periodismo es simplemente una profesión, y Utrilla es un buen conocedor de las agencias porque trabajó en France Press hace diez años como redactor.

b) El PSOE no cuenta con diarios afines y el nombramiento de Utrilla podría formar parte de un acuerdo con el «Grupo 16».

c) Puro clientelismo en algunas altas instancias del Gobierno.

En cualquier caso, la elección aparece contradictoria no sólo desde el punto de vista de la coherencia de la política «interior» sino de la exterior española, vocada sedientemente al iberoamericano. Cuando Felipe González, no sólo como presidente español sino como vicepresidente de la Internacional Socialista, y Fernando Morán, intentan favorecer una tercera vía progresista al drama de Latinoamérica (privilegiada área comercial de EFE) y, más concretamente de Centroamérica, ha sido elevado a la presidencia y dirección de EFE un hombre que reduce toda la complejidad del continente al anticristianismo.



E. Casan / COVAP

Los interlocutores, en casa

Si el PSOE tenía que contar, una vez en el Gobierno, con «independientes», no por ello estaba obligado a jugar con personas que niegan sus supuestos fundamentales. Estamos asistiendo a un espectáculo no ya de generosidad sino, en cierto modo, *masoquista*. No es infrecuente, por ejemplo, que un alto cuadro de la Administración exhiba su «independencia» partidista como prueba de su honestidad personal y su capacidad para la gestión. Posiblemente no llegue a ser consciente (tal es su grado de derechismo ideológico) de que, con ello, está desautorizando a los militantes del partido al que dice servir.

La incoherencia de ciertos nombramientos no sólo se ha dado en el mundo de la comunicación. La cúpula de las empresas estatales ha sido confiada al equipo de Claudio Boada. Militantes socialistas investigan aquí o allá los «curricula» de algunos gobernadores. La revista «Tiempo» ha revelado el pasado «ejemplar» de un alto dirigente de la policía madrileña que estaba especializado en infiltrarse en organizaciones de izquierda para desmontarlas.

Se diría que ciertos grupos económicos y de presión no se han visto obligados a tener que buscar interlocutores válidos con el nuevo Gobierno ya que éste los ha colocado en la propia Administración.

Si el electorado socialista había asumido que el PSOE llevaría a cabo una política de moderación, progreso y modernización, confiaba en que esta tarea se realizará desde una coherencia de equipos. Lo demás es riesgo inútil.

«La herencia»: un mal consejo

El caso de La Clave vino a romper la delicada porcelana de la credibilidad. Ciertamente le quedan muchos días al Gobierno socialista para recuperarla. Bastará con que se cumpla la promesa formal del Presidente del Gobierno en su alocución televisada, cuando aseguró que jamás saldría de su despacho una interferencia y, por tanto, de ningún otro.

Y dejando a un lado este «pecado», vayamos a los que podemos llamar «errores» de técnica comunicacional.

El básico ha sido el recurso sistemático a la *la difícil herencia recibida*, que ha demostrado no sólo su ineeficacia sino también su peligrosidad por cuanto ha aparecido como justificador de una cierta dificultad para presentar diseños de acción gubernamental en la línea de las promesas formuladas durante la campaña. La alusión a «la herencia recibida» cobra su dimensión aceptable cuando aparece como un elemento que explica una propuesta determinada. Sin embargo, el empleo constante y apriorístico de este argumento produce unos resultados negativos, ya que permite pensar que el Gobierno se encuentra desbordado o que intenta corregir el programa, rebaajar el cambio.

Este «leit motiv» ha sido un mal consejo de un mal comunicador social. Sus resultados bastarían para suspenderle en esta moderna asignatura en la que el PSOE había sacado sobresaliente durante la oposición al poder.

Junto a este fallo global hemos podido advertir otros, achacables ya a departamentos concretos. Una serie de declaraciones han estado impregnadas de un autoritarismo burocrático o, si se prefiere, de un formalismo burocrático. El tono correspondía sin duda a una actitud voluntarista y a unas medidas de ejemplaridad externa. Así podemos calificar la irrupción del director general de Tráfico con el tema de las multas, el estilo del director general de TV con el caso de los despidos de Radiocadena, algunas de las decisiones de Ernest Lluch al poner el carro antes que un plan completo de sanidad... La desorientación comunicacional de Barrionuevo, desde la muerte del gran Martín Luna hasta sus pretensiones con el caso de Echevarría, ha sido constante. Más preocupante, por tratarse de una cuestión de fondo, de derechos humanos, ha sido la discusión de este ministro con el de Justicia a propósito de la defensa del detenido. En este caso, como en algunos otros, se ha echado de ver una falta de coordinación de departamentos.

En cambio si la política económica de Boyer puede ser calificada de moderada, nadie podrá decir que no fue «bien» presentada. Una guerra relámpago por la que se podría calificar a Boyer del Dayan de la economía. Un buen conocedor, por otra parte, de la psicología colectiva. La prueba de ello es que, a pesar de su «dureza» y a pesar de las posibles frustraciones que pueda acarrear si no está concebido como un paso hacia otra política más progresiva y gratificadora, el plan Boyer fue aceptado con estoicismo y comprensión por los ciudadanos, por los medios y por los electores socialistas.

Mal encaje

Las primeras críticas no han sido encajadas por el Gobierno con el «fair play» esperado. El portavoz Sotillos señaló «extrañas coincidencias» e insinuó el inicio de una «campaña» anti-gubernamental. Tal advertencia nos remite a una política defensiva y con manías persecutorias de otros tiempos, impropia del partido socialista. Como es lógico, desató una reacción inmediata en los medios informativos. Pero lo que en Sotillos fue insinuación se hizo verbo claro en las declaraciones de Alfonso Guerra durante una rueda de prensa en el hotel Ritz. El vicepresidente declaró que existe un «desmadre informativo», que los periódicos deben limitar la opinión para abundar más en la información, atacó los editoriales de los periódicos diarios como género y pidió que se firmaran para que el pensamiento de tres personas no se identificara con el colectivo de trabajadores, etc., etc. Y fue a más cuando, aludiendo a las críticas al Gobierno, se preguntó retóricamente «¿de qué se quejan? Hemos comenzado a gobernar de forma moderada cuan-

do nos podíamos a haber dedicado a insultar a tantos que bien se lo merecían».

Renuncio a analizar lo obvio, pero no a señalar que, en todo caso, esta filipica no es propia de un político que se ha definido como un vice-presidente «oyente».

Se sabía que la política económica del Gobierno no iba a deparar inmediatas gratificaciones. Por ello mismo se esperaba y se espera que éstas vengan por otros conceptos: la moralidad pública, la eficacia administrativa, las conquistas en la educación y sanidad. *Todo esto se ha puesto en marcha*, en algunos casos con audacia. Se trataba y se trata de «cambiar la vida» aunque sigamos siendo pobres. El electorado socialista ha asumido el valor de lo *cultural* en su sentido más amplio. En concordancia con esto se situaba la necesidad de una comunicación distinta, un nuevo estilo de gobernar. Transparencia y confianza. Una nueva relación entre el Gobierno y los ciudadanos. Algo que no cuesta dinero pero de un alto valor social.

Por esta razón hemos querido poner de relieve algunos fallos no materiales, no de gestión. Todo el mundo está al tanto de las dificultades para conseguir unas prestaciones inmediatas y llamativas. Sorprende por eso la alegría de Alfonso Guerra cuando prometió que el lenguaje de TVE cambiaría al día siguiente de llegar al PSOE al Gobierno. A los cincuenta días no tuvo empacho en afirmar que no había visto todavía el talento en la pantalla del televisor. Muy distintas, por su realismo, han sido las prudentes palabras de Antonio López, director de TV, a Pérez Ornia en «El País».

La frustración no se crea solamente a partir de grandes desastres sino por la acumulación de pequeños errores.

La derecha espera

SE ha perdido el estado de gracia antes de lo previsible y no debería haber ocurrido así, ya que no ha sido por el incumplimiento de unos planes de gobierno.

En buena medida se ha debido a una escasa sensibilidad en la comunicación. La derecha, en cambio, está actuando de forma inteligente. La derecha espera. Sabe que cualquier batalla, planteada mal o precipitadamente, galvanizaría al enorme electorado socialista en torno al Gobierno. Es consciente de que una batalla frontal al Gobierno socialista agruparía al electorado de izquierda en torno a aquél. Espera, activa y calladamente al tiempo, a que la gestión del PSOE lesione los intereses de un electorado interclasista, ya sea por la izquierda ya por la derecha. Confía en que se frustren las esperanzas que despertó en el 46 por ciento de los votantes el mensaje abierto de la campaña electoral, es decir, en que la libre interpretación del mensaje socialista entre en contradicción con la realidad. La respuesta de la derecha se irá ajustando a las batallas que inicie el Gobierno, ya sea la actual sobre las incompatibilidades o la de mañana sobre el aborto.

Porque el miedo de la derecha se centra en el electorado socialista y no tanto en el Gobierno. Por lo mismo, aquél es el capital que una incorrecta política de comunicación ha parado infravalorar. Pero aún es tiempo. Se ha perdido sólo la gracia. Ya todos estamos cortados por el mismo rasero como humanos y pecadores. Se ha pagado el precio de la bisoñez. Ahora, extrañados del paraíso convencional de los primeros cien días, comencemos a caminar lentamente hacia la tierra prometida.



Santiago García Muñoz

**GASTOS
MILITARES
EN ESPAÑA**



LOS DINEROS DEL EJERCITO

Cuando el Gobierno se apresta a contener, como pueda, los gastos del Estado, el presupuesto militar consolida su carácter de «intocable». Y aún más: las máximas autoridades de las Fuerzas Armadas demandan mayores inversiones. ¿Están justificadas? Pero lo que es más importante: ¿Están los políticos dispuestos a «desacralizar» el eventual debate al respecto?

MIGUEL ANGEL AGUILAR

A naciente democracia española se enfrentaba a la tarea de reformar las instituciones para adecuarlas al marco constitucional y ponerlas en consonancia con la voluntad de los españoles. La situación de los Ejércitos tenía características muy definidas. En sociología como en botánica hay instituciones de hoja perenne y de hoja caduca. En el régimen anterior había algunas instituciones nacidas con él —el Movimiento, los sindicatos verticales— que llevaban anillada la fecha de su caducidad: no eran trasvasables al sistema democrático. Otras, por el contrario, formaban parte del equipaje habitual de todo Estado y su necesidad ulterior no podía ser discutida. Esas instituciones de hoja perenne —las Fuerzas Armadas, la Justicia, la Iglesia— poseen un oscuro instinto corporativo que impulsó anticipadamente a algunos de sus miembros para asumir posiciones de vanguardia en consonancia con los nuevos tiempos que se barruntaban.

La actitud de un puñado de adelan-

tados salvó del juicio condenatorio popular al colectivo en el que se insertaban, donde sólo cosecharon incomprendión y distancia, cuando no se hizo recaer además sobre ellos la sentencia de separación como sucedió con los militares de la Unión Militar Democrática. Los oficiales de la UMD asumieron, sin saberlo, esa posición de propiciadores de la reconciliación del pueblo español con los Ejércitos, que pudieron dejar de ser vistos como mero bando excluyente de la guerra civil y máximo recurso represor desde que alcanzara aquella victoria sobre sus propios compatriotas.

Por la penuria hacia el mito

Franco dejaba unos Ejércitos en la penuria, con un bajísimo nivel de entrenamiento, en la más negra dependencia respecto de sus aprovisionamientos y objetivamente discriminados

Biblioteca de Comunicación
I Hemeroteca General
CEDOC

PRESUPUESTOS DEL MINISTERIO DE DEFENSA

Año	Millones de pesetas	% sobre total presupuesto Estado
1979	236.812	13,5
1980	286.247	12,5
1981	337.463	11,9
1982	409.283	11,5

GASTO DE DEFENSA (*)

Año	Millones de pesetas	% incremento sobre año anterior	% sobre el PIB
1979	358.122	22,58	2,71
1980	425.337	18,76	2,81
1981	489.105	14,99	2,89
1982	571.095	16,76	2,96

(*) El gasto de Defensa, según la adaptación de los criterios establecidos por la OTAN, que recoge ASG en INCI, julio 1982, se obtiene de sumar el presupuesto del Ministerio de Defensa, las pensiones de las clases pasivas militares y el presupuesto de las fuerzas paramilitares y de restar a la cifra que resulte las cifras consignadas en el Ministerio de Defensa en los renglones de investigación aeroespacial y de invalidos y militados de guerra.

GASTO MILITAR (*)

Año	Millones de pesetas	% personal	% sostenimiento	% inversiones
1979	222.691	56,99	15,76	27,25
1980	269.244	54,00	17,49	28,51
1981	318.663	52,42	14,97	32,61
1982	384.571	48,34	16,22	35,43

(*) De acuerdo con los mismos criterios del cuadro anterior, los cifras de gasto militar se obtienen deduciendo de los gastos de defensa los relativos a pensiones de las clases pasivas militares, fuerzas paramilitares y los de aquellos estamentos militares que no contribuyen de modo específico al mantenimiento de una cierta capacidad militar.

Los gastos de la Defensa. Los Cuadros que aquí figuran permiten evaluar la evolución del esfuerzo de Defensa en el período de tiempo reseñado. En cuanto a la distribución del gasto militar que recoge el cuadro inferior conviene resaltar que los créditos de los Presupuestos Generales del Estado están divididos en nueve capítulos, de los que sólo siete tienen aplicación al Ministerio de Defensa. En las operaciones corrientes figuran: 1.- Gastos de personal; 2.- Compra de bienes y servicios; 4.- Transferencias corrientes. En las operaciones de capital: 6.- Inversiones reales; 7.- Transferencias de capital; 8.- Variación de activos financieros, y 9.- Variación de pasivos financieros. En la columna de Personal se incluyen los gastos del capítulo 1. En la de Sostenimiento los capítulos 2 y 4. En el de Inversiones los capítulos 6, 7, 8 y 9. Según el coronel Angel Lobo Montero la distribución ideal del gasto de Defensa en términos generales es la siguiente: Personal, 50%; Sostenimiento, 20%; Inversiones, 30%; si bien en los ejércitos modernos se tiende a que el capítulo de Personal sea menor del 50%, para poder atender al cada vez más complejo y caro material de guerra.

Variación de activos financieros, y 9.- Variación de pasivos financieros. En la columna de Personal se incluyen los gastos del capítulo 1. En la de Sostenimiento los capítulos 2 y 4. En el de Inversiones los capítulos 6, 7, 8 y 9. Según el coronel Angel Lobo Montero la distribución ideal del gasto de Defensa en términos generales es la siguiente: Personal, 50%; Sostenimiento, 20%; Inversiones, 30%; si bien en los ejércitos modernos se tiende a que el capítulo de Personal sea menor del 50%, para poder atender al cada vez más complejo y caro material de guerra.

en las prestaciones sociales ofrecidas a sus componentes. El cuerpo de oficiales en los niveles más altos había sido trabajado por la corrupción instrumentada desde El Pardo, según relata pormenorizadamente el general Franco Salgado-Araujo, tan cercano por relaciones de parentesco y tan unido, en su larga dedicación como ayudante, al generalísimo. Para los rangos inferiores, la base de subsistencia era el pluriempleo complementario, muchas veces en condiciones poco brillantes.

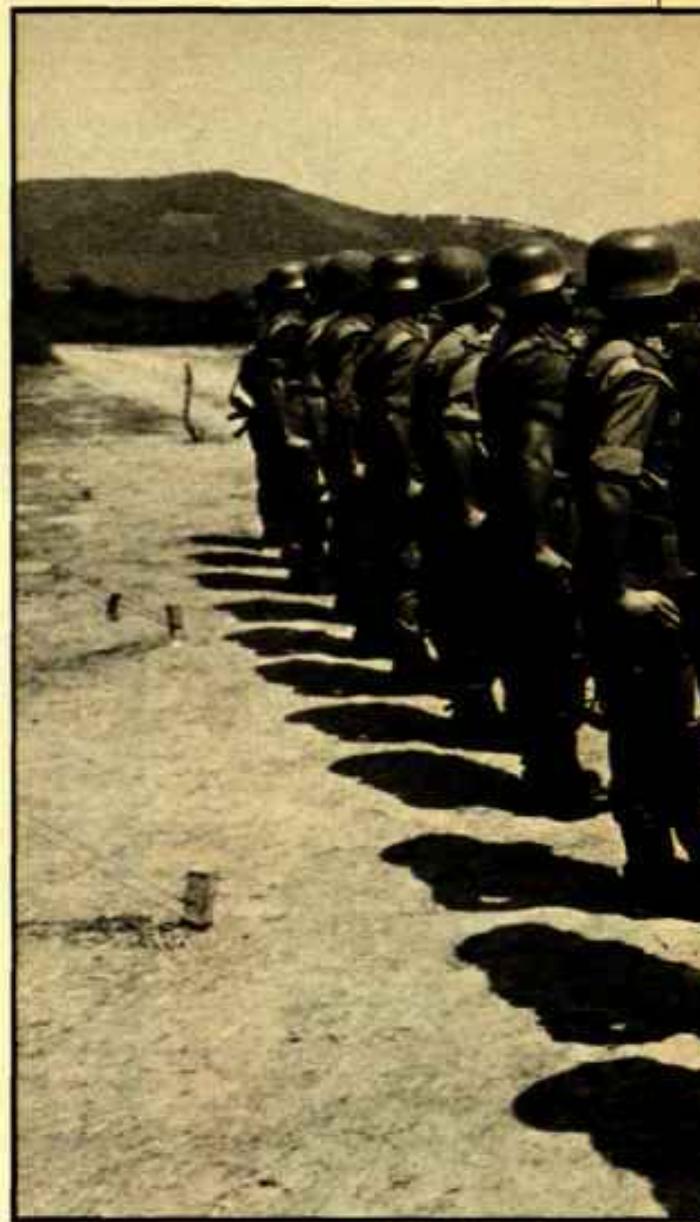
Franco tuvo que superar graves desafíos de sus colegas en la inmediata posguerra y al finalizar la segunda guerra mundial. Sus medidas contra los discrepantes fueron de una energía ferrea y constituyeron otro factor de sometimiento durante décadas. Pudieron detectarse rumores o malestares, pe-

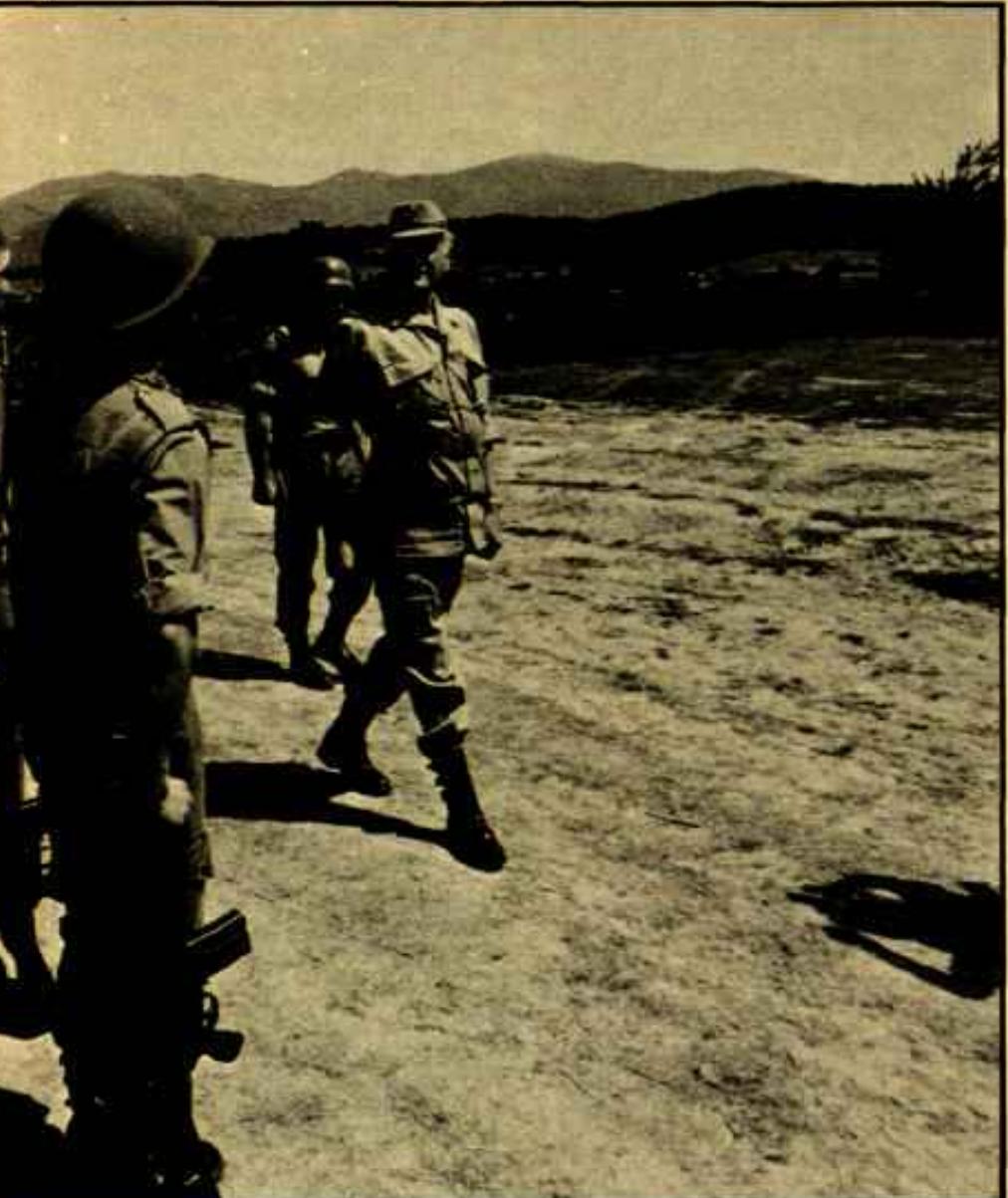
ro siempre dirigidos hacia los gobiernos de cuya gestión se irresponsabilizaba mediante un malabarismo insolito al propio general Franco, quien constituía la única instancia eficaz de nombramientos y ceses y el único centro de coordinación de las acciones gubernamentales.

¿Cómo explicar desde estas realidades el liderazgo progresivamente indiscutido hasta la mitificación de Franco en las filas militares? Para intentarlo conviene fijarse en un resorte moral: el mantenimiento de un orgullo residual de Ejército vencedor en la guerra civil de 1936-39. Franco parecía convencido de ese principio que ha resumido certeramente Milan Kundera en «El libro de la risa y el olvido», según el cual «el futuro es un vacío indiferente que no le interesa a nadie, mientras que el

pasado está lleno de vida y su rostro nos excita, nos irrita, nos ofende y por eso queremos destruirlo o retocarlo. Los hombres quieren ser dueños del futuro sólo para cambiar el futuro. Luchan por entrar al laboratorio en el que se retocan las fotografías y se reescriben las biografías y la historia». Esta manipulación del pasado permitió embellecerlo hasta presentar aquella cruenta guerra civil como una gloriosa cruzada. Franco aseguraba además a todos los hombres de uniforme una reverencia social en cuestiones que hubieran podido despertar las susceptibilidades corporativas. Y así se sentían pagados.

La monarquía parlamentaria abordó con unas dosis de rigor y atención desconocidas las cuestiones de la Defensa y las Fuerzas Armadas. Aumen-





tó las asignaciones presupuestarias a estos capítulos, racionalizó la distribución de los fondos acercándola a los patrones europeos en los tres renglones de personal, sostenimiento e inversiones. Se esforzó en romper la parálisis de la carrera militar y asegurar unos tiempos funcionales de permanencia en los distintos empleos. Introdujo incentivos al esfuerzo y la preparación. Abogó por la plena dedicación de los militares de carrera y por la puesta en consonancia de sus retribuciones. Mejoró las dotaciones de armamento y su modernización. Exigió un entrenamiento adecuado para hacer operativas las unidades. Dinamizó la industria de la Defensa y programó a ocho años las inversiones. Inició la coordinación de las acciones y servicios de los tres Ejércitos bajo el Ministerio

de Defensa. Toda esta actividad estuvo, sin embargo, huérfana de un planteamiento filosófico riguroso. En este campo apenas se pasó de las definiciones constitucionales del artículo 8.º a tenor del cual «Las Fuerzas Armadas, constituidas por el Ejército de Tierra, la Armada y el Ejército del Aire, tienen como misión garantizar la soberanía e independencia de España, defender su integridad territorial y el ordenamiento constitucional».

Orgullo, humillación, reconciliación

Las operaciones militares de la guerra civil concluyeron el 1 de abril de 1939. Entonces empezó a contarse la victoria pero la paz no se ha sellado

hasta la constitución reconciliadora de 1978. Desde su vigencia, el orgullo institucional de las Fuerzas Armadas —resorte decisivo en su articulación moral— no puede anclarse en la referencia de aquella victoria porque ello equivaldría a mantener a un sector de la población en la humillación de la derrota. El régimen democrático ha procedido en consecuencia, con medidas gestos y omisiones, pero rehuyendo la formulación de un planteamiento abierto y explícito. En las filas militares algunos han deducido que se les escamoteaba lo que les fue imbuido como razón de ser; aquello que daba sentido último a sus vidas. De ahí surgió un sentimiento de inadaptación que avivó los recelos y sueños golpistas, plasmados en un rosario de intentonas. Todavía el 27 de octubre, jornada de reflexión en vísperas de las últimas elecciones generales, el rey Don Juan Carlos en audiencia a todos los líderes políticos se expresaba al respecto en estos términos: «en el proceso de consolidación de la democracia en nuestro país estamos viviendo momentos en los cuales tropezamos con dos importantes amenazas: el terrorismo y el golpismo».

La defensa requiere una previa definición de los valores e intereses de la comunidad nacional que deben ser preservados. Inmediatamente hay que examinar las amenazas que se les oponen, y aquí las palabras del Rey son contundentes. La doctrina de los intereses nacionales, como subraya Carlos Fernández Espeso, tiene como primera virtud la de impedir que la defensa pueda ponerse al servicio de intereses no nacionales. El problema es identificar en cada caso particular qué interés o intereses específicos están en juego, y en qué cuantía y de qué manera. Es decir, la definición concreta de los intereses amenazados. Para el general Juan Cano Hevia en la elección del interés del Estado hay tres posturas históricamente diferenciadas: la autoritaria, la totalitaria y la democrática. La autoritaria identifica el interés nacional o estatal con los deseos del despota, autócrata o dictador de turno. La totalitaria pretende desligar teóricamente las personas del interés. Para ella interés equivale a beneficio (no necesariamente material) y el sujeto de ese beneficio se llama Estado; hegeliana en su estilo, tiende a deificar el ente misterioso (Estado) y presenta su interés como objetivo, por lo que le resulta esencialmente irrelevante (no indiferente) el hecho de que el pueblo

sea consciente o no de su interés. Por último, la democracia, más modesta, parte del carácter subjetivo del interés. Este es lo que interesa a alguien, y a quien tiene que interesar es al pueblo. De ahí también su carácter relativo.

Ruptura, reforma, cambio

Los conceptos ruptura, reforma y cambio que han presidido la transición española desde el autoritarismo a la democracia tienen una traducción muy precisa en el campo de la defensa. El trayecto cumplido, la recuperación por los españoles de la soberanía nacional, exige una reconsideración teórica del concepto de defensa legado por el anterior régimen. El interés nacional del pueblo español en el antiguo régimen, como señala el autor antes citado, difiere del actual, sin que ello suponga ignorar la existencia de superposiciones o solapamientos de intereses ni la continuidad que impone la carga histórica. Y queda establecida como una de las reglas éticas fundamentales de la política, la de que el interés nacional no debe ser hurtado a su verdadero sujeto: el pueblo.

Las consideraciones precedentes acerca del interés nacional permiten identificar el objetivo de consolidar la democracia, como claramente prioritario. Las palabras antes citadas del Rey señalan las dos más importantes amenazas que se le oponen. El sector de las Fuerzas Armadas comprometido en el golpismo traiciona su adscripción a la Defensa nacional y se enrola antagónicamente en la Amenaza nacional. Sólo desde el pleno compromiso constitucional de las Fuerzas Armadas sin sombra de reserva alguna será posible la necesaria identidad entre el pueblo y los Ejércitos en la empresa común de la Defensa. No es otro el objetivo declarado en el vigente Plan Estratégico Conjunto (PEC) cuya revisión en muy diversos aspectos debería emprender el nuevo Gobierno. Es preciso además abordar la tarea de construir un nuevo orgullo, en cuya invocación puedan coincidir sin heridas ni humillaciones todos los españoles. Como han escrito Joaquin Grapin y Jean Bernard Pinatel en su libro sobre «La guerra civil mundial», «una política de defensa no consiste sólo en acumular armamentos; supone consolidar la cohesión nacional. La libertad colectiva, es decir, la capacidad que posee un país de ser dueño de su destino, no se adquiere sólo ni principalmente en los

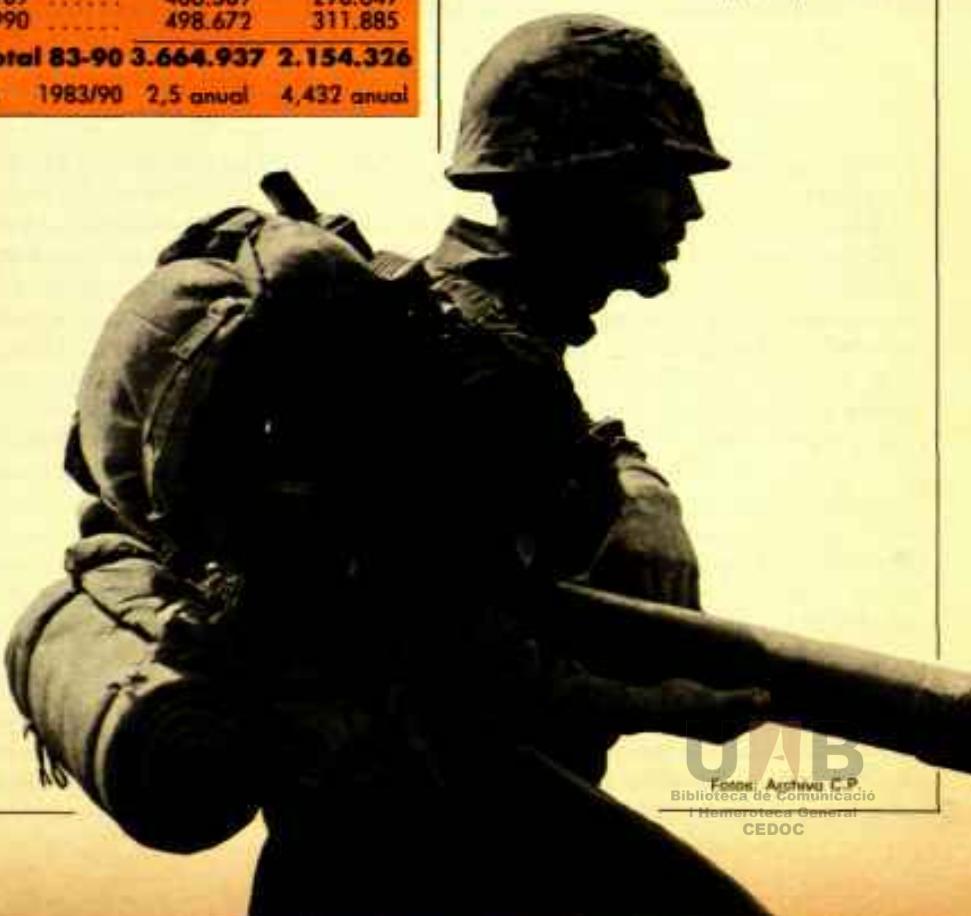
supermercados de armamentos. Además la diferencia entre la fuerza y el poder ha sido siempre mal percibida y los dirigentes preocupados por la seguridad de su país multiplicaron los medios de defensa, sin analizar suficientemente la voluntad nacional de utilizarlos». Ya en 1963 el general Eisenhower decía haber aprendido respecto a Estados Unidos que con independencia de lo que gastaban en armas, la seguridad era el resultado total de la fortaleza económica, intelectual, moral y militar y que no había forma de satisfacer el anhelo de seguridad absoluta de un país si bien cualquier nación puede entrar en bancarrota moral y económicamente, tratando de alcanzar sólo por las armas aquella meta ilusoria.

La nueva democracia española se encuentra enfrentada con la necesidad de establecer en este campo una doc-

PRESUPUESTOS PREVISTOS DEL MINISTERIO DE DEFENSA EN EL PERÍODO 1983-1990 (medio)
(En millones pesetas de 1982)

	Ministerio de Defensa	Inversiones y sostenimiento
1982	409.283	220.024
1983	419.515	230.228
1984	430.003	240.432
1985	440.753	251.089
1986	451.772	262.217
1987	463.066	273.838
1988	474.643	285.975
1989	486.509	298.649
1990	498.672	311.885
Total 83-90	3.664.937	2.154.326
% 1983/90	2,5 anual	4,432 anual

trina solvente después de cuarenta años de atrofia conceptual, de adormidera industrial y de pura disponibilidad pasiva en favor de las necesidades estratégicas de Washington. Sólo la necesidad de atender al objetivo de perpetuar el poder personal del dictador presta un código de lectura válido capaz de hacer inteligible el marasmo de aparentes contradicciones e inmensas lagunas. La monarquía parlamentaria ha prestado una atención a estas cuestiones que todavía deberá incrementarse. Su planteamiento ha debido superar las dificultades añadidas por la prolongada abstención en que la nueva clase política democrática se mantuvo al respecto. Salvo contadísimas excepciones los socialistas ahora en el Gobierno y sus antecesores centristas permanecieron ajenos a las grandes cuestiones de la Defensa nacional y de las Fuerzas Armadas, todo lo más llegaron a idear algunas aproximaciones a una realidad con poder bloqueante sobre el proceso de transición. De ahí también que se optara por respetar la legalidad para llegar a sustituir la legitimidad autoritaria por otra de signo democrático. Bajo la intemperie en que los actuales dirigentes vivieron los cuarenta años de franquismo, el pensamiento y la acción se agotaban en la recuperación de las libertades y los derechos cívicos y más allá de estas prioridades de supervivencia nadie se adentraba en territorios tales como el planteamiento de la Defensa nacional o el papel que habría



de corresponder a las Fuerzas Armadas.

La inercia corporativa

Más allá del caso específicamente español, las estructuras y las doctrinas militares no están determinadas únicamente por la preocupación respecto a la Defensa nacional. Todas las grandes organizaciones burocráticas, y la institución militar no es una excepción, están movidas por dinamismos y atenazadas por inercias internas que las alejan de las finalidades para las que fueron creadas. Frente a la necesidad de adaptarse, optan muchas veces por refugiarse en comportamientos corporativos. El general Ramón Salas Larrazábal ha explicado el nacimiento de las tropas de choque diciendo que «cuando los soldados nacionales no quieren luchar y el Gobierno decide seguir haciéndolo, no hay otra solución que la de buscar hombres que los reemplacen». El general añade que su aparición es un buen remedio para sacar al Ejército de su atonía. En su opinión «es una mala solución pero no hay otra si se quiere seguir la lucha y pone en evidencia el deterioro del espíritu nacional y ciudadano aunque siempre buscará y encontrará pretextos para justificar su conducta». Cada vez resulta más evidente que el espíritu de defensa se ha convertido por sí mismo en una nueva arma, de influencia decisi-

va. Por eso, se ha escrito que sería interesante poder medir las partes de sobrarmiento debida a la desconfianza de los dirigentes y los militares respecto a la voluntad de defensa de sus conciudadanos.

En cuanto a las Fuerzas Armadas, siguiendo a Fernández Espeso, «es obvio que su modus operandi por excelencia consiste en el ejercicio efectivo de la fuerza para imponerse al adversario en una confrontación. También cabe que actúen bajo la modalidad de la disuasión, es decir, haciendo evidente su potencial pero sin llegar al empleo efectivo. Una tercera modalidad es la acción de influencia sobre terceros países induciéndoles a que orienten sus conductas en determinados sentidos, al suscitar en ellos reflejos de respeto, incertidumbre o acomodación». Puede plasmarse en acciones concretas muy diversas: conciertos de cooperación con otros países; ayudas y asistencias variadas en régimen privilegiado y actos de presencia en determinadas circunstancias. Todas estas modalidades asignadas al empleo de las Fuerzas Armadas habrán de tenerse en cuenta a la hora de establecer el Objetivo de Fuerza.

La situación actual del Objetivo de Fuerza no es la derivada de todas consideraciones y planteamientos sino que obedece a unas herencias de hecho no sometidas a una crítica funcional. Desde cada uno de los Ejércitos se han segregado unas ideas sobre roles y misiones y a partir de ahí se formulan al poder político las demandas presupuestarias para hacer frente a su cumplimiento de acuerdo con la propia doctrina. España tampoco es una excepción en ese fenómeno europeo de «escasa atención crítica a los gastos de armamento» que denunció en Madrid el director del SIPRI (Instituto de Investigaciones sobre la Paz de Estocolmo). En opinión del profesor Ángel Viñas «un volumen importante de recursos asignados en permanencia al sector de la Defensa únicamente puede justificarse si es el idóneo para ofrecer una disuasión precisa ante los escenarios de conflicto que pesan sobre nosotros». Por eso resulta muy atendible su advertencia de que como ha puesto de relieve la experiencia comparada «la modernización del equipo presta con frecuencia más atención a otros factores como, por ejemplo, la eficacia técnica o el deslumbramiento que produce la tecnología armamentista, caracterizable de barroca. Dicha tecnología es el resultado inequívoco de los aparatos

de defensa de las sociedades industriales modernas cuyas decisiones no se contrastan en la realidad del combate y que, por consiguiente, la configuran en base a los hábitos, intereses y prejuicios institucionales de la burocracia militar y económica».

Un presupuesto incontestado

Según estimaciones de Vicenç Fisas Armengol (ICE, diciembre 1982) España dedicó en 1981 un 3,3% del PIB a gastos militares, lo que la sitúa en octavo lugar entre los países de la OTAN detrás de Grecia (5,9), Estados Unidos (5,8), Gran Bretaña (5,0), Turquía (4,8), Francia (4,2), Portugal (3,6) y la República Federal de Alemania (3,4), pero como el peso de los Presupuestos Generales del Estado respecto del PIB en España es muy inferior al de otros países, su repercusión es mayor. Eso explica el que España sea de los países europeos que dedican un renglón más relevante de los presupuestos del Estado a tareas de Defensa, el 20,2 en 1981, sólo superado por Estados Unidos (23,7), República Federal de Alemania (22,6) y Francia (20,5).

No puede concluirse este trabajo sin hacer algunas referencias a la Ley de Dotaciones Presupuestarias para Inversiones y Sostenimiento de las Fuerzas Armadas. La ley propone aumentar los créditos para inversiones y sostenimiento de un 4,432 por 100 anual, en términos reales, como mínimo, para el periodo 1983-1990, porcentaje que se aplicará a partir de los créditos concedidos al año 1982. La ley establece un tope máximo de aumento de los presupuestos totales del Ministerio de Defensa, en una media del 2,5 por 100 anual, en términos reales para el citado periodo 1983-1990. (ver cuadro).

Vicenç Fisas Armengol subraya que la historia de estos últimos años ha sido la de una aprobación general incontestada de los proyectos de dotaciones e inversiones militares que la nueva ley viene a terminar y completar. Y añade su opinión de que se ha preferido conceder unos niveles de aumento de gastos sin que previamente se hayan planificado las necesidades a cubrir. La Ley de dotaciones presupuestarias finalmente aprobada en junio pasado constituye un verdadero programa de rearme aprobado por trámite de urgencia sin el detenido debate parlamentario que su magnitud hubiera requerido y sin la discusión previa de los supuestos en que se basa.



Crisis económica en la URSS

Las masivas importaciones de cereales son uno de los pocos datos públicos que indican la existencia de problemas en la economía de la URSS. El secreto de estado que rodea a estas cuestiones, la deformante propaganda que las acompaña y las dificultades de comprensión de un sistema económico tan distinto a los occidentales, aumentan el misterio. Pero, aparte de los manejados por los superexpertos, hay suficientes indicios de que la economía de la URSS atraviesa una profunda crisis. Son problemas de fondo, que afectan a la esencia misma del sistema. Y también problemas coyunturales, derivados de influencias externas y de opciones políticas, como la carrera armamentista. Tras de todo ello surge la pregunta: ¿está enfermo el gigante rojo? Y lo que es más interesante, ¿podrá recuperarse?

El gigante rojo está enfermo

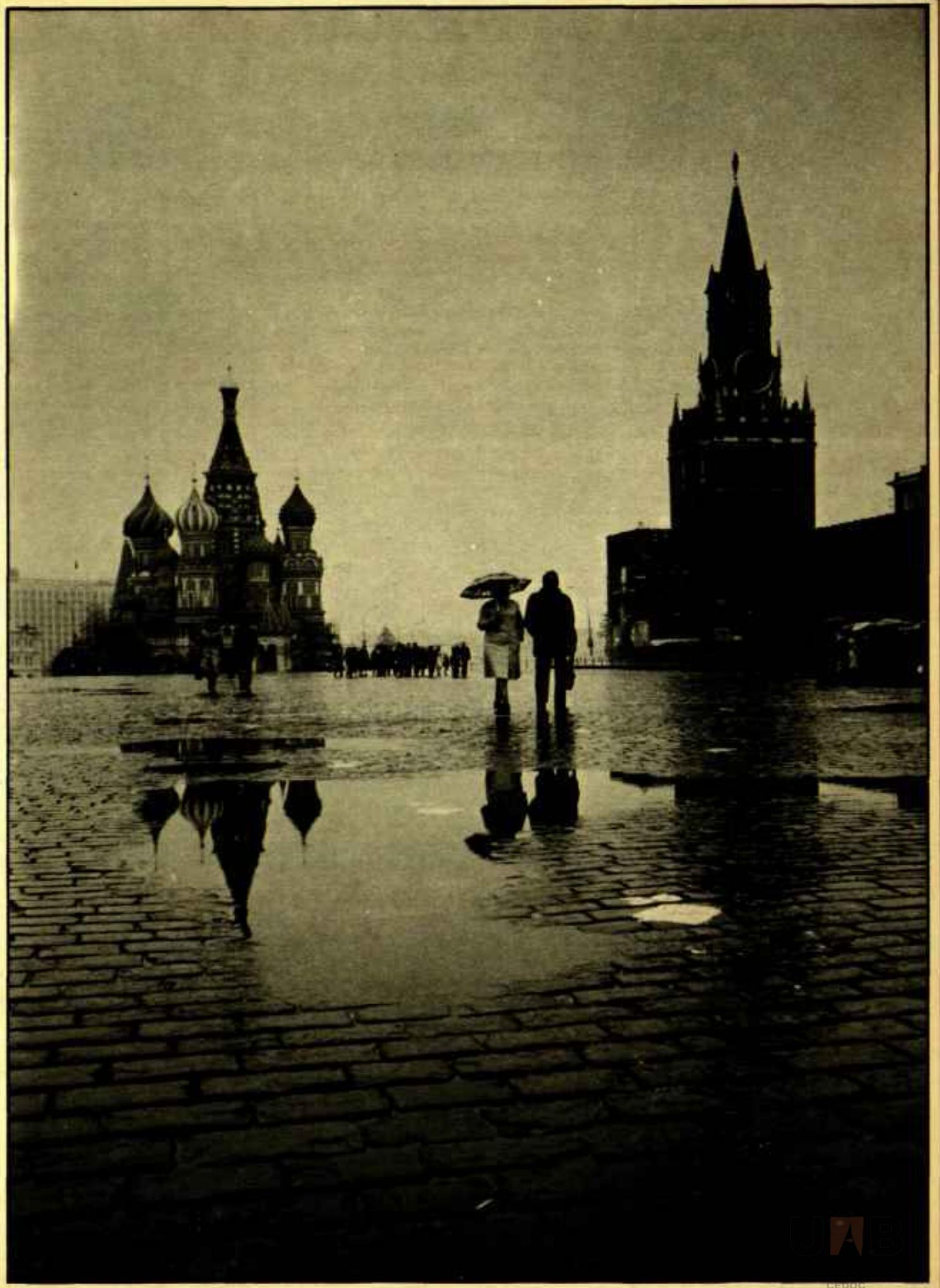
FERNANDO VALENZUELA



DOS informes solicitados por la Administración norteamericana a los correspondientes grupos de expertos, al parecer a través de la CIA, han venido en las últimas semanas a reavivar una polémica que, por lo general, suele mantenerse en círculos más o menos estrechos de «kremlinólogos» o especialistas económicos. Tal como suele suceder cuando la CIA anda por medio, la sorpresa no ha tardado en saltar: según las filtraciones obtenidas por la prensa los informes en cuestión proclaman que la economía de la URSS no se hundirá definitivamente de modo inmediato. Al parecer las restricciones impuestas por el presidente Reagan no van a poner

de rodillas a las huestes de Andropov. Según los estudiosos de la central del espionaje americano, los rusos han visto notablemente elevado su nivel de vida en los últimos treinta años.

Cuando alguien proclama a los cuatro vientos, como si de la verdad revelada se tratara, algo que todo el mundo sabía más o menos de antemano, no queda más remedio que preguntarse seriamente por las intenciones que encubre. Si estuviéramos aún en aquellas épocas del más feroz aislamiento entre los bloques, cabría imaginar que, sencillamente, los más altos representantes norteamericanos estaban hasta ahora en la inopia, confundiendo con la realidad sus más fervientes deseos. Pero cuan-



UAB

CEDOC

do el capital USA tiene invertidos en la economía de los países del Este decenas de miles de millones de dólares, semejantes ingenuidades son muy poco probables.

Todo parece indicar que nos hallamos, más bien, ante una simple maniobra destinada a influir sobre la opinión pública propia. Tal vez para justificar cambios de posición en alguna de las múltiples negociaciones bilaterales en curso. Las contradicciones de la Administración norteamericana en los últimos tiempos —ver el nombramiento de la comisión especial para asuntos de defensa, su posterior desautorización y la resultante renuncia de Rostow— comienzan ya a recordar los últimos meses de mandato del inepto Carter.

Hay, sin embargo, circunstancias bastante más serias que confieren verdadera actualidad a la situación económica soviética, al margen de cualquier maniobra de información o desinformación. El periodo sucesorio en la URSS, tras los inevitables desplazamientos y la batalla por la consolidación del nuevo equipo, llevará sin duda a la formulación de una línea política propia. Por mucho que se insista en la continuidad, el acceso de un nuevo dirigente a la más alta instancia del poder en el Kremlin ha ido acompañado siempre de cambios importantes y, frecuentemente, de duras críticas a la orientación seguida por el inmediato antecesor. Lo que vaya a ocurrir en la segunda gran potencia mundial no puede dejar indiferente a nadie y menos aún en una situación mundial de la complejidad de la que hoy estamos viviendo.

La economía determina sustancialmente las posibilidades de elección de alternativas políticas en cualquier situación, pero este condicionamiento es aún mucho mayor en épocas de crisis, cuando el margen de maniobra se estrecha. Un incremento anual del 2, el 3 o el 4% en los presupuestos militares no tiene la misma significación en momentos de relativa abundancia —cuando hay excedentes a repartir— que en situaciones en las que implica necesariamente una limitación de la inversión en bienes de consumo y el endurecimiento consecuente de la represión interna para prevenir las consecuencias del descontento popular.

Además, los efectos de las alternativas económicas que adopten los

nuevos dirigentes soviéticos no limitan su incidencia al marco exclusivo de su país y los del pacto de Varsovia. No cabe duda de que la peligrosa vía del rearme creciente llevaría también a Occidente a situaciones muy distintas a las del «tirón» de la economía mundial, en el que se basa buena parte de las expectativas del actual equipo económico español.

El fracaso del plan

El primer elemento que hay que tener en cuenta para el análisis de la economía soviética es su importancia en el conjunto de la producción mundial. La URSS es hoy el primer país productor de petróleo, de acero, de amianto y de cemento. Ocupa el segundo puesto en numerosos sectores de la producción de maquinaria. Nadie niega su potencia en sectores como la tecnología espacial, la industria de armamentos, etc. Mientras que hace 30 años el producto nacional bruto de la URSS representaba la tercera parte del de los EEUU, hoy representa un 60% del de la primera potencia industrial del mundo.

Las enormes dimensiones de la maquinaria productiva soviética son, por lo tanto, el punto de partida imprescindible para interpretar correctamente los problemas por los que esa economía atraviesa. Tal como señala Basil Caplan en el «Banker» londinense *«si bien en un sentido global el crecimiento económico de la URSS no es demasiado espectacular, su capacidad de concentrar la utilización de sus recursos en los sectores prioritarios le confiere, por el contrario, una formidable potencia económica en determinados sectores»* (1). Es evidente que no nos encontramos ya en presencia de aquel mitico «gigante con los pies de barro» del que gustaban de hablar los políticos de principios de siglo y quienes pronosticaban su fatal hundimiento en los años posteriores a la revolución de octubre.

Sin embargo, los analistas occidentales coinciden en señalar la excepcional gravedad de la crisis actual de la economía soviética. Refiriéndose a los resultados obtenidos en 1981, Marie Lavigne (2) señala que todos los indicadores principales del plan, excepto uno, han quedado sin cumplir. La agricultura ha sufrido un retroceso absoluto, con una disminución del 2% para el conjunto de la

producción agrícola. La cosecha de granos se sitúa al nivel de la de 1972, cuando comenzó la compra masiva de cereales a los EEUU. Los objetivos planteados por el IX plan quinquenal para el periodo 1981-85 son ya evidentemente imposibles de cumplir, a menos que la producción anual aumentara en un 50% sobre la de 1981.

Tampoco se han cumplido los objetivos planificados en la industria, en la que la tasa de crecimiento anual fue de 3,4% en lugar del 4,1 que señalaban las previsiones. Llaman particularmente la atención los fracasos en algunos sectores prioritarios de la industria pesada, como la extracción de carbón, la siderurgia, la industria

Foto: D. A. Gómez





química, la maquinaria destinada a la energética, etc. La única excepción en este sentido es la representada por la industria del gas. Un retraso importante en comparación con las previsiones se produjo en la política de inversiones. En el 81 la tasa de incremento anual fue del 3% y no del 5,2%, como estaba previsto.

La explicación dada por las autoridades soviéticas insiste en la necesidad de reducir el enorme retraso en la puesta en marcha de las inversiones ya en curso. Es de señalar que la relación entre el volumen total anual de inversiones y las «inversiones inacabadas» ha aumentado considerablemente en las últimas déca-

das, pasando del 69% en 1965 al 90% en la actualidad.

La disminución de la tasa de crecimiento de las inversiones hace aún más importante el aumento de la productividad del trabajo como fuente del crecimiento económico. Pero tampoco en este apartado se han cumplido las previsiones: la productividad en la industria sólo ha aumentado en un 2,7%, un punto por debajo de la tasa planificada.

Las estadísticas oficiales soviéticas no ocultan estos hechos ni los economistas oficiales insisten demasiado en disimular su gravedad. El propio Andropov, a los pocos días de su nombramiento como primer secretario del PCUS, dejó de manifiesto las di-

ficultades de lo que en España se llamaría «la situación heredada».

La tercera economía

Uno de los elementos típicos de tal situación, al que hace referencia Le Monde Diplomático en su edición del pasado mes de mayo, es el *«el desarrollo tan rápido, y actualmente en apariencia incontrolable, de lo que se podría llamar la tercera economía»*. La «primera economía» está basada en la subordinación de los intereses inmediatos del individuo a los intereses colectivos y futuros de la sociedad; la «segunda economía»

Biblioteca de Comunicación
CEDOC

trata de conciliar los dos objetivos por medio del principio de zainteres-sovienost (interés material) del individuo en el funcionamiento del sistema oficial; la "tercera economía", que no puede existir más que a expensas de las dos primeras, se funda sobre las contradicciones entre los intereses individuales y las instituciones individuales tal como funcionan para dar nacimiento a una economía de blat, de soborno y corrupción y, más ampliamente, de trueque o de intercambios que absorbe una parte creciente de energías de la población y sus capacidades de producción, aún en el marco de una "economía de Estado".

El desarrollo de esta "tercera economía" fue estimulado por la inflación cada vez más galopante de estos últimos años, por el excedente de la demanda en relación con la oferta de bienes de consumo (sobre todo para los productos de buena calidad) y por la irregularidad del sistema de producción. Dado que, desde la muerte de Stalin, la producción de bienes de consumo mejoró en calidad y en cantidad, es preciso admitir que el asombroso crecimiento de esta tercera economía se explica también, por la contradicción entre la carrera desenfrenada tras las satisfacciones particulares y el mal funcionamiento de las estructuras oficiales». (3).

Junto con las habituales llamadas al orden y la disciplina económica, los discursos de los dirigentes de Moscú suelen incluir la consabida referencia a la crisis de la economía capitalista y sus siniestras consecuencias para el resto del mundo. No cabe duda de que los problemas económicos de Occidente repercuten de un modo significativo en los países del Este, aunque no sea precisamente la URSS la más afectada de entre los miembros del Comecon. Los soviéticos cuentan con reservas de materias primas y fuentes energéticas de las que carece la mayor parte de sus compañeros de bloque. Su dependencia respecto a la demanda de los mercados occidentales es menor que la de muchos de estos. La insistencia en atribuir a la otra parte la culpa de todos los males responde más bien al propósito de evitar un debate mucho más conflictivo: la discusión en profundidad del verdadero carácter de la crisis por la que atraviesan la economía de la propia URSS y las de sus aliados.

Los problemas de fondo

La mayoría de los expertos occidentales coincide en que los problemas actuales de la URSS no pueden ser atribuidos a motivos de tipo coyuntural. No se trata del aumento de los precios del petróleo ni de la pertinaz sequía, sino de la incapacidad del sistema de adaptar su estructura a las necesidades de su propio desarrollo. La estructura económica de la URSS ha demostrado claramente la imposibilidad de realizar los grandes proyectos de comienzos de los sesenta, cuando Jruschov anunciaaba que la siguiente generación viviría confortablemente en la abundancia comunista. Pero indudablemente más grave es que esa misma estructura empieza ya a demostrar —utopías aparte— su incapacidad para responder adecuadamente a sus funciones esenciales de gestión de la vida económica del país.

Para Ota Sik (4), que fue ministro de economía de Checoslovaquia durante la época de Dubcek y uno de los pocos teóricos de la economía socialista que tuvieron la oportunidad de medir sus criterios con la práctica diaria de la dirección de la gestión de gobierno los rasgos sintomáticos de esta crisis son «*las interrupciones permanentes y nunca subsanadas en el abastecimiento, la limitación del consumo, la catastrófica falta de viviendas, la antisocial asistencia a la tercera edad, el crecimiento del mercado negro y la corrupción, los privilegios de la élite en el poder, las exageradas cuotas de inversión, los "stocks" crecientes y la acumulación de mercancías inservibles, mientras siguen sin satisfacerse las necesidades de la población.*

Los intentos de resolver la situación mediante reformas más o menos formales en los sistemas de planificación no conducen, en opinión de O. Sik, a ninguna parte: «*No se trata solamente de que es imposible tener en cuenta todos los complejos y detallados aspectos de la producción y el consumo, ni aún utilizando los métodos de cálculo y cómputo más modernos. Lo principal es que resulta imposible eliminar, ni siquiera por estos métodos modernos, las contradicciones básicas entre los intereses de las empresas y los de la sociedad.*

La eliminación del sistema de regulación de mercado deja en manos de las empresas la decisión sobre la mi-

croestructura de la producción —señala Sik— y en las condiciones dadas «el interés económico de los colectivos económicos empresariales está orientado a obtener el máximo de renta en relación con el rendimiento laboral o a minimizar el trabajo en relación con la renta dada». Este funcionamiento del sistema productivo «lleva a que la calidad y la innovación técnica de los productos vayan por detrás de la evolución en Occidente», al tiempo que se retrasan el aumento de la productividad y el crecimiento de la renta nacional per cápita. Debido a los retrasos en el desarrollo técnico, para lograr un mismo crecimiento de la renta nacional hace falta una inversión mucho mayor que en los países industrializados de Occidente. Y cuanta mayor es la parte que se dedica a inversiones, menor es, naturalmente la que corresponde al consumo.

A los síntomas apuntados por O. Sik cabe añadir al menos otro, de no menor importancia y que es común a la crisis actual en ambos sistemas económicos: el desaforado consumo de materias primas y energía que caracteriza a la economía mundial, sin tener en cuenta si las fuentes de las que se abastece son o no renovables ni las consecuencias de la producción sobre el entorno ecológico. Este fenómeno de creciente gravedad es aún más señalado en los países del Este y se convierte cada vez más en motivo permanente de tensiones en la estructura comercial y productiva mundial. La economía soviética intenta paliar con un mayor gasto de materias primas y energía su escasa productividad, 2,8 veces menor que la de los Estados Unidos (5).

Mayor independencia económica

Del mismo modo en que la crisis soviética tiene sus rasgos específicos, las soluciones planteadas son también, en parte, distintas de las que se plantean en el oeste. Oleg Bogomolov, miembro de la Academia de Ciencias de la URSS, estimaba en una conferencia organizada por el Instituto Vienés de Estudios Comparativos que habrá que contar con mayor rigor con las «reformas de los mecanismos económicos» iniciadas en los países del Comecon a partir de los años sesenta. Hay que incluir una reforma de los precios, de modo que

se ajusten a los de los mercados mundiales y tengan en cuenta los costes de producción reales. Una mayor independencia económica de las empresas junto con el aumento del control del respeto a las reglas financieras y a las directivas generales del plan, son algunas de las recetas del académico soviético para quien «la reforma debe perfeccionar la planificación centralizada del estado».

Pocos son, fuera de la ortodoxia

mica, al estilo de las propuestas de los reformadores checos del 68, representarian una transformación prácticamente revolucionaria de la actual estructura sociopolítica de los países del Este. Las tormentas sociales necesarias para imponer una solución de este tipo no parecen vislumbrarse, por ahora, en el horizonte de la segunda gran potencia mundial.

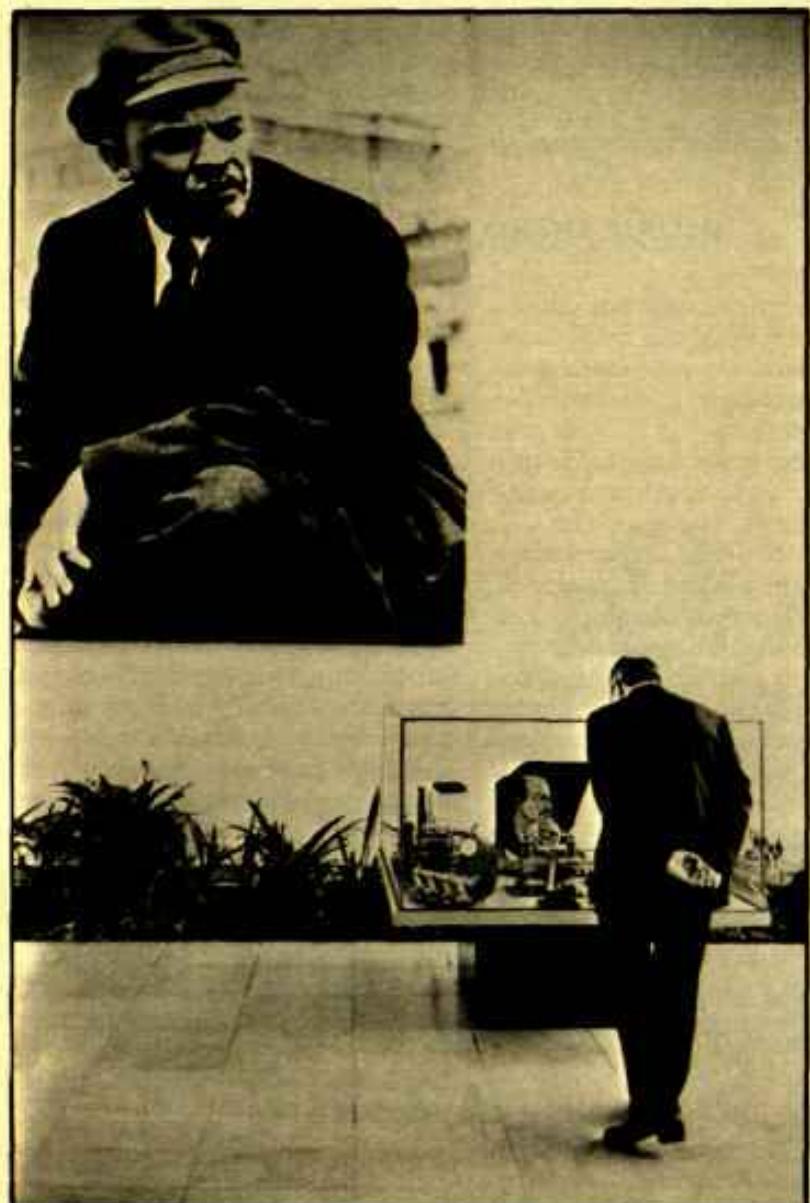
La tercera alternativa, bastante más posible y que probablemente

tes (6), la solución más probable en caso de que no se lograse una racionalización parcial del sistema actual basada en «ajustes de orientación tecnocrática del modelo básico de planificación centralizada».

Finalmente nos encontramos con otras dos posibilidades de paliar al menos la crisis sin modificar sustancialmente el sistema. La primera y menos dolorosa pasa por la reducción del presupuesto militar que, según estimaciones fiables, se lleva nada menos que del 11 al 13% del PNB (en los EEUU representaban el 4,7% en 1978). No cabe duda de que una simple reducción del ritmo de crecimiento de los gastos militares significaría un importante respiro para la situación económica del país.

La otra «solución», a pesar de contar sin duda con importantes partidarios en sectores decisivos del poder, no parece por el momento la más probable. Se trataría de un regreso a métodos militares y policiales de gestión social que recordarían la época de Stalin. Una disciplina férrea, un mayor aislamiento internacional y las llamadas a la heróica conquista de las riquezas de Siberia serían algunos de los rasgos típicos de una alternativa de este tipo. Afortunadamente no parece que, sin un brusco empeoramiento de la situación económica y de la tensión internacional, pueda ser factible.

Existe, por tanto, una amplia gama de soluciones posibles a la actual crisis de la economía soviética, que va desde el involucionismo radical, pasando por formas matizadas de inmovilismo, hasta las variantes más o menos abiertas de cambios sustanciales en el sistema. Todo parece indicar que es la línea de los cambios y de la reducción de la carrera de armamentos la única que podría conducir a una verdadera salida de la crisis, con efectivas perspectivas de futuro.



oficial, los que creen aún en estas recetas ya tantas veces ensayadas desde hace veinte años. Nada parece indicar que puedan ser efectivas en el futuro, de no producirse circunstancias especialmente favorables que permitan aumentar las actuales tasas de crecimiento bastante por encima del 3% anual. La salida opuesta, basada en la introducción abierta de mecanismos de mercado y en la democratización de la gestión econó-

cuenta dentro de la dirección soviética con algunos partidarios, sería una adaptación del llamado «modelo húngaro». En éste, ciertos elementos controlados de la economía de mercado y de una mayor exposición a las presiones de la economía internacional se conjugan con aspectos de fuerte centralización. A pesar de los riesgos considerables de una operación de este tipo, ésta sería para algunos autores, como Richard Por-

(1) Basil Caplan, *The Banker*, Londres, 1981.

(2) Marie Lavigne, *Chroniques d'actualité de la SEDEIS*, 1982.

(3) *Le Monde Diplomatique*, *Las causas profundas de la crisis del sistema soviético*, Mayo 1982.

(4) Ota Sik, intervención en un seminario internacional sobre la crisis de los sistemas soviéticos y las experiencias de la Primavera de Praga, París, 1982.

(5) Basil Caplan, *op. cit.*

(6) Richard Portes, *The Control of Inflation: Lessons from East European Experience*, Economica, Londres, 1977. Biblioteca de Comunicación i Hemeroteca General CEDOC

El «boom» de los años noventa está servido. Sólo queda esperar, de aquí a entonces, que la fiebre del video se generalice y decrezca para que la nueva estrella tecnológica ocupe su efímero puesto en la cresta del embelesamiento general.

Es cuestión de unos pocos años y unas pocas operaciones. Primero ataca la prensa. La revista «Time» ya ha dado el campanazo eligiendo a la computadora doméstica «personaje del año» para la historia. Despues lloverán anuncios demostrándonos imperdonables carencias y sus irrenunciables soluciones.

Y por fin, como el coser y cantar, nos encontraremos con la computadora en el aparador.

GLORIA OTERO

AS cosas en informática son así de sencillas, y sobre todo, así de rápidas.

El llamado ordenador personal, micro ordenador, ordenador de sobremesa, computador doméstico (ni siquiera el nombre está todavía asentado) no lleva ni cinco años en el mercado. El primer prototipo lo construyeron dos estudiantes en California; en un garaje, como en las mejores parábolas del «self made man». Lo bautizaron con el nombre de Apple y comenzaron a producirlo comercialmente con un crédito bancario en 1977.

A los tres años, esta marca vendía mensualmente 30.000 unidades y facturaba al año la cifra de 200 millones de dólares. Era el éxito de una idea: diseñar un ordenador amigable para uso personal, que no requiriese grandes conocimientos informáticos para su manejo. Lo demás estaba al alcance de la mano; implícito en el espectacular avance de la

electrónica en los últimos treinta años, una historia hecha de cifras casi inverosímiles. Un verdadero desafío a la futurología y la ciencia ficción.

La prehistoria del ordenador está a la vuelta de la esquina. Fue por los años sesenta, cuando en EE.UU. se crea el ENIAC, un verdadero monstruo que pesaba 30 toneladas, ocupaba 170 metros cuadrados y albergaba 18.000 lámparas de vacío. Su misión era resolver los complejos problemas matemáticos derivados de la construcción de la primera bomba de hidrógeno.

Diez años después aparece el «8080» y se inicia la era de los microordenadores con un descubrimiento crucial: las 18.000 lámparas del ENIAC se podían sustituir con idénticas funciones por un trozo de silicio de un centímetro cuadrado. Desde entonces, el uso de este material ha impulsado un proceso de miniaturización tal, que hoy el ENIAC cabe prácticamente en una

maleta de mano y no cuesta más allá de mil dólares.

Superpoder en miniatura

En la velocidad de los cálculos, la carrera ha sido igualmente vertiginosa. Los primeros ordenadores utilizaban como unidad de medida el milisegundo o milimésima de segundo. Con los inicios de la miniaturización se pasó a medir las operaciones efectuadas por el ordenador en microsegundos o millonésimas de segundo.

Actualmente, esta medida ha sido superada también y la unidad base es el manosegundo o milmillonésima de segundo. Algo tan difícil de imaginar siquiera, que en los libros de divulgación sobre el tema se suele añadir al nombre un ejemplo: hay menos segundos en 30 años, que nanos segundos en un año.

El vértigo que le ataca a cualquiera ante semejante capacidad ha rodeado de pavoroso respeto estos aparatos y a sus expertos. Todas las teorías y leyendas sobre la máquina infernal, más hábil que cien empleados juntos; sobre el «Big Brother», omnipresente, omni informado y sediento de control ciudadano. Sobre el maldito robot que al fin demostrará, infalible, nuestra perfecta inutilidad, han dramatizado calladamente la triunfal revolución informática. Sobre todo en los países en los que ha tocado verlas venir; países con cierta tradición jeremiaca hacia todo lo nuevo, desde que lo nuevo viene siempre de más allá del océano. O, como se afirma en la revista «Times», en el número dedicado al or-

Ordenadores domésticos

La vida en un “chip”

denador personal, en Europa: «...donde se tiende a ver el lado siniestro del progreso, aunque al final se apunten a él, en contraste con América, donde lo nuevo en técnica siempre es motivo de optimismo.»

Pues bien, el ordenador casero está predestinado a barrer toda negra sospecha acerca de la invasión electrónica. Incluso aquí, donde aún reina la escoba en tantos hogares medios, por poner un ejemplo.

Un par de jovencitos intuyeron el filón en que podía convertirse la informática individual, y además de hacerse con una fortuna personal de 16 millones de dólares cada uno, abrieron un mercado impensable en plena crisis económica mundial. En EE.UU., las ventas de microcomputadoras han saltado de 600.000 en 1980, a más de tres millones en 1982. En Europa, que acaba de estrenarse en el tema, el parque de ordenadores previsto para el presente año es de un millón y medio de unidades.

Un mercado ideal en cada hogar

Las ventajas que el mercado del ciudadano mundo y lirondo y su señora ofrecen a la informática están ya tan claras, que los gigantes del sector, los IBM, NCR etc, que hasta

el momento se habían mantenido al margen del sector doméstico, lanzan en los próximos meses sendos modelos micro. O, como afirman los comentaristas especializados, se han apeado de su adoración por los macrosistemas y los super sectores, para atender al último mono de todas las revoluciones técnicas. Y no es que les haya atacado de pronto la vena filantrópica, sino que una vez abierto el mercado doméstico, han descubierto que resulta tan rentable como el comercial, teniendo en cuenta los engorros que ahorra a los fabricantes.

La gran empresa exige una calidad intachable y un servicio de postventa muy fuerte. Fulanito en cambio, se compra un ordenador y aguanta con proverbial paciencia los fallos; incluso se entretiene haciendo él mismo las reparaciones o inventándose los programas que necesita.

El modesto aficionado, en fin, es una mina. El único problema que

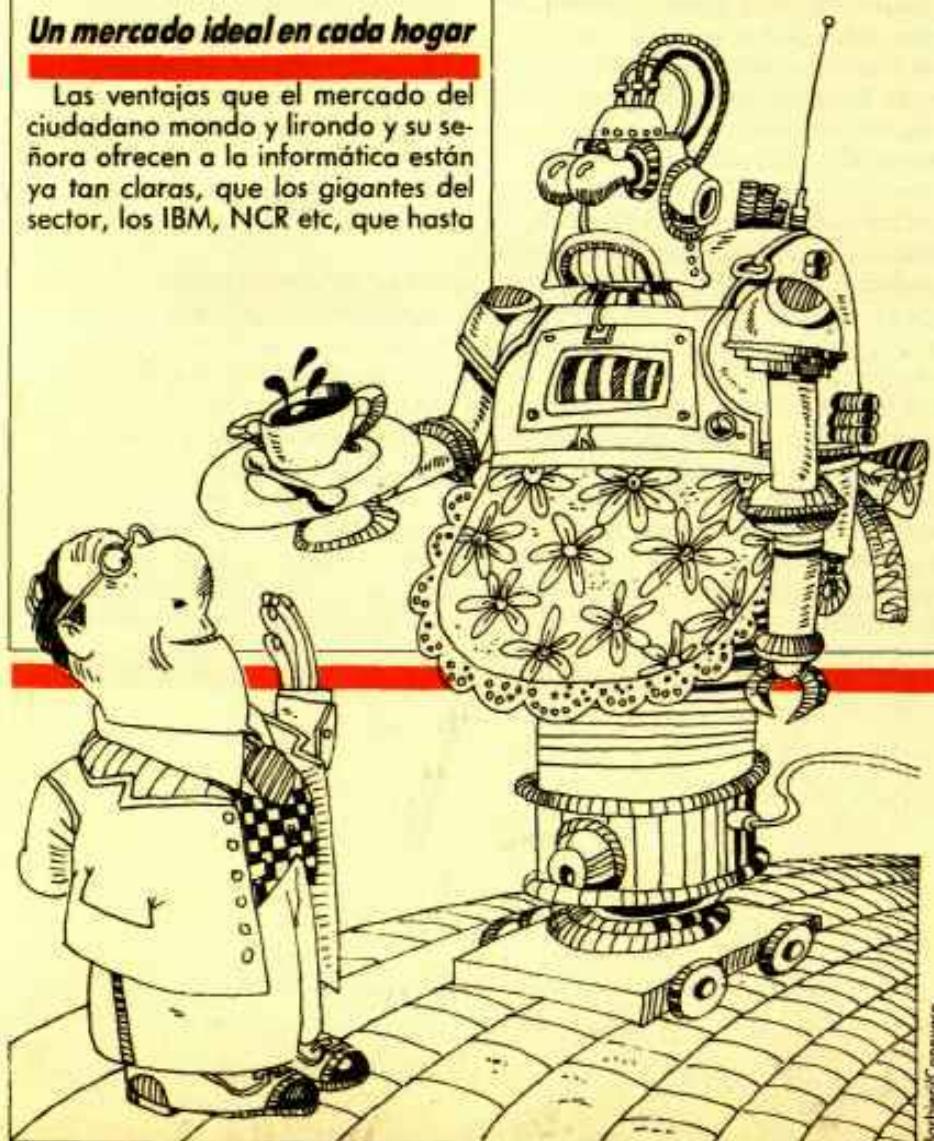
presenta es una cuestión de sincronía. Las novedades tecnológicas corren más que sus necesidades e incluso que sus sueños —tal vez van simplemente por distintos caminos— y el más dinámico forofo de los aparatos no tiene ya apenas tiempo para regodearse con el último grito en calculadoras, videocassettes o super abrelistas porque a los dos días ya está a la venta «una nueva generación» de calculadoras, videocassettes y super abrelistas perfeccionados; más cinco o seis ingenios nunca vistos antes.

Es un desfase dramático que la publicidad se encarga de llenar día a día con vocación de moderna guía espiritual. Está además tan bien relacionada con lo que nos espera, que no hay más que mirarla, como al espejito mágico, para ver claramente reflejado nuestro destino inmediato.

En materia de informática su mensaje es evidente: de aquí a unos años, todos computerizados. Aunque siga habiendo calvos. Como la dirección del progreso no la marcan los calvos, sino la industria armamentista, el Estado, la gran empresa... resulta que el último perfeccionamiento que se le ofrece a la vida cotidiana consiste en «proporcionar a sus cálculos personales un nuevo nivel de simplicidad.» En «conceder a sus operaciones un equipo físico y una programación sofisticadas.» En convertirle en un contable rápido y potente.

La felicidad computerizada

Pero la felicidad computerizada, tal y como la diseña la publicidad, va más allá: «... todo lo que usted pueda imaginar, está ya previsto en un ordenador tal». «Sea cual sea su ne-



Bonnard/Canevaro

gocio, su trabajo o su hobby, un ordenador le sacará más partido.» «Programar es fácil y excitante. Lo único que usted tiene que hacer es hablar al ordenador en un lenguaje que él comprenda.» «El ordenador es su mayordomo, su profesor, su pareja de juego y su amigo. No hay límites a su servicio. El llegarás a donde llegue su imaginación...»

Según la propaganda es la tercera dimensión: «...sonido, color, inteligencia.» Solo le falta hablar y ya se están realizando experimentos en esa dirección. Se trata de conseguir que la relación entre el ordenador y su dueño no sea la del tecleado de órdenes escritas en un lenguaje específico, sino algo lo más parecido a una conversación normal sobre temas previamente programados.

De momento sólo se ha conseguido que el aparato simule, por intermedio de un modulador de sonido, algo más parecido a la voz del coco en las tinieblas que al habla humana. Sin embargo, con la escritura electrónica se van logrando ciertos toques de diálogo personal muy estimulantes para el usuario.

Por ejemplo, es frecuente en los programas educacionales que el ordenador le escriba en pantalla: «...estás distraído. Tienes que poner más atención.» O bien, que le obsequie con frases halagadoras cuando actúa adecuadamente. O le pregunta por determinados datos necesarios para completar la respuesta solicitada. Todo exactamente programado para que el individuo computerizado no tenga la fria sensación de estar tratando con un aparato cualquiera, sino con un artilugio inteligente. Al fin y al cabo, el ordenador realiza funciones hasta ahora exclusivamente reservadas a la mente humana; funciones lógicas y matemáticas. Y las realiza con una obje-

tividad absoluta. Conviene, pues, habituar al usuario a tratar con pertinencia este revolucionario invento que va a suplantar a gran escala amplias parcelas de su experiencia real, suministrándole a cambio datos y más datos. Que le va a obligar además, a pensar con claridad y exactitud de contable para poder conjurarlos.

Con las computadoras hay que entenderse con esa lógica inmaculada y esa desapasionada naturalidad con que enjuician los niños los asuntos de los adultos. Sin destemplados respetos, ni ensueños solapados. Por eso son precisamente los niños y los jóvenes, de los 15 a los 25 años, los que mejor se las entiende con los microordenadores.

Hardware y Software

De aspecto físico y mecánica (el llamado hardware), los ordenadores personales son sencillos y relativamente manejables. Todos constan de un teclado alfabético que en los modelos más económicos (20 y 50.000 pts. en España) se conectan a la pantalla del televisor, y en los más evolucionados (200 y 300.000 pts.) funcionan con pantalla propia. A esta unidad central se le pueden acoplar aparatos muy diversos, según las necesidades, los gustos y el dinero del interesado: son los llamados periféricos. El más modesto, y el único imprescindible, es el magnetófono para insertar las cintas grabadas con cada programa. O bien la unidad de discos, mucho más cara, para los ordenadores con pantalla propia. El más sofisticado, la telefotocopiadora japonesa que fotografía en papel color y al momento cualquier imagen televisada.

Entre ambos existen infinidad de artificios de modesto tamaño e insospechadas posibilidades. El «modem», por ejemplo, conecta el ordenador con el teléfono y permite grabar para su visualización cualquier información disponible en un banco de datos, habla con otros ordenadores... Las impresoras, que trasladan a papel las operaciones o textos de la pantalla; que escriben cartas cada vez más parecidas a las auténticamente personales, artículos, libros... Los sintetizadores para componer música...

Las posibilidades derivadas del equipo físico son realmente variadas. La proliferación de «periféricos» tiende a convertir el aparato central en algo así como el cerebro de una vasta red de operaciones apoyadas en accesorios tan diversos como los que ofrece actualmente la industria de la comunicación. Pero el quid de su funcionamiento radica en los programas. Lo que en la terminología del ordenador se conoce por software.

El programa, grabado en cinta o «diskette», contiene los datos e instrucciones que ha de seguir el ordenador. La iniciativa, la imaginación y la sapiencia con que la pantalla desarrolla un tema está toda en el programa. De su calidad depende la utilidad de la máquina en cuestión.

Todo es programable

La industria del software tiene ya un papel primordial en el desarrollo y el éxito del ordenador doméstico. Le cabe ni más ni menos que la tarea de localizar las necesidades sociales, traducirlas al lenguaje del «chip» y diseñar sus soluciones. De hecho, con el aparato, el comprador adquiere los programas que le interesan y solo en determinados casos

se decide a aprender programación y hacerse los suyos propios. Cada marca ofrece «una biblioteca» de programas para sus aparatos bastante espectacular teniendo en cuenta su corto rodaje. La casa Apple, por ejemplo, tiene un catálogo de 62.000 programas a disposición de sus clientes. El único inconveniente, en nuestro país al menos, es que están en inglés.

Y que no siempre consiguen acertar con lo que desea el usuario. De ahí que el ciudadano computerizado se convierta en programador cada vez más a menudo. Esto es, aprenda cualquiera de los lenguajes técnicos que existen al respecto, y se invente sus propios argumentos. Para andar por casa, el «Basic» es el más sencillo. Consta de no más de cien instrucciones, o «comandos», derivados de la conversación común americana y está al alcance de cualquiera. En EE.UU. los niños se están hinchando a ganar dinero inventando programas, por más que en este campo la piratería está extendidísima. Hay programas incluso en los que sale en imagen la cara del autor aconsejando al espectador no prestarlos en bien de la industria nacional.

Las líneas de la programación son básicamente tres: cálculo, enseñanza y juegos. Sobre ese esquema, las aplicaciones concretas son interminables. Se puede aprender a escribir a máquina, llevar cualquier archivo, recibir por telex la edición completa o fragmentada del diario preferido, encargar billetes para un viaje, hacer la compra sin salir de casa viendo la tienda en la pantalla; enterarse de las veces que nombró el presidente Suárez a los chinos en sus discursos, conectando con cualquier servicio de documentación dotado de terminal electrónico, o averiguar el biorritmo correspondiente al día.

En EE.UU. es muy normal ya que los niños hagan los deberes por computadora; hay incluso universidades en las que se exige para matricularse tener ordenador propio. Y, por supuesto, las amas de casa tienen al lado del libro de cocina, el manual de Basic para programar. Y las estadísticas dicen que tienen grandes dotes para ello.

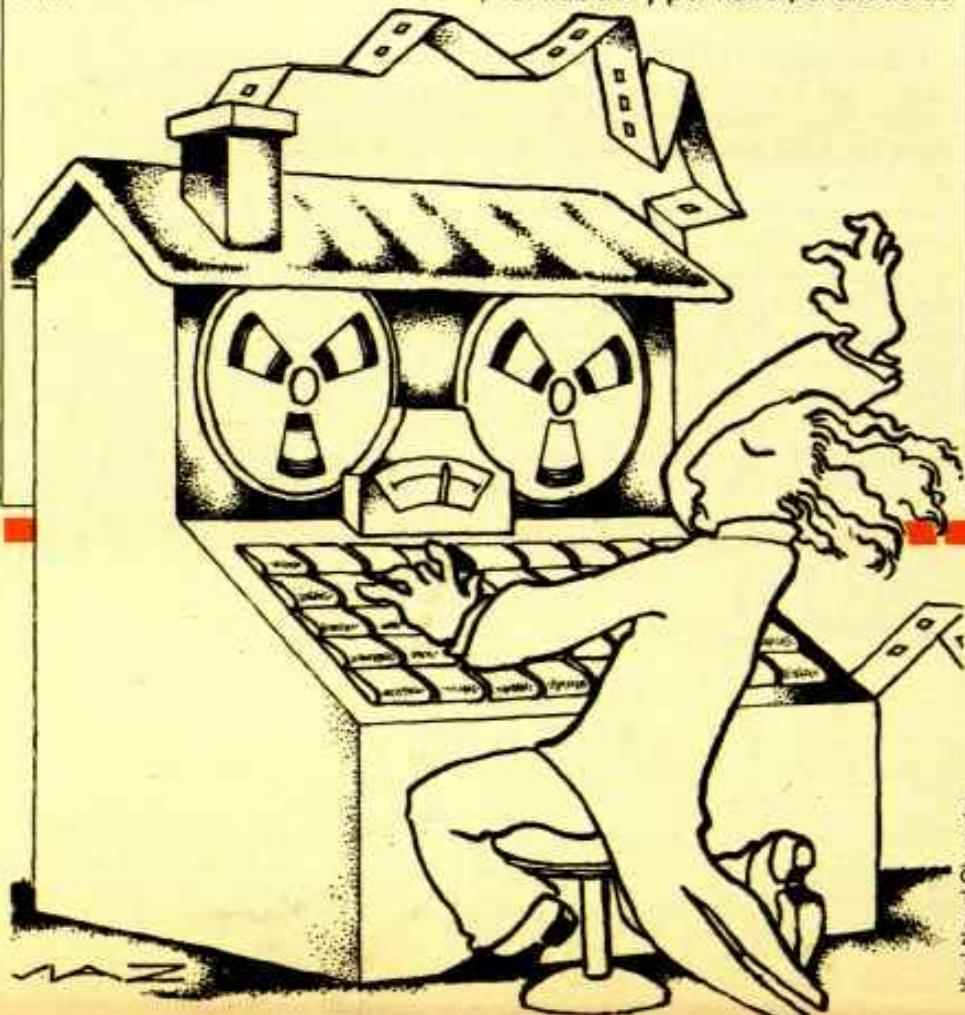
El ordenador en el hogar, para el ama de casa, es por ahora, una moda yanqui. Se tramitan los impuestos, se controla como por abracadabra el funcionamiento de todos los aparatos habidos y por haber, el estado de

cuentas de los mil tarjetas de crédito disponibles, y se simulan voces y ruidos cuando no hay nadie en casa para ahuyentar a los ladrones.

Las boutiques informáticas

En nuestro país el cliente del ordenador casero suele ser el profesional liberal, ingenieros, médicos, arquitectos, que lo usan como auxiliar en su trabajo; el estudiante de ciencias dinámico y emprendedor. El padre bien situado con hijos locos por los juegos de marianitos y los forofos de la informática.

En las tiendas especializadas les conocen bien. Cada una tiene los suyos. Siguiendo la pauta comercial americana, estos locales huyen de la solemnidad y el super profesionalismo. Buscan, y a veces se autodenominan así, el tono de la boutique tecnológica. Escaparates atractivos, personal joven, trato amistoso, venta a plazos; y dentro de poco clubs de usuarios en el propio local. Se trata de vender la computadora como un electrodoméstico más. «La gente es todavía escéptica con los ordenadores. O viene pensando en un robot, que es algo que no tiene nada que ver con esto. A menudo no saben expresar lo que quieren exactamente. Tienen un problema profesional e inquietudes informáticas y nosotros tenemos que interpretarlas y aconsejarles; y ahí está la honestidad de cada tienda. Porque este es un mercado bastante caótico. La oferta es enorme y poco consolidada aún y el público totalmente inexperto. En cuanto a los comercios, proliferan como los hongos, y es probable que aquí ocurra como ha pasado en Francia. Que hace tres años tenía 200 boutiques en París y hoy no hay



más de 50. Porque es muy fácil a veces endosarle a un cliente un aparato de 300.000 pesetas para que su hijo juegue a comeculos y su mujer aprenda inglés, cuando con uno de 50.000 se las arreglaría mucho mejor. Pero eso a la larga perjudica.

«A nosotros nos interesa más el estudiante o el forofo de la informática, que viene por aquí todos los días, tarda meses en decidirse a comprar, luego nos llama porque no le sale una operación; pero luego se presenta con unos programas que ha hecho y nos los deja para nuestro archivo. Aquí hay, por ejemplo, un grupo de estudiantes de ingeniería que ha elaborado un catálogo de programas más amplio y mejor que el que trae el ordenador que compraron.»

Forofos y «burosaurios»

En general, el forofo del ordenador se inicia con la calculadora programable; luego pasa al Sinclair, el ordenador más barato, 20.000; éxito de ventas en el Corte Inglés desde hace dos años, y de ahí se va picando y pasa, en cuanto el bolsillo se lo permite, a mayores. «A otros les gusta el tenis o el yoga —dice uno de ellos— A mí me gusta pelearme con el M280 K. Me paso todo el tiempo que puedo con él. A veces días enteros, fines de semanas. Esto es una pasión. Y yo no me dedico a los marianos. A mí lo que me gusta es el cálculo; los sistemas de ecuaciones. Ahora me han encargado un programa para la Seat, y le estoy haciendo uno de presupuestos a un amigo, así es que le veo mucho (al ordenador). Y tengo previstas muchas cosas para la casa: un listín de teléfonos que me lo marque el ordenador, unos problemas con premio

de marianitos para mis sobrinos... esto es muy fácil. Solo hay que tener las ideas claras; así, en dos meses programas. Pero si eres un retorcido mental, no vas a ninguna parte con un ordenador.»

Luego está el forofo clandestino por falta de medios. El jubilado de la contabilidad o el hombre mayor marginado en su oficina, que acude a la boutique informática con una ilusión y una curiosidad sin límites; día tras día hasta que se atreve a pedir una prueba en cualquier ordenador y cuando ve que le dejan sentarse a manejarlo, no falta cada semana. Naturalmente, resulta ser un experto, nadie sabe por qué caminos.

Todos ellos son la vanguardia de un fenómeno frente al que los propios expertos no profesan a veces tanto entusiasmo. Unos piensan que se está organizando un tinglado tan complejo que se va a ir a hacer gargas cualquier mañana. Otros afirman que no hay límites para la actuación computerizada. Que se puede de hacer prácticamente lo que uno quiera con el ordenador, pero luego añaden «esto es algo por lo que vamos a pasar todos por narices, de modo que lo mejor es tomárselo con tranquilidad y lo más optimistamente posible.

Incluso en la cuna del micro ordenador, en los mismísimos Estados Unidos, hay soterrada o explícita sudosis de computofobia: directores de banco que prohíben la instalación de terminales en sus oficinas. Empresarios que obligan a sus secretarias a copiar a mecanografía los escritos del ordenador, y salas de micros en oficinas en las que los ejecutivos que sufren de manía hacia el computador reciben lecciones particulares en la materia. Estos personajes no son infrecuentes; tanto es así que tienen ya un calificativo particular. Se les lla-

ma «burosaurios». Trogloditas de la burocracia, por su incapacidad para aclimatarse al nuevo instrumento, que puede que no sea más que pavor a ser desplazados, como de hecho ocurre, en sus puestos por jóvenes expertos informáticos.

Soledad último modelo

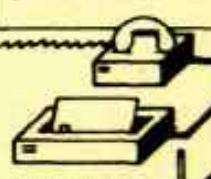
Pero esos son casos para el silencio. El discurso apologetico de la vida computerizada los apaga con creces.

Los americanos implantaron la filosofía del tiempo es oro. Ahora nos van a embuchar la del computador es ensueño, por aquello de que nos proporciona tiempo. Dicen que el mundo actual es tan complejo, que no nos deja tiempo para entenderlo ni para reaccionar ante él. Dicen que el ordenador nos devolverá ese tiempo gracias a su potencia en el manejo de la información. Que por fin podremos pensar en las musarañas. Que el hogar recobrará la categoría de centro de producción social que tuvo en otros tiempos porque mucha gente no tendrá que salir de casa para realizar sus trabajos: trabajarán en el cuarto de estar y enviarán los programas resueltos a la terminal de sus empresas. No habrá que desplazarse para ir de compras, encargar entradas etc. Todo se hará de pantalla a pantalla. El periódico y el correo se recibirán electrónicamente. Tal vez las visitas a los amigos serán innecesarias cuando se les pueda ver y hablar por el ordenador. El dinero no tendrá que moverse de los bancos, ni nadie tendrá que pisarlos si no es para un atraco, porque todas las operaciones se realizarán de terminal a terminal. Y las casas, donde previsiblemente habrá cada vez menos espacio y más ne-

ELEMENTOS DE UN COMPUTADOR PERSONAL Y SU FUNCION

MÓDEM

Une el computador a otros computadores a través de linea telefónica, enviando mensajes y recibiendo datos.



IMPRESORA

Produce copias en papel de los datos que aparecen en la pantalla.



TECLADO

Usado para dar mensajes al computador.

MANDO

Palanquín que se usa generalmente para controlar la posición de un carácter en la pantalla; generalmente usado para juegos de video.

MONITOR

[Pantalla]. Muestra los datos que teclea el usuario y los resultados que produce el computador.

TARJETA PRINCIPAL

MICRO-PROCESADOR
Controla todas las actividades y realiza las funciones aritméticas y lógicas.



TARJETAS ADAPTADORAS

Se insertan en las ranuras adicionales para proporcionar más memoria y para controlar hardware adicional.

UNIDAD DE DISCOS

Lee los discos de la misma forma que un fonógrafo.

DISCO

[Duro o Diskette]. Almacena grandes cantidades de datos.

La memoria puede ser de dos tipos:

MEMORIA

Se mide en bytes. Un byte equivale normalmente a un carácter (una letra o un número). El tamaño de la memoria se mide generalmente en K. (K = 1.024 bytes).

ROM

(Memoria de sólo lectura). Contiene las instrucciones para que el computador realice lo que concretamente quería el programador. Estas instrucciones vienen del fabricante y no pueden ser cambiadas.

RAM (Memoria de acceso al sistema). Contiene las instrucciones para que el computador realice lo que concretamente quería el programador. Estas instrucciones vienen del fabricante y del usuario y dependen de la memoria el programa el computador.

* POWER - Fuente de alimentación.

Cesidad de ahorrar hasta la última gota de agua, funcionarán como una cafetera, controladas automáticamente por el ordenador. Luz, aire acondicionado, electrodomésticos y hasta paredes, responderán conforme a un plan intachable. En Kentucky ya se han realizado experimentos con habitaciones de volumen variable, y será el ordenador el encargado de mover las paredes según las necesidades de espacio a cada hora del día: por la noche mucho dormitorio y por el día mucho cuarto de estar, por ejemplo.

Y habrá más para según se mire, continúa la apologetica americana. Porque surgirán nuevas funciones a desempeñar y se realizarán más cómodamente. Sin desplazamientos en la mayoría de los casos. Y se disolverán en buena medida las fronteras

jerárquicas entre las profesiones, al tener todos acceso a la inteligencia informática. Incluso se podrá trabajar en distintas especialidades a la vez, al ocupar cada una un tiempo parcial.

«El espacio y el tiempo se expandirán para todos a través de sus pa-

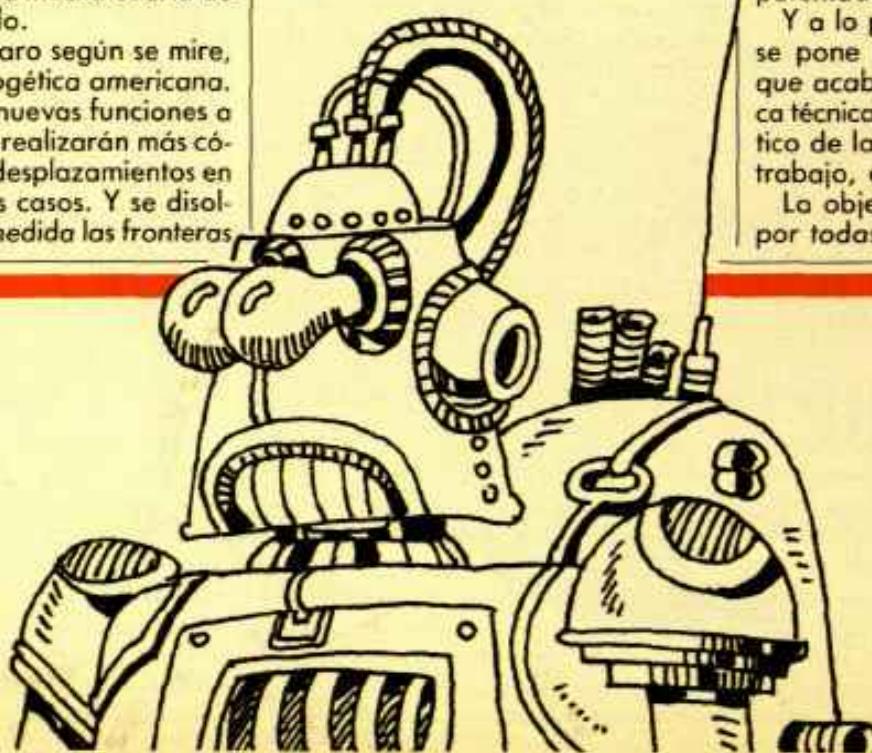
tallas como sucedió en tiempos de los pioneros americanos con los paisajes de la nueva tierra.»

Y no es un cuento de la abuelita. Son argumentos impresos en las mejores revistas. No hay más que creérselos, como los milagros del tiempo de los apóstoles.

No hay más que admitir el que la experiencia real se reduzca a la manipulación electrónica de sus datos simbólicos. Que la vida quepa en un «chip» y el diálogo en un programa patentado.

Y a lo peor, la realidad palpable se pone tan intratable y absurdo, que acabamos prefiriendo su réplica técnica total: el ordenador doméstico de la mañana a la noche en el trabajo, en la casa y en la sopa.

La objetividad sin fin de una vez por todas.



Microelectrónica

Pudo haber empezado mucho antes, pero fue necesario que primero se popularizaran los transistores y los circuitos integrados.

De ese modo, los elementos se hicieron cada vez más pequeños, cada vez más baratos, cada vez más asequibles.

Desde los gigantescos robots que difundían las películas norteamericanas «serie B» de los años cincuenta a los minúsculos microordenadores que nos proponen los catálogos de las multinacionales de la electrónica, se ha dado un paso de gigante. La revolución ha llegado.

MANUEL TOHARIA



S

I la que podríamos llamar Revolución Agrícola duro varios milenarios (desde la invención del arado hasta el siglo XVIII) y la Revolución Industrial sólo dos siglos, la segunda mitad del siglo actual, y muy especialmente a partir de 1970, nos está ofreciendo los primeros pasos en firme de la tercera gran revolución de la historia de la Humanidad, la Revolución Electrónica.

Los más recientes estudios tecnológicos de Estados Unidos y Japón sitúan ya a la Electrónica (junto con sus más directas aplicaciones las Telecomunicaciones por una parte, y la Informática por otra) entre los cuatro principales sectores de la actividad económica mundial en estos momentos. Precisamente Japón, y con más retraso los Estados Unidos, Francia y Alemania, han apostado ya por un modelo de desarrollo futuro de sus economías a base de potenciar de

forma prioritaria al sector electrónico. Hoy día, y por citar sólo dos ejemplos bien llamativos, el mercado del video y el del automóvil están en vías de ser dominados de forma casi exclusiva (en el caso del video) o muy preferente (en el caso de los automóviles) por la industria japonesa, apoyada en un firme desarrollo de la robotización (mecanización electrónica).

La Revolución Electrónica podría haber empezado mucho antes. El desarrollo de los sistemas electrónicos aplicados a múltiples usos (telegrafía sin hilos, comunicaciones, radio, radar, etc.) tuvo lugar en la primera mitad de nuestro siglo, pero se vio sumamente condicionado por el importante volumen requerido por los mecanismos a base de válvulas (diodos, triodos y posteriores desarrollos en esa misma línea) y también por el elevado consumo eléctrico de estos montajes, ya que las válvulas citadas se basan en el efecto termoiónico,

y requerían una gran cantidad de electricidad para su funcionamiento. Un funcionamiento que, además, no podía ser muy continuo, por el calentamiento, y que presentaba frecuentes averías. Hoy día, por menos de mil pesetas, y con el tamaño de un paquete de cigarrillos, tenemos calculadoras electrónicas más rápidas y con más posibilidades que aquellos mastodontes de hace sólo treinta años...

El descubrimiento en 1947 de los sistemas semiconductores aplicados a un circuito electrónico (transistores) dio lugar a aplicaciones cada vez más numerosas y eficaces, complementando al principio a los sofisticados sistemas a base de válvulas, y reemplazándolas definitivamente poco después, con todos los pronunciamientos favorables. En una válvula, los electrones se movían por un vacío, obtenido en una especie de bombilla a alto coste y con escasa duración. En los transistores, y gra-

del consumo eléctrico, generalizándose toda una gama de aparatos «portátiles» que anteriormente nadie hubiera soñado transportar con tamaña facilidad. Los aparatos electrónicos no sólo redujeron su tamaño y su consumo, sino que además ganaron en duración, ya que por una parte se eliminaban los riesgos de rotura de las frágiles válvulas de cristal con vacío dentro, y por otra parte desaparecía el hasta entonces típico calentamiento de los circuitos, a causa de la incandescencia de dichas válvulas.

En todo caso, y con ser importantes la reducción del consumo y de la fragilidad de todos los aparatos electrónicos, lo que acabó siendo más revolucionario fue precisamente aquello que parecía más anecdótico, o sea, la reducción de tamaño. La carrera hacia la miniaturización acababa de empezar.

La aparición de los llamados «circuitos integrados» al final de la dé-

Crónica de una revolución

que requiere elevadas temperaturas para emitir los electrones necesarios para los diferentes circuitos. Un calor, por otra parte, que hacía disminuir el rendimiento global por pérdidas energéticas, y que además limitaba enormemente la vida media de los componentes, sometidos en su funcionamiento a unas temperaturas demasiado altas.

El descubrimiento del transistor supone un eficaz impulso a la industria electrónica, y significó, de hecho, el primer paso adelante hacia esa Revolución Electrónica en la que nadie, hasta entonces, había pensado. Un simple ejemplo podría ilustrar con precisión el «antes y después» del transistor. Los primeros «cerebros» electrónicos a base de válvulas, construidos en la década de los cuarenta y los cincuenta, ocupaban dimensiones enormes, muchos metros cúbicos,

cias a las propiedades de los llamados «semiconductores», el movimiento de los electrones a través de un sólido es perfectamente controlable y, a la larga, mucho más sencillo de manejar que en el caso de las válvulas.

Los transistores utilizan las propiedades semiconductoras del silicio cristalino o del germanio, cuando contienen pequeñas cantidades de «impurezas» que son precisamente las que permiten el efecto de control electrónico, por así decirlo, propio de una válvula. Estas impurezas pueden ser muy diversas, y generalmente se trata de unas cuantas moléculas de aluminio, bismuto, antimonio, fósforo, o boro entre otros.

Con la transistorización de los aparatos y equipos existentes llegó la primera consecuencia ventajosa: una importante reducción del tamaño y

cada de los cincuenta supone un nuevo avance de consecuencias incalculables. Hasta ese momento, los circuitos electrónicos se componían de componentes perfectamente diferenciados entre sí, «componentes discretos», por emplear la terminología adecuada. Las válvulas, las resistencias, los condensadores, tenían su propia identidad, y figuraban en el circuito conectados unos a otros pero perfectamente diferenciados. En los primeros años de los transistores, la situación era similar, a pesar de la notable reducción de tamaño y consumo que su introducción supuso. Pero los ingenieros japoneses alcanzaron en 1958 lo que parecía casi un sueño: obtener un material en el que, de forma voluntaria y dispuesto convenientemente, se introdujeran ciertas impurezas, de tal forma que el conjunto realizará, sin necesidad

de más aditamentos, las mismas funciones que los transistores, las resistencias y otros elementos de un circuito «normal».

Estos circuitos integrados, al eliminar muchísimos componentes individuales, con sus correspondientes cables de conexión, permitieron en poco tiempo pasar de lo simplemente «portátil» a lo auténticamente miniaturizado, a lo microscópico. La Electrónica puede ser, desde ese momento, rebautizada como «Microelectrónica».

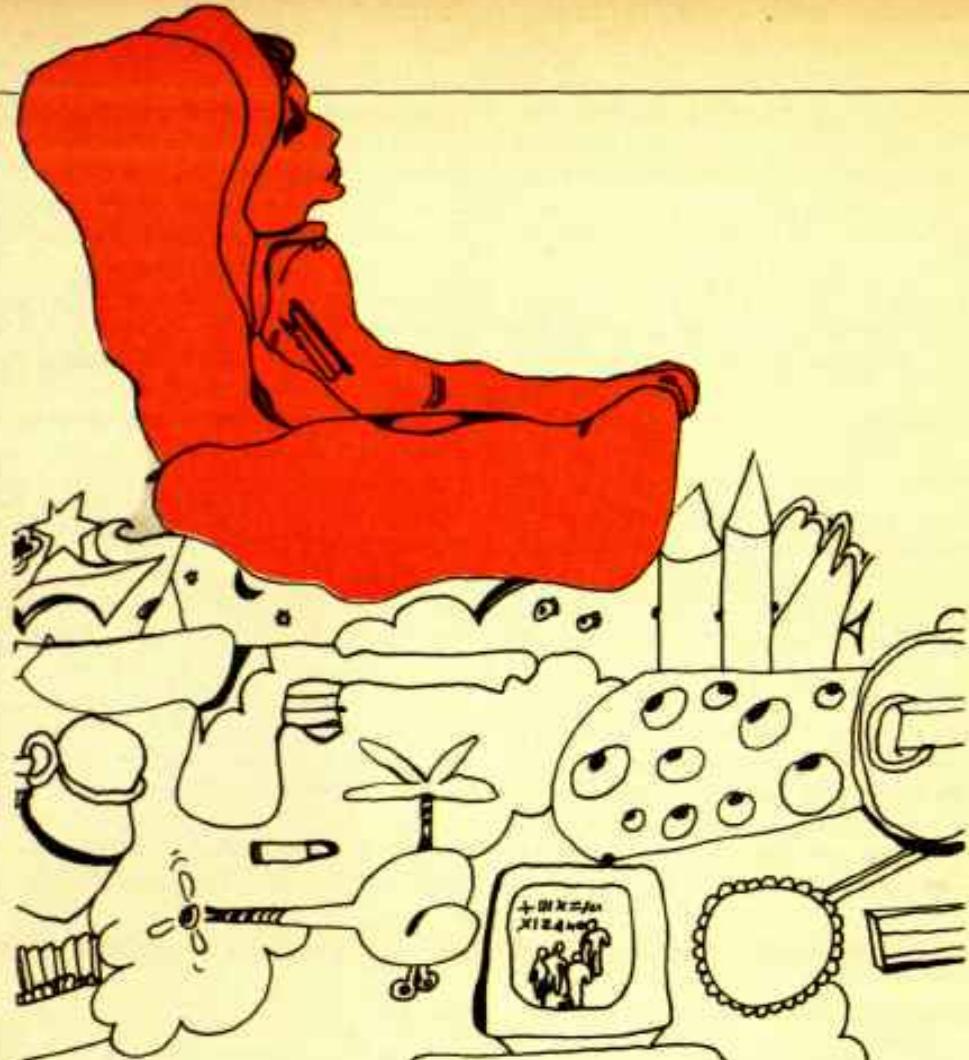
Las minúsculas «pastillas» microelectrónicas (conocidas en inglés como «chips» y en francés como «puces») pueden contener en unos cuantos milímetros cuadrados, es decir, en la superficie equivalente a la uña de un niño pequeño, hasta cien mil transistores, y en la actualidad se trabaja para obtener, en muy pocos años, más de un millón de transistores en un sólo milímetro cuadrado.

Estos microscópicos circuitos integrados permiten, lógicamente, obtener aparatos enormemente potentes en relación con su escasísimo tamaño, y además a un precio muy reducido, con una fiabilidad muy elevada y una vida media muy larga. Pocas cosas son capaces de dañar a elementos tan minúsculos, desde luego.

La carrera acaba de empezar

En estos días asistimos a la proliferación, incluso a escala doméstica, de los llamados microcomputadores, pequeños cerebros electrónicos capaces de realizar, por menos de 100.000 pesetas de coste y con un tamaño menor que el de una máquina de escribir, operaciones y funciones que hace sólo diez años requerían enormes ordenadores que costaban bastantes millones. Y la carrera acaba, como quien dice, de empezar. La televisión en el reloj es ya un hecho, y aunque hoy por hoy resulta todavía un capricho caro, nadie duda de que, si los japoneses se lo proponen, pronto tendremos en nuestras muñecas, no ya calculadoras o juegos de marcianos, sino los mismísimos programas de televisión, aunque sea a escala bien reducida.

Es indudable que la Era de la Revolución Electrónica se va a caracterizar por el empleo de máquinas y



aparatos de todo tipo con un nivel de sofisticación, casi podríamos decir que de «inteligencia», que nos van a permitir dedicar el esfuerzo de nuestros cerebros humanos a tareas cada vez más elevadas y creativas; en última instancia, parece indudable que la Revolución Electrónica nos llevará a un mundo en el que el ocio será cada vez más importante.

España se encuentra bastante rezagado en la carrera electrónica que otros países, y no sólo Japón o los Estados Unidos, ya han iniciado. Y esto que nuestro mercado se encuentra muy lejos de la saturación. En un trabajo elaborado por D. Angel Luis Gonzalo, Decano del Colegio de Ingenieros de Telecomunicación, se destaca el hecho de que nuestro país dispone de 30 teléfonos por cada 100 habitantes, cuando la media en la Comunidad Económica Europea es de 40 y en los Estados Unidos es de 78. En el mismo trabajo se ofrecen otros datos referidos al sector de la Electrónica en España que resumimos a continuación:

- La telegrafía dispone en nuestro país de unos 6.000 puestos públicos para su utilización, y da lugar a unos 15 millones de telegramas anuales. La tendencia es decreciente, ya que

los usuarios se inclinan en número creciente por el teléfono y el télex.

- El télex tenía en 1980 unos 21.000 abonados, con 80 cabinas públicas (en Alemania había, en 1978, 120.000 abonados). Su uso es creciente de forma muy rápida en oficinas y como servicio público. Muy escaso en viviendas.

- Facsímil: en 1978 había 500 terminales en España, contra 6.500 en Francia y 55.000 en Estados Unidos. Su uso es creciente entre oficinas, pero muy limitado entre particulares.

- Radio y Televisión: En 1977 más del 83% de los hogares españoles tenía radio o televisión, frente a sólo un 35% con teléfono. La televisión por cable y la radio por cable (hilo musical) están todavía prácticamente en estado embrionario. Este subsector sigue en expansión y pronto alcanzará la saturación.

- Comunicación de datos. Su uso crece muy rápidamente, tanto en la conmutación de circuitos como en la de paquetes de información digital; aplicaciones inmediatas van a ser la transmisión a través de pantalla, facsímil o teletipo de información general, información especializada, servicios bancarios, educativos, culturales y comerciales, correo electrónico,

etc. Mención aparte merecen el teletex y el videotex. El primero difunde, por los canales de televisión, información diversa en forma de páginas. El segundo transmite, a través del hilo telefónico y en conexión con el televisor, un número ilimitado de páginas de información, elaboradas por diversos «promotores» (públicos y privados).

• Aplicaciones electrónicas a los vehículos: el usuario puede recibir señales, mensajes e incluso conversaciones, tanto en tierra, como a bordo de aeronaves o buques. Uso creciente en ayudas a la navegación aérea y marítima, y también a nivel privado (radioteléfonos automóviles, por ejemplo).

• Telemedida y telecontrol: mediciones y control a distancia. Uso creciente, especialmente en áreas como transporte, energía y sanidad.

La situación en España, como puede verse, no es demasiado atrasada, aunque no se puede comparar a la de otros países desarrollados. Sin embargo, el sector de la Electrónica ofrece no pocas perspectivas de despegue en nuestro país, que le hacen sumamente indicado a la hora de prever esfuerzos inversores y políticos de cara a la salida de la crisis económica. Sin olvidar la necesidad de un apoyo oficial, a través de los organismos públicos competentes y mediante ayudas especiales en favor del sector privado, al desarrollo de la tecnología de las energías alternativas, especialmente solar, para la que nuestro país tiene una evidente vocación y unas condiciones sumamente favorables.

No en vano una de las primeras centrales fotovoltaicas del mundo (obtención de la electricidad directamente del sol, gracias a células conversoras de la radiación en corriente eléctrica) está siendo diseñada y construida por un consorcio de empresas públicas y privadas españolas, coordinadas por Standard Eléctrica y el Centro de Desarrollo Tecnológico e Industrial. Un área de actividad en el sector de la Electrónica en la que España puede, y debe, ir en cabeza por lo que al resto del mundo respecta. Perder ese tren sería absolutamente imperdonable en un país que, en otras áreas de actividad económica presenta perspectivas mucho menos favorables.

LA INTIMIDAD VIGILADA

JOSE MANUEL MORAN

D

e nada sirve que a diario se nos bombardeen con eslógans que exaltan esa "sociedad de la información" en la que se dice que estamos entrando de la mano de los medios audiovisuales y que abrirá las puertas al desarrollo integral del hombre, facultándole con "nuevas extensiones" para el diálogo con sus próximos. La realidad contradice palpablemente esa ilusoria propaganda, ya que asistimos al creciente aislamiento de cada individuo, que no se reconoce a sí mismo tan igual a los otros y tan al margen de ellos, en esa masa atomizada que son nuestras sociedades. Los mensajes que circulan de arriba abajo por los medios, refuerzan la soledad y afianzan el comportarse como los demás, para no caer en la patología social de esa "sociedad autovigilada" donde es más "conveniente" no destacar, ni tener una intimidad significativa, una vez que se ha asumido que los papeles estelares son pocos y están repartidos.

Es más, mientras se acumulan datos sobre cada individuo, se provoca un aumento de la insensibilidad de la administración pública ante los deseos y necesidades de beneficiarios, y las estructuras anónimas que limitan la libertad de la persona se van imponiendo cada vez más al ejercicio directo del poder. ¿Qué nos espera tras esa "sociedad mejor ordenada" a la que estamos abocados? ¿Cuál puede ser el resultado final de determinados cambios que en la actualidad sólo están empezando? ¿El orden que se persigue incidirá sólo en el campo de las necesidades materiales o limitará, por el contrario, la creatividad, el juicio, la intimidad y la libertad de los hombres, alumbrando, en último término, una sociedad burocrática completamente regulada?

Ante esos dilemas es claro que las nuevas tecnologías no bastan para alumbrar una nueva sociedad donde cada hombre se encuentre a sí mismo y a sus semejantes. No bastan, pero es imprescindible que su uso impulse su consecución en vez de frenarla. Hasta ahora, por el contrario, esas posibilidades técnicas están siendo utilizadas para aislar al individuo, centralizar y fortalecer el poder de las estructuras de dominación conocidas y acercarnos un poco más al holocausto nuclear. Ciento que todavía no existe un determinismo "duro", que la utilización de la informática está condicionada por fuerzas sociales y que la microelectrónica no determina estrictamente el advenimiento de una sociedad dominada por las burocracias y funcionando como la "megamáquina" de Mumford.

Pero cierto, también, que escandalizarse por la vigilancia de la intimidad cuando lo que está en juego es la posibilidad de esa intimidad es tan inocuo como cargar la cuenta de las nuevas tecnologías, la responsabilidad de ese problemático porvenir. Conseguir una sociedad caracterizada por la equidad, la democracia industrial y la posibilidad general de realización creativa de las personas, implica una tarea que va más allá de denunciar los riesgos de inmiscuirse en nuestras existencias. Tarea que exige una radical transformación social que desborda con creces la pretendida revolución microelectrónica.

Hablémos, pues, de la revolución hecha por los hombres y para los hombres que hay que emprender y atisbemos qué posibilidades nos abre la microelectrónica para conseguir transformar de raíz una sociedad que permite utilizar las obras e invenciones del hombre en su contra, fomentando su dominación y enjeñación. Aprestémonos a ser protagonistas de nuestra historia y desconfiemos, en definitiva, de que "el ordenador-gran hermano" esté dispuesto, capacitado y motivado para sustituirnos en ese decisivo papel.



FERNANDO SAVATER

La parábola de las vírgenes

T

ODO viene por ciclos y también todo se va por ciclos: ¿no han notado ustedes que los actores de cine, o los escritores o los artistas plásticos se mueren siempre de tres en tres celebridades? El año 1983 viene subido de vírgenes y eso que lleva sólo poco más de un mes entre nosotros. Según el calendario chino, éste es el año

del Cerdo, como hace poco nos recordaba quien mejor debe saberlo; pero yo me temo que vayamos a tener un año esencialmente mariano. Los inicios no pueden ser más prometedores. Aún está fresco el caso del joven sacerdote del Palmar del Troya que decidió ofrecer sus criadillas a la advocación local de la Gran Madre (como hace más de mil años ya hacían en Asia Menor los coribantes de Cibeles), cuando nos enteramos de que la virgen ha ganado el premio Nadal por medio del escritor Fernando Arrabal, el cual acaba de aparecerse a la CNT para comunicarles tan buena nueva. Y a Cela se le ha ocurrido

i Hemeroteca General
CEDOC

decir no sé que cosa mas bien basta sobre la santina de Covadonga y ya está de nuevo en pie el honrado pueblo astur dispuesto a iniciar la reconquista contra la morisma infiel. Desde que el inclito padre Peyton dejó de rezar el rosario en familia con los madrileños en el Retiro —la familia que reza unida permanece unida—, no se había visto revuelo semejante de celestial mujerío entre nosotros. Y eso que todavía no hemos hablado de la virgen negra de Chestokowa, que es para los sindicalistas polacos algo así como eran los encausados del proceso 1.001 para los sindicalistas españoles de hace todavía no demasiados años. De modo que cada cual debe preparar su ramo, pues no parece fácil librarse en estas circunstancias de ir antes o después con flores a María. Avé, avé...

Claro que, según la parábola evangélica, hay vírgenes prudentes y vírgenes necias, en contra de la opinión de ciertos libertinos, para quien toda virgin es necia por definición. Las



Y

de este año, empero, son de las que dan la razón a las peores sospechas de los libertinos. Tomemos uno de los casos antes mencionados como ejemplo fehaciente de lo que digo. Teniendo tanto donde elegir, hay que ser una virgin muy necia para aparecerse a Arrabal, sabiendo que enseguida lo va a ir contando por ahí de la manera más grotesca; y tampoco es prudente presentarse al Nadal en lugar de al Planeta, con cuya recompensa se pueden hacer muchas mas obras pías. Por cierto que lo de Arrabal entre lo cenetistas fue casi tan bueno y jugoso como lo de Jesús entre los doctores, sólo que Jesús según cuentan quedó mejor. Ultimamente se han dado varios casos de autoexiliado vociferante que retorna a la patria, sale tres veces en televisión, convoca una rueda de prensa y concede dos o tres entrevistas a los semanarios de mayor tirada o de mayor prestigio, todo ello para afirmar muy seriamente que hay una campaña para silenciarle, que él es un marginado sin influencias, capillas ni perrito que le ladre, pero que piensa seguir manteniendo su insobornable independencia. Después se presenta un libro, se promociona otro y al destierro de nuevo. El caso de Fernando Arrabal no es ni peor ni mejor que los demás, aunque falla un poco por carencia de medios (imaginativos) en la cuestión de efectos especiales. El hombre se empeña en que escandaliza porque dice que se le han aparecido la Virgen, Santa Teresa y Calderón de la Barca; pero lo único que escandaliza —mas bien, que da lástima— es lo cutre, repetitivo y bobo de su soliloquio. Descanse en paz. De vírgenes castradoras como la del Palmar o de otras tan ñoñas que ni siquiera aprecian el encanto de ese piropo invertido que es la blasfemia, mas vale no ocuparse: son de una necedad que es demasiado. ¿Dónde ha quedado la orgullosa Atenea, que se complacía con la diabluras audaces de Ulises en el Mediterráneo? ¿Y dónde Sofía, mediadora luminosa por la que suspiraba Plotino? Las vírgenes distinguidas nos abandonan y se nos vienen encima a manadas las de ropero y tentetieso.

Lo peor de la Virgin es que de ella se pasa enseguida al resto de la corte celestial. Y, sobre todo, a los administradores en este bajo mundo de las ordenanzas divinas. En otros países mas afortunados o más impíos (en el supuesto de que ambas cosas no vengan a ser lo mismo), la intromisión en los asuntos públicos de los ministros del Señor o de quienes se les vinculan directamente puede ser tan solo una anécdota pintoresca;

en el nuestro suele ser una catástrofe político-social de variable magnitud. En el año mariano que se nos avecina habrá temas, como el del aborto, que van a suscitar interminables discusiones científicas y legislativas, éticas y humanitarias, pero que a fin de cuentas tendrán como inevitable trasfondo la cuestión teológica. Y en teología, por definición, no cabe ponerse de acuerdo ni razonar: hay que obedecer a la autoridad visionaria instituida. Si se admite que ser persona, hombre, ciudadano o cosa semejante es una *convención* establecida de acuerdo con datos positivos, culturales y jurídicos por una sociedad determinada, quizás lleguen a desterrarse los métodos inquisitoriales de esta cuestión que tiene que ver bastante con lo social, mucho menos con lo biológico y absolutamente nada con lo penal. Pero si se trata de saber cuándo le llega a uno el dudoso regalo del alma (es decir, si hacerse «persona» viene a ser recibir un alma por vía infusa o «natural»), entonces los obispos y sus acólitos nos seguirán marcando con sus plásticas doctrinas hasta la consumación de los siglos. Y siempre, fíjense bien: *siempre*, en beneficio de la derecha sociológica (que a veces no coincide con la política) del país.

Es que nunca se hacen concesiones al monoteísmo establecido —ni siquiera en sus versiones estético-heréticas— impunemente. A fin de cuentas, el modelo-Dios de organización social es autónomo de la fe y tiene resultados, esencialmente políticos, no religiosos. Un antropólogo francés, Marc Augé, ha escrito recientemente un libro titulado «*Génie du paganisme*» que se pretende irónica réplica moderna al «*Génie du Christianisme*» de Chateaubriand. En esa obra dice «Hoy es de buen tono denunciar el sectarismo antirreligioso o anticlerical; pero habría que darse cuenta de que a la hipótesis de Dios ha correspondido siempre una organización de la humanidad —organización mental, social y política— cuyas posibilidades de adaptación y transformación son sin duda numerosas, pero no ilimitadas, y cuya coherencia puede en último extremo satisfacerse con el carácter hipotético de Dios: muchos de los que abogan por la escuela confesional no tienen como primera preocupación la salvación de sus almas». Exacto. Todavía hay despiados amables que reprochan a la Iglesia española no «tomar postura» en casos como la OTAN o las incompatibilidades con tanta energía como frente al aborto. Grave error, porque la Iglesia, con tal de mantener su influencia fundamental, es capaz de «posicionarse» sobre lo que sea. Que no ayuden mas a los laicos, por favor, que no nos den la razón ni nos la quiten. El problema de este país, o por lo menos el de más bulto, es que *haya el régimen político que haya*; siempre tenemos gente clerical en cargos políticos fundamentales. Los hubo con Franco, con Arias, con Suárez, con Calvo Sotelo. Y los hay con los socialistas. Y si mañana ganase el independentismo radical en Euskadi, con o sin lucha armada, nunca faltarán algún Periko Solaberry que haga el papel del cura con trabuco en la «Escopeta nacional» de Berlanga. ¿Qué muchos son buena gente y hasta sinceramente progresistas en ciertos temas? Pues claro: los hay excelentes, buenos, regulares, malos y pésimos, como en todas partes. Pero algunos ganarían si se les quitara la Santa Madre del fondo; y otros, felizmente, lo perderían todo. Que en España, tanto en pintura como en política, sobran Cristos agonizantes y Madonnas con angelotes. Y que el «escandaloso» y simpático *vivalavirgen* está frecuentemente mas cerca del Gran Inquisidor y su brazo secular de lo que se nos quiere hacer creer.

El cine pierde color

MANUEL GUTIÉRREZ ARAGÓN

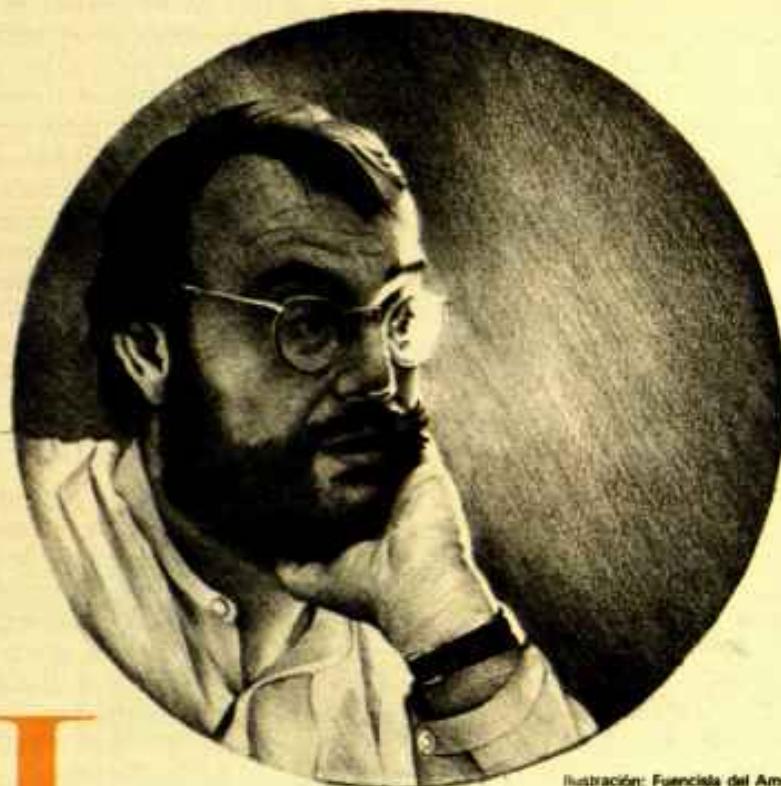


Ilustración: Fuencisla del Amo

Hoy día los milenarios duran muy poco. Cuando yo nací se iniciaba la era de las comunicaciones. La rapidez sustituyó a la intrepidez. Pero esa era —que en nuestro país no pasó de ser la *era del seisientos*— fue sustituida por la era de la informática. Durante unos años todo fue informática. Nuestra vida iba a cambiar radicalmente gracias a la computadora. Hoy tenemos encima la era del video (creo que debiéramos pronunciarlo así y no a la inglesa). Hoy todo es video. Pantallas para elegir la compra diaria, para hacer una reunión sin reunirse, pantallas para hacer un periódico...

El otro día mi amigo José María Merino —escritor de los de antes— me participaba su preocupación por el escaso tiempo que sus hijas dedicaban a la lectura. Sentía lástima de que en el universo maravilloso de las niñas estuvieran Supermán y el Extraterrestre, pero no John Silver o Gulliver. Sin embargo esta famosa era de lo audiovisual, como sustituta de la manual caricia del libro, hace mucho que empezó. Cuando nosotros éramos niños nuestros héroes ya tenían el rostro de un actor. En época de nuestros padres los héroes tenían el rostro de nuestros abue-

los. Pero pronto nos olvidaremos de que estamos en la era del video. Simplemente viviremos en la amable compañía de nuestros televisores. Como se vivía antes con un abuelo que contara historias. Con la ventaja de que este abuelo se puede desencharfar.

Mis colegas parecen estar fascinados con la cinta eléctrica. A mí me da un poco igual que grabemos nuestras películas en cinta o las rodemos con película química. No es cosa que afecte a la sintaxis del cine. En cambio me fascinan grandemente las aventuras que se montan en torno a la maldita caja electrónica. El ansia de sus adictos no consiste en tener las mejores películas, sino las más difíciles de conseguir. Más que cinéfilos son como coleccionistas pornográficos. La comunidad videómata —sociedad masónica donde las haya— se surte por unos canales tan sofisticados como los de la droga. Bruselas es uno de los centros más importantes de distribución de la mercancía. La técnica piratesca es bien simple. Entre dos sesiones de proyección —y previo acuerdo con el dueño del cine o el proyectionista de cabina, según los casos— se lleva el rollo a un taller de video. Cuando en el cine van proyectando por ejemplo el rollo tres de la película, en el taller están copiando

el uno. La cosa consiste en darse prisa para llegar con el primer rollo a tiempo de la sesión siguiente. Pero toda esta operación sólo se hace en un festival o en un gran estreno mundial. Algunos proyectionistas de Filmoteca llevan su amor al cine —Dios les bendiga— a sustraer por un módico estipendio una película de los fondos durante unas horas, las suficientes para que el videoadicto pueda copiarla en algún taller clandestino, o sea, cualquier taller. Según parece así han aparecido títulos de películas que se creían perdidos para siempre. Meritoria labor la de los ladrones de tumbas. Normalmente la película se piratea a las dos o tres semanas de su estreno. Pero las marcas se van mejorando. Por ejemplo, en un pequeño lote de cassettes supersecretas que me prestaron hace poco, venía ya *Demonios en el Jardín*, dos semanas antes de que se estrenara en Madrid. Al parecer hacía una semana que se estaba pasando en un videoclub clandestino de Móstoles.

Ahora al cine —al cine tradicional, al cine de nuestras tardes de novillos— le ocurre una nueva desgracia. Algunos grandes hombres soportan con apostura sus reveses en la política o en los negocios. Pero llevan muy mal quedarse calvos o perder un diente. Pues eso es precisamente lo que le está pasando al cine, que se está quedando calvo. El cine ha resistido con bizarra el ímpetu de la televisión y la cabalgada del video. Pero no contaba con que le traicionaran desde dentro. Porque, efectivamente, de una traición se trata. Las grandes casas —una o dos— que controlan la fabricación de película virgen no la fabrican bien, dicho sea sencillamente. Poco a poco las películas en color van poniéndose amarillentas, luego azules y finalmente se quedan como con luz de luna. El proceso es irreversible en las que ya ha ocurrido. Con las que está a punto de ocurrir se puede retener el color guardando el negativo en unas cámaras especiales a cinco grados bajo cero. Una especie de hibernación del material. Al parecer la Kodak y demás fabricantes sabían que esto sucedería, pero se callaron como putas. La cosa es que Ava Gardner, Ivonne de Carlo —la Reina del Technicolor!—, Lana Turner..., van palideciendo de día en día. Pronto se habrán quedado como estatuas griegas. Definitivamente el cine va para ruina clásica.

CINE

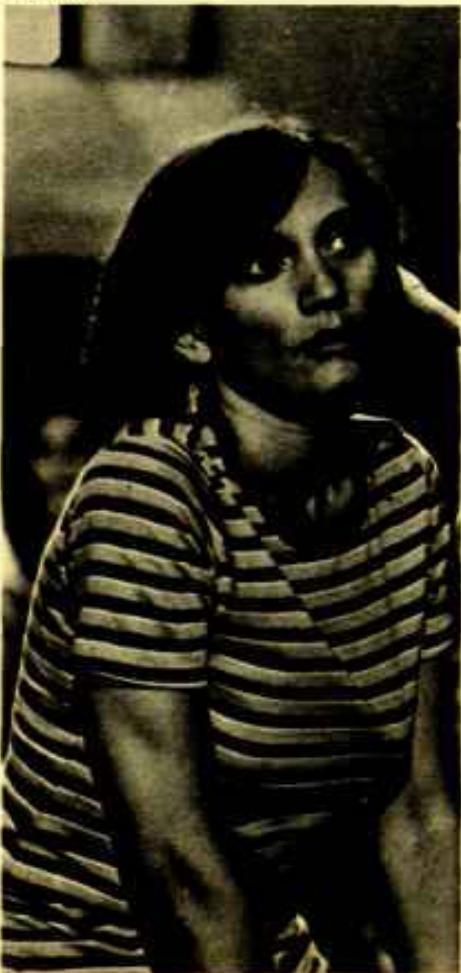
por
Vicente Molina Foix

¿Fuga de Cuenca o crimen de Madrid?

El nombramiento de Pilar Miró como Directora General de Cinematografía se inscribe en el propósito que, según varios indicios, el nuevo gobierno socialista tiene de convocar a los «protagonistas» de la cultura a la «gestión» de la cultura, y ha sido, en términos generales, bien recibido. Hay, sin embargo, algunas voces discrepantes que se han dejado oír, criticando, por un lado, la entrada en los altos despachos ministeriales de una miliciana de *infantería*, es decir, crecida en los barrizales de los platós y no bajo las aguas profundas del poder ejecutivo; por otro, en una más enrevesada argumentación, poniendo en la balanza el propio rechazo al cine que Miró ha hecho, a su marca de fábrica, en un temor de que determinadas categorías estéticas se trasluzcan y se impongan en su actuación administrativa.

Es muy español, o mejor sería decir muy cazurro, juzgar la capacidad gestora de los individuos a través de su talante social o su figuración estética. Entre los ilustrados progresistas y otros miembros de la Bohemia, quién no ha oído alguna vez, en los últimos tiempos, críticas despiadadas o temores de apocalipsis ante el rumor de un nombramiento político: «Huy, le conozco, y es insoporable. No tiene sentido del humor. Aún le gusta Raimon...». Existe, parece, entre esas personas la creencia de que el político debe unir a sus conocimientos de la materia en cuestión, las condiciones físicas y químicas de la *beautiful people*. Yo, al contrario, al político le veo, muy a tono con su pactado papel de depositario de la conciencia política del

Pilar Miró



elector, como un ser cuya oscuridad y falta de relieve social será garantía de su eficacia mediadora entre el nebuloso Leviatán de las alturas y el brillo cegador de lo individual.

Cuando, por el contrario, se encierra a un artista de variado currículum el rol de funcionario, como en el caso de Pilar Miró, la desconfianza hace presas. ¿Sabrá un realizador, alguien hecho a dirigir actores y cortar fotogramas, cortar por lo sano la corrupción del medio y dirigir a miles de extras ministeriales pagados como estrellas de Hollywood? Contestaría ya con el sabroso dicho que le oí a un catedrático norteamericano de Ecología y Sociología de la Población de visita en Londres, después de haberle dado al taxista la remota dirección a la que iba y viendo el gesto conocedor y seguro del conductor: «Toda persona que demostrara un conocimiento tan vasto de las calles londinenses, laberínticas y de nomenclatura repetida, obtendría automáticamente en la más exigente universidad de mi país un Master en urbanismo». Mutatis mutandis, un mortal que ha logrado —y encima, *de mujer*— pensar, escribir, hacerse financiar, rodar, vender, estrenar y además sobrevivir a cuatro películas en el nido de víboras del cine español, está sin duda capacitado para las más altas instancias del poder.

Dos reflexiones se me ocurren, recuperando ya el papel de comentarista cinematográfico que me corresponde. Pilar Miró, que ha tenido la suerte de hacer películas taquilleras, premiadas y vistas en el exterior, ha declarado al acceder al cargo que una de sus prioridades es hacer competitivo el cine español, no sólo dentro sino fuera de nuestras fronteras, y que eso significa «mayores presupuestos». Es cierto que nuestro cine, para perder el aceitoso pelo de la dehesa que le caracteriza desde los tiempos de Don Florián Rey, probablemente necesita más dinero, más profesionalidad y ambición. «Talento ya se ha demostrado que lo hay», dice Miró. Precisamente. Iván Zulueta, por ejemplo, demostró con *Arrebato*, película de presupuesto medio/bajo, que la sofisticación intelectual, el ingenio temático y la internacionalidad formal son posibles sin subirse a la parra: sin salir de la madrileñísima calle de la Princesa. Y conviene recordar que al lado de interesantísimas (y carísimas) coproducciones como *La Sabina*, de Borau, y películas de alto empaque de producción como *Demónios en el jardín*, los últi-

mos tiempos han deparado también obras tan premiadas y tan bien entendidas fuera de aquí como la asombrosamente barata *Dos de Alvaro del Amo* o la superfamiliar y experimental *Vida perra*, de Aguirre.

Lo cual nos lleva al segundo punto de reflexión. Pilar Miró también conoce a fondo, porque los ha transitado mucho, los bifurcados senderos de TVE. Un espejismo craso y error imperdonable sería dejarse llevar *únicamente* por la tentación del empaque y la factura refinada en la urgente tarea de colaboración entre TV y cine espa-

ñol. Hay que seguir el ejemplo —*también* en eso— de las mejores televisiones europeas, como la alemana y la italiana, a la hora de coproducir, estimulando no sólo los proyectos ponderosos, las a menudo apolilladas adaptaciones literarias de «grandes clásicos», las biografías ejemplares y otros desechos de guardarropía, sino fomentando la experimentación, la *actualidad*, la emisión minoritaria y atrevida, la incorporación de realizadores distintos y guionistas nuevos. También así se llega al exterior y se conquista público, se le ilustra y cambia.

blico peculiar, que por una vez se ve rodeado de espectadores jóvenes y nada nostálgicos.

Y se convierte en una especie de metáfora involuntaria sobre la irrupción del propio teatro de Fo en el panorama dramático actual. Resulta difícil comprender cómo las obras de uno de los escritores más vitriólicos del teatro actual han podido convertirse en fulgurantes éxitos taquilleros en locales comerciales de Londres, Tokio o Berlín. Según Fo, todo el misterio se reduce a que su teatro «habla de las cosas que le pasan a la gente: la carestía de la vida, la represión, la familia...».

Puede que sea cierto. El teatro de Fo está hecho de una amplia mezcolanza de formas teatrales populares, algunas de ellas rescatadas de una tradición centenaria, que son reconvertidas y estructuradas para dar lugar a espectáculos declaradamente comprometidos con el presente político. Son textos descarados, en los que importa menos el libreto literario que las posibilidades que ofrece un armazón abierto, y en ocasiones apenas esbozado, en el

TEATRO
por
Alberto Fernández-Torres

De la risa a la revuelta

Primero conocimos algunos de sus textos a través de los montajes de varios colectivos teatrales. Después tomamos contacto directo con él merced a una breve pero intensa visita que hizo al teatro Español de Madrid. Ahora un local madrileño ha acogido una de sus obras más conocidas. Darío Fo ya no es un extraño.

Al teatro Lara de Madrid se le conoce popularmente como «la bombonera». Es un local chiquito, vetusto, grisáceo, de cortinajes y alfombras que presentan una apariencia eternamente polvorienta y antigua, al que acuden habitualmente espectadores entrados en años, cubiertos de estolas y orondos abrigos, ideológicamente nostálgicos... La irrupción en semejante local de un espectáculo de Darío Fo —*Aquí no paga nadie*—, confesionalmente radical, teatralmente iconoclasta y desenfadado, parece talmente la irrupción de las hordas paganas en el Templo y provoca abundantes respingos de ese pú-



Dario Fo

que se apoyan las relaciones entre personajes voluntariamente farsescos.

Aquí no paga nadie —que, aunque tiene ya varios años a sus espaldas, pertenece a la última etapa de Fo— es un fiel ejemplo de ello. Se basa en una trama emparentada con formas teatrales «menores» o «plebeyas», en la que está zurcido un auténtico alegato político. Y en un ritmo dramático, marcado por la sucesión de «gags» cómicos, que camina «in crescendo». Dice Fo que la risa es como una quebradura que se produce en el cerebro, como una llavecita. «Cuando la gente llora en el teatro», ironiza, «sale encantada: "¡Jo, cómo he sufrido!". Cuando ríe, en cambio, hay algo que entra en su cerebro en el mismo momento de lanzar la carcajada.»

Aquí no paga nadie, como todas las obras de Fo, pretende promover una discusión y una reflexión políticas, algo que aquí últimamente no está de moda. Es una incitación a la rebeldía social y al sacrilegio económico, por cuanto que se ríe de la imagen sagrada del sistema: la mercancía.

El espectáculo, por otro lado, ha supuesto la resurrección de uno de los grupos más sólidos de la capital: el Teatro Estable Castellano. El montaje del T.E.C. ha seguido las pautas y casi hasta el propio decorado o los tics interpretativos de las versiones de *Non si paga, non si paga* (título original) que corren por Europa. Como es de rigor en una obra de Fo, el grupo ha procedido a un «aggiornamento» de los «gags» del texto, apoyándose en una traducción de Carla Matteini que es fiel al texto de Fo por la misma razón de que no le es fiel, ya que procura adaptarlo, como el propio Fo recomienda, a nuestras coordenadas políticas.

José Carlos Plaza ha llevado a cabo una adecuada dirección del montaje, en la medida en que intenta en todo momento eludir, a base de un acelerado «tempo» cómico, las caídas de ritmo del texto. Estas caídas se hacen a veces ostensibles porque Plaza, al revés que otras direcciones de obras de Fo, no ha tenido reparos a la hora de subrayar los pasajes más políticos y radicales del mismo. Ahí los actores (Esperanza Roy, absolutamente desatada, Nicolás Dueñas, Mayte Blasco, Ángel de Andrés y Alberto de Miguel) ceden un poco en la clave de farsa para retomarla de inmediato en el pasaje siguiente.

Se trata, en definitiva, de un Fo bien hecho.

ARTE

por
Ángel González García

Americanos

Esto se ha llenado de americanos. Y es que, por azar sin duda, han coincidido en Madrid dos notorios pintores «pop» —Warhol y Lichtenstein— y una abigarrada exposición de realistas, por así decir.



Escena del bosque. 1980
Roy Lichtenstein.

No soy yo de los que se avergüenzan de tener amigos admiradores de uno y otro, ni tampoco, desde luego, de los que dicen que estas exposiciones llegan demasiado tarde. Si hoy ya no interesa Warhol, ¿por qué habría interesado ayer mismo? Bien es cierto que un artista puede pasarse de moda —de rosca incluso— y no lo es menos que esos ajetreos de la fortuna deben tener muy poco de caprichosos; pero si ha existido tardanza o retraso o despiste en su venida, quienes deberían dar razón de ello son, obviamente, sus frustrados amantes de ayer, que tal vez sigan siendo todavía los de hoy. La decisión de la galería Vialde de cobrar-

Biblioteca de Continuo CICLO
CEDOC

les cien pesetas por su visita es, en consecuencia, intachable: el amor se paga; y se equivoca quien pretenda reconocer en esa decisión un deseo de lucro o la secreta esperanza de aliviar los gastos. Por el contrario, el precio de entrada constituye una especie de garantía o salvoconducto para el espectador. Yo, por ejemplo, achaco mi moderado entusiasmo por lo que allí pude ver al hecho de que se me franqueara el paso sin pagar.

Otro tanto podría decir del desasosiego que las exposiciones de Warhol y Lichtenstein han suscitado entre los «chevaliers servants» de la pintura, que se preguntan por qué demonios ahora, cuando la mayorá de los artistas se habían decidido a pintar y dejarse de monsergas vanguardistas, aparecen por aquí dos elementos que no pintan. Su desasosiego viene a ser, ni más ni menos, una versión melodramática de aquella desenfadada teoría del *retrazo*. Pues bien: ya que hablamos de la oportunidad «histórica» de estas dos exposiciones, y muy en particular de la de Warhol, quisiera yo presumir que es ahora, precisamente, cuando viene a cuento saber que muy bien se puede no pintar y saber que hay modos fascinantes de lograrlo. Que Warhol no pinta, lo que se dice pintar, es de sobra sabido, pero si él o Lichtenstein aciertan a *no pintar* es algo muy distinto. En el caso de Warhol, sin embargo, hemos de reconocer que el descuento de la pintura está económicamente garantizado, pues si usted le encarga una secuencia de retratos se encontrará con que color y precio están en relación inversamente proporcional: cuando mayor es el número de tintas empleado, más barata resulta la pieza.

La fobia al color, esto es: a la pintura, no puede ser más explícita y también más engañosa. Me explico: nada tengo contra los que no pintan y dejan libre su ojo para lo que sea. Tengo, incluso, cierta debilidad por los que dejando de pintar retrasan voluntariamente la pintura, como el nunca suficientemente admirado Duchamp; pero el error de Warhol, que en Lichtenstein se agrava lo indecible, consiste en su ignorancia de un método para retener las imágenes un poco más allá de la pintura. El hecho de que penalice las imágenes más saturadas de color demuestra su honradez comercial, pero también su incapacidad para controlar el corrimiento de sus imágenes hacia la pintura. Y hay algo peor: la imagen fotográfica original contiene virtualmente todos los colores desde

el momento en que se ve proyectada sobre el lienzo y esa virtualidad imperiosa no logra debilitarse en sus distintas versiones: blanco y negro, rojo y blanco, blanco y gris, blanco y blanco, etc. En la exposición de Madrid, la debilidad del procedimiento quedaba de manifiesto en la serie más sugestiva: las *cruces*. Sugestiva, claro está, si hablamos de pintura, porque si de lo que se trata es de *no pintar*, la de los *cuchillos* parecía mucho más convincente.

Esta segunda serie, así como la de los *revólveres*, ofrecía, sin embargo, otro flanco débil a la pintura: su varie-

dad, sometida necesariamente a los criterios de la pintura convencional. Y es aquí, en el sometimiento a las instancias narrativas del objeto representado, en los titubeos que la fragmentación seriada disimula, donde Warhol se tropieza con Lichtenstein y ambos, paradójicamente, con la pintura.

Hay otros americanos, pero no han estado en Madrid. La exposición de realistas que ocupaba las salas de la Biblioteca Nacional era, más que nada, un montón de carne y metal incapaz de soportar la compañía de dos extraordinarios pintores: Katz y Pearlstein.

MUSICA POP

por
Rafael Gómez

Dos en la carretera

Rosanne Cash:
Somewhere in the stars.
Ariola

Kevin Rowland & Dexys
Midnight Runners:
Too-Rye-Ay.
Fonogram

Las gentes bien-intencionadas, cuando oyen hablar de música country, rápidamente se imaginan un cantante engolado, con traje de colorines y lentejuelas, haciendo gorgoritos y sonando a pastel. La película Nashville, de Robert Altman, mismamente.

Y todo tiene su razón de ser. Porque Nashville es, desde hace mucho tiempo, el centro de la música vaquera, que produce insistente cantantes de voces preciosas pero perfectamente inaudibles por lo dulzón. Es un ambiente especial el que se respira



en los discos de Nashville, de tedio empalagoso. Esa influencia llegó hasta Bob Dylan, que con su *Nashville Skyline* hizo uno de los álbumes más tranquilos de su carrera.

Pero no todo el country se mueve en aguas tan sosegadas. Hace mucho tiempo que renegados cantantes country abandonaron el emporio comercial de Nashville y se trasladaron a la costa Oeste, a California. Allí crearon escuela de otra manera de hacer country e influenciaron a una no despreciable cantidad de músicos.

Willie Nelson fue uno de esos pioneros, y las sucesivas generaciones de músicos que han bebido de sus fuentes conformaron un tipo de música especial, el country-rock, que tiene muy poco que ver con la del cantante vaquero tradicional.

Rosanne Cash pertenece a ese grupo de descendientes que aprendieron muy bien las lecciones de los herejes de Nashville. Rosanne es hija de Johnny Cash, un señor que también sabe un poquito de música, y se le nota el oficio después de tan sobresalientes maestros.

Somewhere in the stars es el cuarto disco de Rosanne Cash, y el segundo que se publica en España. Es la típica historia de chica que ha crecido entre músicos y que hace voces y coros en los discos de otros artistas country. Hasta que un día la animan a lanzarse como solista. Y los resultados no se han hecho esperar: *Somewhere in the stars* es un disco que se oye con mucho agrado. Algunas canciones suenan a carretera. Otras son apropiadas para escuchar a la luz de la luna. Un disco muy recomendable.

Otra cosa es lo del señor Kevin Rowland, cantante de los Dexys Midnight Runners y organizador de una banda muy original. Con músicos con pinta de simpáticos barriobajeros que lo que buscan es pasarlo bien, saca unos discos que, sobre todo, invitan a bailar.

Porque esto es *Too-Rye-Ay*, música de baile amable y divertida. Pero con una diferencia: lo hacen muy bien. En este disco todavía resuenan aires soul, que para una banda inglesa y con los tiempos que corren, es todo un hallazgo.

Con una sección de viento con un gusto increíble, poderosa pero sin excesos y tocando absolutamente a tiempo bajo una férrea mano directora. Con un órgano que cuando le dejan solo se marcha hasta el jazz, la música fluye espontánea y libre. Pero no hay engaños. Detrás de esa facilidad

y frescura hay muchas horas de ensayos.

Estos músicos han mamado muchas influencias hasta hacer su síntesis. Desde los toques negros del soul y unas gotitas de jazz, hasta la versión edulcorada en las islas británicas del reggae: el ska.

MUSICA CLASICA

por
Alvaro del Amo

¿Cuántos lados tiene un cuarteto?

Joseph Haydn,
Cuarteteros de cuerda,
Cuarteto Amadeus,
Deutsche Grammophon,
álbum de 14 discos.

Dvorák,
Cuarteto americano;
Mendelssohn,
Cuarteto de Cuerda Op. 12,
Cuarteto Orlando, Philips

¿Por qué la gente, en su casa, en su cámara, prefiere, en general, la sinfonía al cuarteto de cuerda? La intimidad, ¿requiere grandes masas orquestales? ¿Acaso el hogar de hoy soporta mal la intensidad?

El Cuarteto Amadeus ha recorrido la recta final de los cuartetos de Haydn (1732-1809), descubriendo sus tesoros con un asombro que no ha empañado la fidelidad y el sobrio empaque de su estilo. La extensión de este soberbio tomo, cuya abundancia no emborrona los brillos de cada pieza ni los méritos de cada fragmento, se alza como un monumento diseñado, interpretado según los equilibrios y la grandeza del clasicismo, que no radica tanto en lo fabuloso de su tamaño como en lo acabado de su ejecución. Un cuarteto de cuerda no es un grupo escultórico, ni siquiera una miniatura; se parece más a una caja o cajita de resonancias.



Joseph Haydn

Las cuatro voces (violín primero, violín segundo, viola, violonchelo) es posible situarlas en lenguas distintas, resultando una doble duplicidad de opiniones. Adentrándose en los cuartetos de cuerda de Haydn uno llega a pensar, de la mano del Amadeus, que es también muy probable que la conversación de instrumentos en principio afines tenga lugar en el interior de un único cerebro. Una mente privilegiada que hubiera prescindido del gusano reiterativo de la obsesión y que atendiera a la simultaneidad de un impulso que esboza una idea, un acorde que propone varias variantes, un recuerdo que anima a volver o a huir, un proyecto que se va abriendo paso ante la resistencia o el entusiasmo de las otras bridas, de las demás cuerdas. Cada cuarteto asoma así como un ejercicio de meditación en la acrobacia del tiempo ideal: soledad: la memoria fluye, la voluntad puja, la imaginación emprende el vuelo, las rodillas cambian de postura.

El Cuarteto Orlando, de reciente composición, concibe el Cuarteto de Cuerda como un grupo, familiar o no, bien avenido. Cuatro energías dedicadas a conseguir una obra común, lo más delicada, diáfana, armónica que resulte posible. Loable objetivo que unas veces se logra y otras no. Un cuarteto de cuerdas puede llegar a ser un terreno inhóspito donde una doble pareja de desesperados se reprochan tanto la particular congoja de cada cual como su insalvable dificultad para entenderse. No es éste el caso. El contraste entre ambas caras del disco resulta por igual la partida de cartas de un juego complicadísimo desgranado por una reunión de inteligencias que dejan a un lado, por una vez, su gusto por la destrucción.

El Cuarteto Americano de Dvorák es una obra de lo que se entiende por madurez: distancia que permite el lujo carísimo de contemplar las cosas y las melodías no en la furia, la mezcla y la opacidad de la inmediatez, sino en el poso, el reposo que, si se dispone de la necesaria paciencia, dejan los años. Y el compositor checo encuentra y saca a la luz ocultas concomitanías entre temas de su patria y aires de los Estados Unidos de América, país que le acogió y donde desempeñó, entre 1892 y 1895, el cargo de director del Conservatorio de Nueva York.

El Cuarteto en Mi bemol Mayor de Mendelssohn ofrece la densidad de un autor que no tuvo tiempo (entre 1809



y 1847) de alcanzar reposo ni madurez, siendo capaz, en menos de cuarenta años, de ultimar una obra abundante que, preparando una apoteosis

que la muerte le negó, aparecen hoy como un jardín que escondiera, en la misma blandura de su disposición, una selva frondosa. Sin explorar aún. Ni el jardín ni la selva que el jardín probablemente encierra. De ahí que este Cuarteto disponga de los resortes de la sorpresa. Orlando descubre lo que estaba ahí, indicando que la estatuilla que parecía de porcelana falsa se construyó en su tiempo con bronce. Como una repisa que, degradada a soportar una hilera de fotos de nietos que proliferan de día en día, esperara el momento de albergar nada, para que pueda apreciarse al fin el curiosísimo motivo que adorna la superficie horizontal de la madera.

TELE VISION

por
Rafa Chirbes

Otro sarcófago para el cambio

En cierto momento de una narración de Josep Pla que lleva por título «Un viaje frustrado», los protagonistas navegan surcando la noche y la tempestad. El mar bravío golpea la frágil embarcación y los farallones de la costa son sombras amenazadoras. Tras muchos esfuerzos, los marineros (el propio Pla y un pintoresco amigo suyo) consiguen arribar a una zona al abrigo del temporal. Un paraje que el lector imagina desconocido. ¿Adónde no pueden arrastrar el viento y el agua en la noche tempestuosa? De repente, Pla describe cómo se acercan «al pino enorme que cae sobre la caleta» y, mientras atracan, aparece frente a ellos una luz: la casa de Xicu Caló. El Mediterráneo es para el escritor catalán algo así como un salón conocido; y la



noche cobra el ambiente de una amistosa tertulia de café. El mundo es breve y sin misterios. Cabe alrededor de una mesa camilla. Todo está en orden.

Prado del Rey viene a ser para el telespectador lo que el Mediterráneo catalán era para Josep Pla: una especie de anti-Odisea, en la que cada cosa posee el perfecto y necesario tamaño, que en este caso es el de una infrahumanidad descerebrada, suburbial y de una estupidez presupuesta. Uno llega a pensar que si televisión española ofreciera inteligencia, los cimientos de España se resquebrajarían. Cualquier impetuoso torrente de buenos propósitos enunciados (¡el cambio!, ¡que viene el cambio!) corre el peligro de convertirse en apacible lago (o en fétida charca), al desembocar en TVE, un petrificado bosque al que sólo parece acceder quien se deja vampirizar por la borde tontería que emana de los focos aparcados en la esquina de sus platós.

Si uno fuera poco exigente con los amigos, elegiría TVE como amistad suprema, habida cuenta de que nunca traiciona. Sus cambios son, más que perfidias de esposa infiel, coqueteos de colegiala. En esta aldea —que diría el poeta— está prohibida la sorpresa. Se pulsa el botón del aparato y, a ojos cerrados, se adivina que ha de aparecer Rafaella Carrá y que después vendrán Albano y Romina Power. En el entreacto, la presencia insustituible de Pajares, Esteso, Hermida, Iñigo, o qué más da. El pino grande sobre la caletera y la casa de Xicu Caló.

La presencia de abortistas, nicaragüenses, homosexuales (nuestra presencia) en la caja sin sorpresas parece —sigue pareciendo— más bien la zanahoria que ha de hacernos soportar el constante apaleo. Una gota en el mar, un grano que no hace molino. Los fachas opinan que el mejor rojo es el rojo muerto. Es una brillante idea aplicada a la televisión: mantiene el tipo quien no aparece. Prado del Rey es un implacable Saturno que devora no sólo a sus hijos, sino también a la madre que lo parió. El banquete nos cuesta carísimo a los contribuyentes. El mejor programa —excepción del cine y de algunos (escasos) reportajes— sigue siendo el que ofrece en el comedor quien, harto de miserias prehumanas, toma la artística decisión de desconectar el aparato. El silencio del televisor continúa siendo su más grata voz, y la ceguera, la que permite gozar de su más hermosa imagen. Como los rojos para los fachas: la mejor televisión es la televisión muerta. El más

apetecible televisor en color, el que lleva un hacha clavada en el centro de su pantalla. Y toda buena revista ha de preciarse de ofrecer una espléndida sección de televisión en la que se anime —tenazmente, número a número— a los lectores para que abandonen el incalificable vicio de la telespectación.

Si el gobierno socialista tuviese deseos auténticos de cambiar el Ente (¡qué hermosa definición se han dado ellos mismos!), habría comenzado por ordenar una sensata tregua. Último parte de guerra («Cautivo y desarmado»), armisticio, suspensión del bombardeo sobre la indefensa población civil y poderosa campaña de desratización. Por desgracia, no ha sido así. Po-

del Rey. El cambio es un hueso muy duro. El Ente no cambia: absorbe y transforma a cuantos caen en la tentación del medio. A lo mejor por culpa del maquillaje, Ana Belén ha empezado a parecerse a Rafaella Carrá y Barriónuevo (ese que tiene tan curiosa concepción del cambio) emite unos extraños sonidos que se parecen bastante a los que emitía Fraga años atrás, cuando la calle era suya y publicaba diarios psiquiátricos de estudiantes «suicidados» por la policía franquista. El señor Fraga de hoy (con sus manos manchadas de sangre, según confesión propia) ladra menos que Barriónuevo y se acoge a la ley antilibelo, cosa que no podía hacer el estudiante «suicida-



derosos compromisos de Robles Piquer, de la vieja y mohosa administración, zarandajas infinitas, han llevado a curiosas paradojas, nada sorprendentes en el país del muero porque no muero. Mientras Felipe González discute con Gabriel García Márquez la situación latinoamericana, «Trescientos millones» continúa bombardeando a los televidentes de tan machacados países con destacados valores nuestros: Francisco o el bohemio y soñador Quijote Julio Iglesias, que se conforma con pan y un vasito de vino.

Mil novecientos ochenta y dos se cerró con los pertinentes anuncios de Coca-Cola y Nescafé. El ochenta y tres se abrió esperanzador con la publicidad de Marie-Claire. Un principio de credibilidad, sobre todo si tenemos en cuenta que después vinieron los pasodobles, el maestro Algueró, Manolo Escobar y José Luis de Vilallonga, que no sabe uno —alejado recientemente de las revistas del corazón— si se habrá hecho ya del PSOE.

No basta la llegada de alguna serie francesa, inglesa o neozelandesa al corrillo de los yanquis llamado Prado

do por dos motivos: el primero y principal, porque estaba muerto; y el segundo, porque entonces no se estaban estas leyes.

Ahora, el señor Fraga queda espléndidamente en la tele —es un medio hecho a su medida—, porque, con el parlamentarismo, ha sufrido una evolución semejante a la de la burra de Balaam: ha echado a hablar. Los recién llegados, en cambio, corren el riesgo de sufrir también lo que le ocurrió a la mentada burra bíblica un rato más tarde: que después de haber hablado, volvió a su primitiva condición de burra, al continente del rebuzno. Prado del Rey es un espacio muy propicio para lanzar el primer rebuzno. En su historia hay un largo empedrado de mutantes. Se trata de una actitud que uno no es quién para condenar, aunque sí pueda permitirse el lujo de no entender ni compartir. Al fin y al cabo, uno sigue viendo la tele —y la vida— con los mismos ojos que miraron el mayo del sesenta y ocho y, en una revista con el nombre que ésta ostenta, sólo puede decir lo que ve: o sea, que era un tonto y la vida lo ha hecho diez tontos.

VIAJES

por
Ana Pueytolas

Castellón

Tierras sin nombre

Un aparatoso accidente que ni tan siquiera alcancé a ver nos obligó a desviarnos por carreteras secundarias. Estaba yo en esos momentos —era el último de cuatro días de kilómetros por caminos estrechos y tortuosos— encantada de que existieran las autopistas, sumergida en esa especie de borrachera cálida que proporcionan las amplias y rectas pistas de asfalto y el desvío me produjo una clara irritación. La carretera por la que ahora transitábamos en apretada fila se curvaba sin ninguna consideración, tenía los bordes carcomidos y más desniveles que

una montaña rusa, situación nada reconfortante a la que se añadía mi dudosa pericia en materia de conducción y un cierto cansancio acumulado.

Con tan poco alentador panorama cruzamos, después de dar más vueltas que una peonza, Cabanes —a unos trece km. de las playas de Oropesa—, nos dirigimos al sur en línea recta y torcimos de nuevo hacia Villafamés después de consultar el mapa y decidir, vistas las circunstancias, un cambio radical de nuestra ruta: nos llegaríamos a Teruel por la carretera comarcal que la une con Castellón, la más directa sobre el papel y con el aliciente de ser para mí desconocida. Villafamés, desierta a esas horas del mediodía, roja como tierra recién abierta, se presentaba como un aviso que nosotras, fascinadas por su belleza, no fuimos capaces de advertir.



Trepamos por sus calles, nos acercamos hasta el museo haciendo acojo de todo nuestro espíritu viajero, buscamos la casa de un antiguo amigo: nada fue posible. Las puertas cerradas, las calles abandonadas, el pueblo entero parecía un decorado fantástico especialmente dispuesto para nosotras. Lo mejor que podíamos hacer —pensamos— era continuar el camino y dar con la carretera comarcal. Unos carteles anunciando que Teruel se encontraba a unos 130 km. de distancia calmaron un poco nuestro ánimo: en menos de dos horas descansaríamos en una habitación de cualquier hotel y al día siguiente nos dirigiríamos tranquilamente a Madrid.

El primer tramo del recorrido no hizo más que confirmar nuestras esperanzas: la carretera se hallaba en perfecto estado, la circulación era escasa. Alcora, subida en un cerro, industrial en sus partes más extremas, llegó a despertar nuestro interés evocando aquella fábrica de loza que fundara el Conde de Aranda a mediados del XVIII. La situación, en fin, se estaba recomponiendo.

Era, además, un día de otoño, despejado, con un cielo limpio que no podía traer nada malo. Pensado esto, la carretera se estrechó súbitamente y empezó a trepar como si tratara de alcanzar el mismo cielo radiante. También, casi por ensalmo, los coches que nos habían acompañado hasta el mo-



mento desaparecieron nada más cruzada la población. De todos modos, tan ocupada estaba en retorcer el coche siguiendo la línea marcada por el asfalto que ni tiempo tuve para reflexionar sobre el extraño hecho. Un monte sucedía al que acababa de salvar y las alturas se continuaban hasta donde me era imposible ver.

Lucena del Cid, encaramada en la cima rocosa de una montaña, rodeada de barrancos, accesible tan sólo por donde la carretera estaba trazada, además de bellísima con su plaza soportalada y su iglesia barroca, me pareció el fin del mundo, aunque tuve ocasión de comprobar ese mismo día que había otros aún más solitarios. Después de una breve parada para el imprescindible bocadillo y un vaso de vino sólido y negro, proseguimos el accidentado y ya definitivamente desierto camino. Sobresaliendo por encima de las últimas cumbres, un pico que luego identifiqué como Peñagolosa, la altura máxima de la zona.

En esos momentos sólo podía observar la soledad de las tierras rojas, cubiertas en parte por plantas aromáticas y matojos desconocidos. Una soledad que, llegué a temer, nos había apresado impidiendo nuestro avance. A la derecha, calculé, se extiende el Maestrazgo, aferrándose a los lugares conocidos; pero nuestros campos ressecos y accidentados no tenían siquiera nombre. Los escasos pueblos que cruzamos —Castillo de Villamalefa entre peñascos, Cortes de Arenoso, semicubierto en una empinada ladera, confundido con la tierra— parecían haber sido abandonados hace siglos. Los carteles —a Teruel 95, a Teruel 90, a Teruel 80— nos devolvían periódicamente a la realidad —alguien, pensábamos, los habría en alguna ocasión colocado— al mismo tiempo que negaban el acortamiento de las distancias. Intentamos distintos recursos que se mostraron ineficaces: consultar el mapa temiendo haber vuelto, sin darnos cuenta, sobre nuestros pasos, poner música, recordar canciones del pasado. Tan sólo la tierra roja semejante a sí misma en distancias nunca más medibles por kilómetros.

El sol se estaba poniendo cuando llegamos a Teruel. Habían transcurrido cerca de cinco horas y durante más de cuatro no nos cruzamos con un solo coche, ninguno nos adelantó ni nos dio ocasión para hacerlo nosotros. Tampoco nadie, a pesar de las muchas explicaciones, nos ha creído esta historia nunca.

LIBROS

COMIENZA el año con un pequeño alud de interesantes traducciones en el dominio de la narrativa. Para empezar, dos excelentes novelas de William Faulkner publicadas por Seix Barral: *Sartoris* (1929) e *Intruso en el polvo* (1949), la primera de ellas vertida por José Luis López Muñoz, sin duda el mejor traductor castellano del autor de *El Sonido y la Furia*. La aparición de las *Cartas Escogidas* de Joyce (Editorial Lumen) y *La habitación enorme*, de C.C. Cummings (Alfaguara) constituyen otros dos acontecimientos literarios de esta temporada. El retorno del soldado, recientemente publicado por Argos Vergara, es un avance del revival de Rebecca West en España tras su espectacular redescubrimiento en el Reino Unido durante el pasado año. Entre las obras editadas de narradores anglosajones de ahora mismo destacamos la publicación de *El Diciembre del decano*, de Saul Bellow (Plaza y Janés, traducción de Jesús Pardo), y la interesante novela de la escritora sudafricana Nadine Gordimer *El conservador* (Tusquets).

En cuanto a narrativa española, y dejando aparte la reedición de la *Vida Perrera* de Juanita Narboni de Ángel Vázquez (Planeta), merece la pena resaltar la aparición de la primera novela de Jesús Pardo *Ahora es preciso morir* (Seix Barral) y los *Cuentos del reino secreto*, de José María Merino (Alfaguara). En el terreno de la narrativa femenina Alianza Tres rescata en castellano un antiguo (1936) y hermoso texto de Mercé Rodoreda —*Aloma*— y Seix Barral publica en dos tomos los *Diarios de Rosa Chacel*.

La casa de los espíritus (Plaza y Janés), de la chilena Isabel Allende, constituye el más importante descubrimiento de la narrativa latinoamericana en lo que va de año. Además, conviene señalar la reedición de la enorme novela de Guimaraes Rosa *Gran Sertón: Veredas* (Seix Barral) —que pasó casi inadvertida en 1967— y la aparición del compacto tomo de la *Narrativa Completa* de Ernesto Sabato (Seix Barral), con un corto pero sustancioso prólogo a cargo de Pere Gimferrer.

Mención aparte merece la nueva colección de Poesía/Cátedra, dirigida por José Miguel Ullán, cuyas dos primeras entregas —*Mandorla*, de José Ángel Valente, y *Una apariencia de tragaluz*, de Jacques Dupin— constituyen casi una declaración de principios de por dónde van a ir los tiros en cuanto a rigor y calidad de selección. En el campo de la poesía señalamos también *Diwan* del sueco Gunnar Ekelöf (1907-1968), publicada en Alianza Tres, y una nueva edición de la imprescindible *Una temporada en el infierno* de Rimbaud a cargo de Ramón Buenaventura (Ediciones Hiperión).

Nuestra selección crítica de este mes se justifica por sí misma. El teatro de Strindberg —traducido también por el infatigable Jesús Pardo— merecía hace tiempo una buena edición española; la *Obra Poética Completa* de Vallejo supone la edición ordenada de la poesía de uno de los genios líricos de nuestro tiempo. En cuanto a las novedades absolutas hemos elegido la importante —y divertida— novela de Umberto Eco y el bello, entrañable relato de Rafael Sánchez Ferlosio. Con la reseña de *Pensamiento Iberoamericano*, por último, hemos pretendido, sobre todo, saludar la aparición de una importante revista económica especializada en lengua castellana.



Crisis de la planificación

Venida al mundo de la mano de Juan Velarde y asistida en tal acontecimiento por la CEPAL y el Instituto de Cooperación Iberoamericana (amén de un sinfín de patrocinadores honoríficos y revistas asociadas), la aparición de Pensamiento Iberoamericano pretende, desde una perspectiva progresista, contribuir, semestralmente, al intercambio intelectual sobre temas económicos y sociales de interés para el área iberoamericana.

Puede que en un primer momento su interés se asocie al atractivo de su cuidadísima y espléndida confección y a su utilidad bibliográfica (puesto que no sólo se incluye un variado conjunto de reseñas temáticas sobre los trabajos más relevantes publicados recientemente a uno y otro lado del Atlántico, sino también el resumen de gran cantidad de artículos aparecidos en los últimos números de más de cien revistas especializadas de las que se ofrecen sus respectivos índices).

Además de ello, creo que también tiene interés el tema central de cada número por ser en torno al mismo como se quiere articular ese proyecto de intercambio intelectual. En el primero de ellos, dicho tema era el retorno a la ortodoxia que, como podrá imaginarse quien no lo haya leído, dio lugar a un apasionante debate: mientras Fuentes Quintana ejercía doctamente de martillo de herejes («hasta que la heterodoxia tenga respuestas claras, hay que procurar que la gente viva mejor, que realmente resuelva sus problemas

en el momento presente y que lleguemos con el menor coste posible a ese milenio en el que haya respuestas heterodoxas») y Luis Angel Rojo reconocía humildemente su condición y perspectiva europea, los colegas latinoamericanos recordaban las urgencias de su realidad, donde son más crudas las pesadas huellas que va dejando tanto ortodoxia y tanta miseria. Debate agorero de las dificultades de entendimiento ante realidades tan dispares pero, de cualquier manera, también ilustrativo del pluralismo que pretende el proyecto.

En el segundo y último número aparecido el tema central es el de la crisis y vigencia de la planificación. Crisis, porque las experiencias de países como Venezuela, Brasil, Méjico... y también España, ofrecen un balance que en opinión de García D'Ancua (quizás el más interesante de los trabajos presentados junto con el del catalán J. M. Vergara) es quasi-frustrante debido tanto al carácter exclusivamente normativo de lo que irónicamente califica de «plan-libro», como a los contextos sociales llenos de desigualdades y escasa articulación social que han impedido el necesario consenso de los principales protagonistas sociales.

Paradójicamente, este balance, dicen varios autores, no debe cuestionar la vigencia de la planificación porque de hecho —y nos centramos en España— en los últimos años se han ido imponiendo elementos que requieren de la planificación (PEN, plan de modernización de las FF.AA., trienal de viviendas y de conservación de carreteras,...). La defensa que de ella hacen tanto E. Barón como R. Tamames decepcionará a más de un lector español porque el planteamiento normativo en torno a la planificación concertada (término que figuraba en el segundo epígrafe del reciente programa electoral del partido en el Gobierno) no corre parejo con una referencia a los mecanismos públicos de regulación económica que se supone deben permitir al Estado acometer con éxito las tareas del desarrollo. Porque identificar el Plan con la reducción de incertidumbres es sólo una parte de la historia; la otra creo que es entenderlo como la necesaria garantía de que las salidas a la crisis puedan ser enriquecedoras para la gran mayoría de los ciudadanos.

Entre un cambio de gestión o una gestión para el cambio, la planificación siempre tendrá, como señala Aníbal Pinto (director de la publicación) una

triple amenaza (o coartada, según las suspicacias de cada cual) de quedar reducida a un documentado conjunto de fascículos: las muchas urgencias coyunturales, la embestida ortodoxa contra el Estado y, también, cierta disposición defensiva y hasta vergonzante de quienes en tiempos no lejanos eran sus más tenaces propulsores.

Antonio Massieu

Pensamiento Iberoamericano. Revista de economía política. Instituto de Cooperación Iberoamericana. Madrid, 1982.

El huésped de la dignidad

Dos novelas —*Industrias y andanzas de Alfanhuí* y *El Jarama*— fueron suficientes para que la crítica considerase a Rafael Sánchez Ferlosio como prosista excepcional. El juicio se hizo topical y el topical alcanzó la categoría de mito. Tanta fue la magnificación del artista, que probablemente él acabó por sentir miedo y se sumergió en un silencio oscuro, por lo visto habitado por manuscritos recorregidos y rotos.



Una historia parecida a la de Juan Rulfo. Durante más de veinticinco años, Ferlosio ha mantenido un silencio sólo quebrado por artículos primorosamente escritos, por breves narraciones en las que reina la sintaxis (es decir, la escritura). Cada vez que Ferlosio abre la pluma, se convierte en noticia. Ahora anuncia la inminencia de una novela. La crítica aguarda expectante.

Biblioteca de Comunicación
CEDOC

Entre tanto, ha aparecido este «huésped de las nieves», que es un cuento escrito para los niños y que sólo sabrán gozar del todo los mayores, porque

—volvamos al concepto— da la casualidad de que está escrito: es decir, de que se recrea en un lenguaje no por sencillo fácil, y construye las frases con esmero y llama a cada cosa por el nombre que le corresponde. Un quehacer que en España de postguerra emprendió la generación que entonces era joven y hoy ha madurado, o muerto, y que ya nadie ha querido molestarse en continuar. Han llegado otras modas más fáciles y brillantes. La América del Norte (no la cálida de Carpentier y Lezama) ha distribuido una literatura rasa, rápida, de *cut-up* y frase cortante, hecha para ejecutivos de atención dispersa. Desde entonces, la frase que busca morosamente el sentido profundo de lo humano ha quedado definida como pura retórica: retóricos Cervantes, Santa Teresa, Gracián y hasta Martín Santos.

En este momento, escribir como lo hacen Ferlosio y Carmen Martín Gaité; como en su día escribiese Ignacio Aldecoa, es una lección moral, que no encuentra su justificación sólo en el estilo, sino que se ahonda en lo que la crítica tradicional llamaba contenido. *El huésped de las nieves* narra una historia sencilla: del tamaño de lo cotidiano, si es sencillo lo cotidiano. La apuesta es ética, porque los tiempos juegan en otra mesa y de la mano del estilo roto arrojan textos maravillosos, en los que la brillantez de la fantasía agota al lector, a bombo y platillo, en un circo incansable que poco o nada ha de ver con la angustia del hombre de hoy. En el cuento de Ferlosio no hay hadas, ni gnomos, y nadie encuentra el arca perdida o se hace amigo de un marciano. Allí, en esa casa bien construida por la palabra que busca su trabazón exacta, únicamente viven hombres y, más allá de la casa, está el pueblo y, después, el bosque poblado de animales que se comportan como tales. A Ferlosio no le gusta el presente y es huésped de un refugio que tal vez tampoco tiene mucho que ver con el pasado real, pero que es innegable castillo de honradez. Quien dé más, que arroje la primera piedra.

Rafael Chirbes

El huésped de las nieves. Rafael Sánchez Ferlosio. Ilustraciones de Ricardo Bustos. Ediciones Alfaguara. Madrid, 1982.

A fuerza de puños

Esas noches frías en que el mundo y los otros permanecen opacos, incomprendibles, y renacemos, gracias a algunos libros, aunque nos hagan sufrir un poquito, quizás por eso mismo los amamos. «Me siento mejor porque he leído a Strindberg... No lo he leído por leerlo, sino por apretarme contra su pecho... ¡Esa furia, esas páginas conseguidas a fuerza de puños!». Kafka tiene siempre la capacidad de adivinar mi pensamiento, será por aquello de los «neuras», tal vez, en definitiva, ya sólo podamos entendernos de neurosis a neurosis.

Y, con neurosis y a puñetazos, entra en la vida nuestro autor. Marcado



desde su infancia por el síndrome del desclasado social, hijo de la sierva que abandona sus estudios universitarios por falta de recursos, trabaja desde actor teatral hasta telegrafista; casado y divorciado tres veces, con seis hijos de sus respectivos matrimonios; artista por todos sus sentidos: melómano y pintor, ensayista, poeta, novelista y autor teatral. Buceador de verdades, desde la psicología experimental y el darwinismo al naturalismo; desde la hipnosis y la alquimia al misticismo. Que busca incansablemente en su vida «llena de amor y sufrimiento» su verdad, una verdad que le sirva, a pesar de su carga de complejos. Y no la encuentra. Y gritará a Dios en su Testamento Espiritual que le tienda una mano a «quien tanto ha sufrido por no haber podido ser aquel que yo quería».

Si su vida es una batalla continua, su obra es la condensación violenta y desnuda de esa lucha. Atormentado por las consecuencias de la liberación de la mujer en Suecia, opone su «misoginia» como la otra cara de la moneda del teatro de Ibsen. En busca de sí mismo, sin aceptarse nunca plenamente, tampoco acepta a «la otra», de la que espera todo, y, frustrado, la repudia, la ataca, la teme. Se trata de una guerra, una guerra feroz entre los sexos, en la que —darwinista convencido— sólo triunfará el más fuerte. El hombre del teatro de Strindberg (cargado de rasgos autobiográficos) sufre porque no le dan el amor que él desearía; teme la competencia profesional femenina, como el pintor Axel de *Los Camaradas* que ha ayudado a triunfar a su mujer y ella lo desprecia, considerándole inferior; llora, reivindicando la sensibilidad para los hombres, con el capitán en *El Padre*, y analiza el matrimonio como un mero contrato mercantil: «Ha vendido barato su derecho de progenitura a cambio de que el hombre la mantenga a ella y a sus hijos», pero ella se aprovecha y le destruye. En *La Señorita Julia* la lucha de sexos se funde con la de clases y de la brutal batalla sale triunfante el más fuerte: Jean, el criado, «es la ventaja que tiene el siervo sobre el caballero: que carece de ese prejuicio peligroso para la vida que es el honor». En *Los Acreedores* es la mujer vampiro, mediocre, que absorbe lo mejor de sus dos maridos para terminar destruyéndolos.

En sus obras menores, Strindberg, maestro del diálogo esencial, la concentración descarnada, la síntesis trágica, aprovecha las nuevas ideas del

Hemeroteca General
CEDOC

Teatro Libre, reduciendo sus piezas teatrales a un solo acto. Los temas son los mismos: madres egoístas que utilizan a sus hijas; padres generosos que dan su vida por ellas; pleitos de divorcios kafkianos, celos...

En definitiva, Strindberg nos habla de un hombre distinto: bueno, artista, generoso, sacrificado, noble... que es manipulado y devorado por la mujer. Antiguo mito de la mantis religiosa. A pesar de estar en franco desacuerdo con la generalización de esta tesis, creo que la denuncia que hace del matrimonio, por la crudeza con que lo plantea, y su acusación a la mujer, que ejerce un extraño dominio sobre el hombre para conseguir, a través de él, lo que ella misma no puede realizar, ponen el dedo en muchas llagas de las que no nos es cómodo hablar.

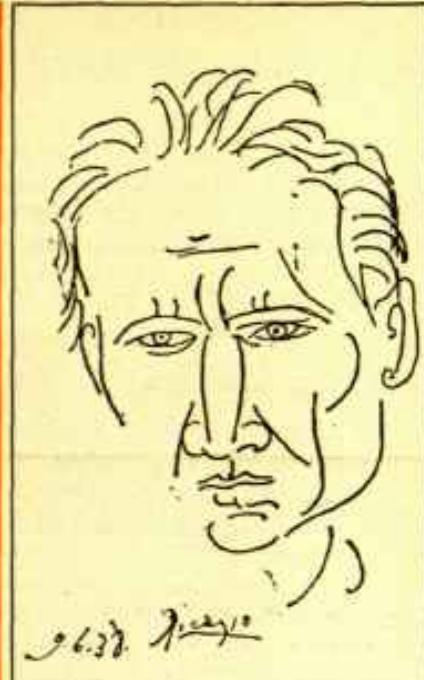
El teatro leído no suele tener muchos adeptos, pero la excelente traducción, la violencia y agudeza de las piezas de este primer volumen, me hacen recomendarlo y esperar ansiosamente el segundo. Por ahora, refugiémonos en su pecho, que si no acogedor, sí nos ofrece veracidad y fuerza.

Isabel Romero

Teatro contemporáneo I, de August Strindberg. Traducción y notas de Jesús Pardo. Bruguera. Libro Amigo. Barcelona. 1982.

Pasión por Vallejo

Nació César Vallejo a la sombra del mito, en los últimos años de un siglo que comovía el mundo entero menos su Santiago de Chuco, apartado, encerrado en la sierra peruana —una sierra que no tiene comparación posible con las europeas, una sierra que es cordillera gigantesca, alturas impracticables, morada de indios que permanecen pegados a tierras, militante ignorantes de la civilización que les ignora más allá y más acá de su propio continente. Nació «mirando al cielo» y luego, como aquel Pedro Rojas de sus versos, «creció, se puso rojo y luchó con sus células, sus nos, sus to-davías, sus hambres, sus pedazos». Viví —mal vive— en Trujillo y Lima, escribe sus primeros poemas, publica *Los Heraldos Negros*, *Trilce*, un volumen de cuentos y una narración breve, y sueña con ir a París, la meta de todos los poetas que en estos años y en estas tierras han sido.



César Vallejo por Picasso

En el París de 1923 exponen los cubistas sus cuadros intentando descomponer en triángulos interrumpidos el mundo; Aragon, Eluard y sus amigos preparan el primer manifiesto surrealista; Gertrude Stein abre sus salones de la rue de Fleurus y desciende a los sótanos de Montmartre en busca de nuevos mitos. En el París de 1923 Vallejo pasa hambre a chorros, escribe artículos de encargo, lucha con la vida y la muerte, reclama una sola piedra en que sentarse y predice su agonía mientras pasea por los Campos Elíseos. Muy de vez en cuando escribe unos poemas que nunca publicará. Son los años 20: el mundo entero se estremece, la revolución de los soviets en Rusia da sus primeros pasos, los cénculos literarios y artísticos de Europa lanzan proclamas de guerra y de paz. César Vallejo deambula entre los castaños frondosos de París, fuma cigarrillos en el Café de la Regencia, viaja a Rusia y un día sin fecha, un día de los días en que le viene «una gana ubérrima, política / de querer, de besar al cariño en sus dos rostros» se enamora apasionadamente de la revolución bolchevique.

Tan apasionados como su amor, agarrados a la cerilla usada que Vallejo llevaba en su bolsillo siempre, al pie de esa tumba en que no cabe el llanto, los poemas viven como lo hacen esos muertos inmortales de sus versos, laten con la fuerza de los «poderosos débiles» que los inspiraron. César Vallejo, «le pegaban / todos sin que él les

haga nada», poeta ignorado en vida, desconocido en la muerte, apenas publicado en esta tierra que tanto amó, sus versos son testigos de una vida que es la del hombre, «de la soledad, la lluvia, los caminos...».

Nota: La edición de Alianza Tres, que recoge la Obra Poética Completa, sigue la de Mosca Azul Editores, Lima, 1974, considerada la más fiable y con la ordenación de poemas más admitida. El prólogo, de Americo Ferrari, profundo conocedor de la obra vallejiana, será de utilidad para comprender sus aspectos más críticos, así como la evolución del poeta. Existen, que yo conozca, otras dos ediciones españolas de la obra completa de Vallejo, la de Laia y la de Barral, edición crítica preparada por Juan Larrea, imprescindible, como ésta que acaba de salir, para todos los adictos a Vallejo.

Ana Puertolas

Obra Poética Completa. César Vallejo. Alianza Tres. Madrid. 1982.

Eco gótico

Hacia el año 1327 la sociedad medieval iniciaba su lento declinar. Las ciudades acrecentaban, moneda a moneda y no sin duras luchas, su poderío político y económico socavando los privilegios feudales de abades, obispos y nobles. La Iglesia, asentada en la corte de Aviñón, se enfrentaba políticamente con el emperador germánico y veía contestada su soberanía desde su



Umberto Eco

Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC

propio interior. La orden franciscana, en su momento de esplendor, predicaba la pobreza radical y el abandono por parte del clero de sus tributos y atributos temporales. Los monasterios seguían siendo los centros del saber pero su influjo social se debilitaba al tiempo que los saberes profanos ampliaban incesantemente sus fronteras y las lenguas vulgares arrancaban al latín espacios de dominio. El mundo estaba cambiando.

No es de extrañar que Umberto Eco haga su entrada en la órbita narrativa tomando para fondo de su historia los acontecimientos de aquel tiempo. Su pasión y dedicación a la Edad Media está presente en gran parte de su obra. El paralelismo que ha señalado entre el Otoño del Medievo y nuestra época ocupa un destacado lugar en sus ensayos. En cierto sentido *El nombre de la rosa* deviene una Summa de sus saberes predilectos: teología, semiología, estética, filosofía, literatura, etc. Lo sorprendente, lo gratamente novedoso, es que a ellos agrega uno nuevo y decisivo para la valoración de su estreno como novelista: el arte de contar encantando.

El relato de Eco se organiza al modo de una novela policiaca a la que se incorporan ambientes e ingredientes de la novela gótica e histórica. La trama se fundamenta en las investigaciones que el franciscano Guillermo de Baskerville y el novicio Adso de Melk (la referencia a Conan Doyle se transparenta) llevan a cabo en una abadía benedictina donde se suceden una serie de hechos violentos y trágicos ligados de alguna forma a un libro, a una biblioteca, en otras palabras, al saber. Alrededor de este eje narrativo se engasta una diversidad afortunada de situaciones, diálogos e intrigas que componen un espacio novelesco singular y atrayente.

En realidad y como era de esperar en quien ha dedicado gran parte de sus capacidades al análisis y desenmascaramiento de los signos, *El nombre de la rosa* supone un intento de descifrar la realidad cercano por su talante, tono, y en ocasiones estilo, a la literatura de Borges —la presencia del personaje de Jorge, bibliotecario y ciego, ocupa un puesto clave en el texto— a quien sin duda debe su sugerente y circular final. Para U. Eco su novela es la historia del fracaso *parcial* de una investigación lógica y aún cuando pueda interpretarse como ejemplo de la impotencia del hombre frente a los signos del Universo no cabe sino atestiguar la maestría y el talento narrativo de su autor.

La obra de Umberto Eco llegó a nuestros pagos culturales hacia finales de los años sesenta como una moda más entre las muchas que semanalmente derrumbaban y alzaban toda clase de prestigios, señas o reinos culturales. En cierto modo Eco ha sido más citado que leído, más utilizado que entendido o, por decirlo en su terreno, más un significante que un signifi-
cado. Es de esperar que en esta ocasión no suceda lo mismo. Con su novela nos ofrece una lectura, un desciframiento y un placer muy recomendables.

Constantino Bértolo

El nombre de la rosa, de Umberto Eco. Traducción de Ricardo Pochtar. Editorial Lumen. Barcelona, 1982.

BOLETIN DE SUSCRIPCION

MAYO

Copie o recorte
este cupón
y envíelo a:
**EDICIONES
PARA EL
PROGRESO, S.A.**
Libertad, 37-3.^o
Madrid-4
(España)

Señores: Deseo suscribirme a la revista MAYO, de periodicidad mensual, al precio de 2.200 ptas., por el periodo de un año (12 números) y renovaciones hasta nuevo aviso, cuyo pago efectuaré mediante:

- Domiciliación bancaria
 Envío talón bancario por 2.200 ptas.

Nombre _____

Apellidos _____

Profesión _____

Domicilio _____

Población _____ Dist. Postal _____

Provincia _____ Tel. _____

País _____ Fecha _____

Firma _____

Para el extranjero, enviar adjunto un
cheque en dólares:

	Ordinario	Avión
Europa	30\$	35\$
América	35\$	40\$

DOMICILIACION BANCARIA

Lugar y fecha _____

(Banco o Caja de Ahorros)

D.P. _____

(Domicilio completo de la entidad bancaria)

(N.º de la agencia)

(N.º c/c o libreta de ahorro)

Muy Sres. míos:
Ruego a Vds. que, hasta nuevo aviso, abonen a EDICIONES PARA EL PROGRESO, S.A., Libertad, 37-3.^o izda. Madrid-4 (España) con cargo a mi c/c o libreta de ahorros mencionada, los recibos correspondientes a la suscripción o renovación de la revista MAYO.

Atentamente le saludo:

Fecha _____

Firma _____

Titular _____

Domicilio _____

Población _____

UAB
Biblioteca de Comunicació
i Hemeroteca General
CEDOC

Este es el momento de adaptar sus instalaciones de calefacción, climatización y agua caliente sanitaria a las normas exigidas.

Ahora que ya ha finalizado la temporada de calefacción y todavía faltan unos meses para que entren en funcionamiento los equipos de refrigeración de viviendas y locales, es un buen momento para adaptarlos a las Normas que deben cumplir las instalaciones de calefacción, climatización y agua caliente sanitaria. Aprovéchelo.

Qué instalaciones deben adaptarse

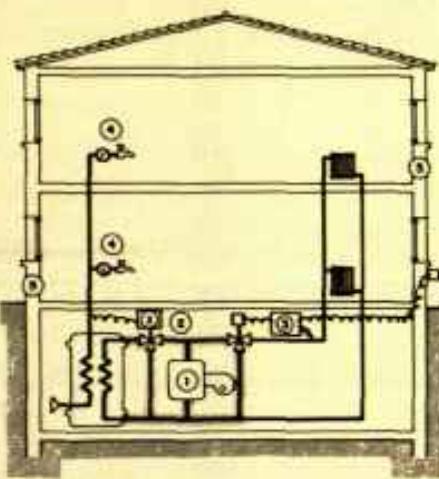
Todas las nuevas instalaciones y las existentes en Julio de 1981 cuya potencia nominal sea superior a 100 kW (86.000 kcal/h).

Qué modificaciones incluyen las Normas

Aislamiento térmico de tuberías accesibles en un plazo de 5 a 6 años. Las Normas establecen unos espesores de aislamiento que varían en función del diámetro de la tubería y de la temperatura del fluido que circula por ellas. Estos espesores están comprendidos entre 20 y 80 mm, tanto para fluidos fríos como calientes.

Sustitución o modificación de generadores de calor que no alcanzan unos rendimientos mínimos, en un plazo comprendido entre los 6 y 10 años. Estos mínimos exigidos dependen de la potencia del generador de calor y del combustible empleado. Varían entre el 70 y el 82 por ciento.

Montaje de equipos de regulación y control en un plazo comprendido entre los 3 y 5 años.



Para ahorrar energía en calefacción, climatización y producción de agua caliente:

1. Mejore el rendimiento del generador de calor.
2. Aisle las tuberías accesibles.
3. Instale elementos de regulación y control.
4. Instale contadores individuales de agua caliente.
5. Aisle térmicamente el edificio.

Instalación obligatoria de contadores individuales de agua caliente en los edificios que tengan centralizado este servicio, antes de 4 años.

Todos los generadores de calor con una potencia superior a 100 kW deberán contar con un **Libro de Mantenimiento** en el que se reflejen las operaciones y mediciones reglamentariamente estipuladas. Estas operaciones y mediciones deberán realizarse por personas con carnet de mantenedor, reparador o por empresa de mantenimiento debidamente autorizada.

Si desea mayor información

Consulte la orden 18237 de 16 de Julio de 1981 (BOE 193 del 13-8-81).

También puede dirigirse a la Dirección Provincial del Ministerio de Industria y Energía de su provincia o al Centro de Estudios de la Energía Agustín de Foxá, 29.
MADRID-16

Invierta en ahorro ahora, para no gastar en energía luego



MINISTERIO DE INDUSTRIA Y ENERGÍA
COMISARÍA DE LA ENERGÍA Y RECURSOS MINERALES
CENTRO DE ESTUDIOS DE LA ENERGÍA

UAB
Biblioteca de Comunicación
i Hemeroteca General
CEDOC

Los libros de la crisis

PROPUESTA DE LECTURA

JOSE MANUEL NAREDO

N

El tratamiento que ha recibido la crisis de la ciencia económica en los medios de difusión ha estado mediatisado por los mecanismos típicos de la llamada «sociedad de consumo». A la anorexia intelectual existente en el país se responde vendiendo alimentos predigeridos, de poco peso y coste y presentándolos con envolturas artificialmente llamativas y novedosas. Se apela así a lo insólito, a lo sorprendentemente nuevo.

En este contexto ha parecido más oportuno plantear un desbroce general del tema antes de perderse en reseñar las novedades que se publican en el país, máxime cuando algunas de las obras básicas que se indican en la bibliografía no se han traducido todavía o duermen el sueño de los justos enterradas, en parte, por «novedades» que ni siquiera las citan.

O es ningún secreto que la llamada ciencia económica ha estado vinculada desde sus orígenes a problemas de índole manifiestamente filosófica y que los axiomas y conceptos que le permiten delimitar, clasificar y elaborar su objeto de estudio —*lo económico*— son claramente tributarios de la ideología y las instituciones dominantes en la civilización industrial. De ahí que la ciencia económica haya sido teatro no sólo de discusiones internas, sino también de frecuentes ataques externos de autores que partían de enfoques distintos de *lo económico*. La novedad que permite hablar en los últimos tiempos de crisis de la ciencia económica estriba en que estos ataques externos no sólo han ganado en número, amplitud y profundidad, sino que están empezando a hacer eco entre los propios economistas que hasta ahora habían permanecido, por lo común, insensibles a ellos.

El objeto de la presente nota es dar unas pinceladas sobre «el estado de la cuestión» con el fin de trazar un marco general que permita situar, con suficiente perspectiva, la literatura crítica sobre la economía y los economistas que se hace más prolífica en los últimos tiempos al calor de la crisis económica y de la inoperancia de las viejas recetas para resolverla. Aunque esta crisis haya contribuido en cierta dirección a extender y a profundizar la otra, la teórica, que sólo recientemente ha trascendido en nuestro país del mundo académico para saltar hasta las páginas de la prensa, hay que advertir que la cosa venía de antes en un doble sentido.

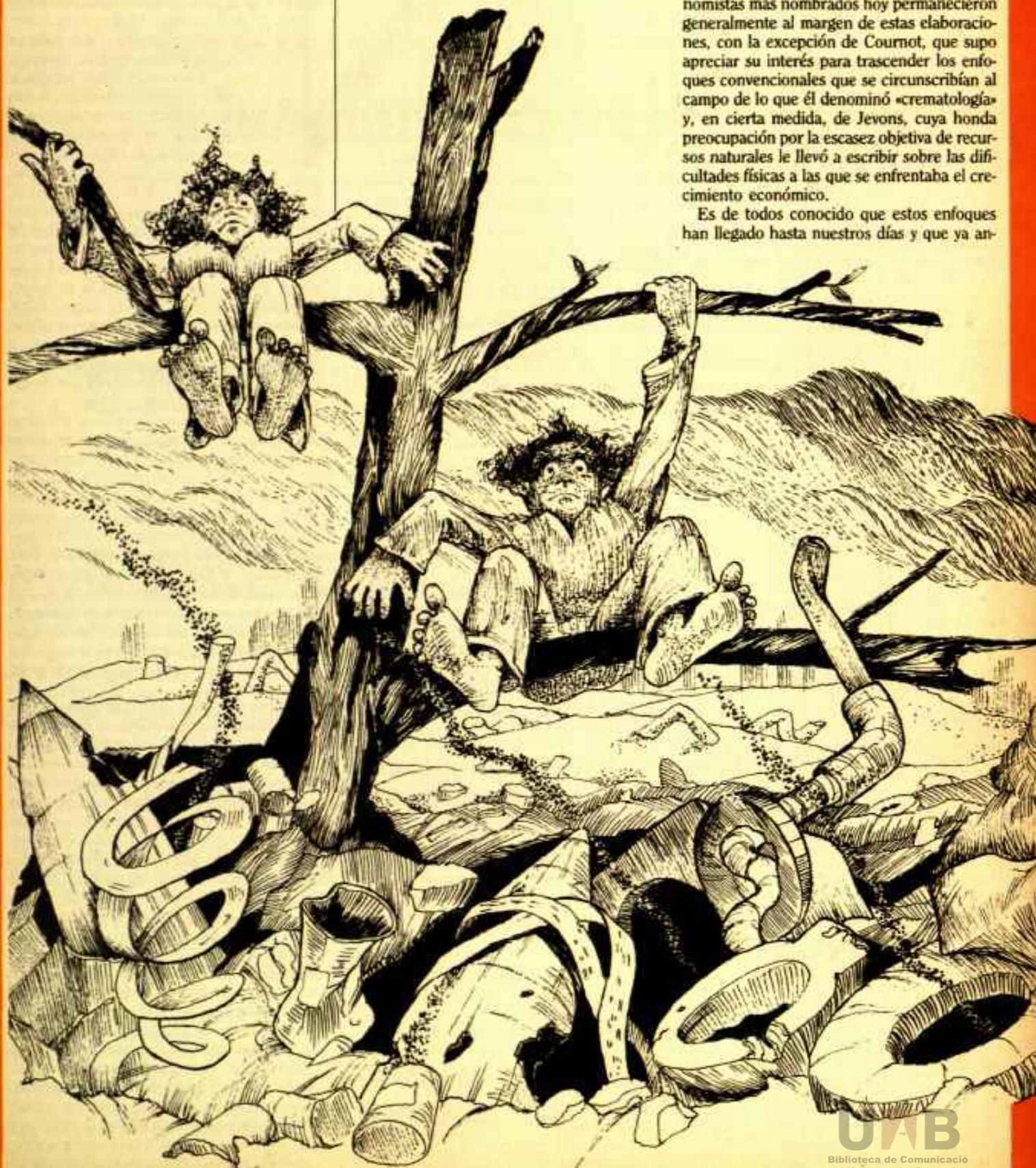
Por una parte, hay que hacer notar la existencia de una larga cadena de pensadores que se han ocupado de la economicidad en la gestión de los recursos y del comportamiento humano al respecto, desde presupuestos ajenos a los que inspiran el edificio conceptual que se afianzó a partir de las elaboraciones de los economistas clásicos y neoclásicos de principios y finales de siglo pasado y que han señalado las limitaciones de ese edificio, sin que sus análisis y críticas tuvieran apenas influencia entre los economistas. Por otra, cabe advertir que la situación crítica de la ciencia económica se planteó ya por economistas de reconocido prestigio académico antes de que se ampliaran ciertas líneas de debate a raíz de la crisis energética.

Excede a las posibilidades de este artículo hacer una enumeración mínimamente completa de los autores que participaron en uno y otro de los procesos apuntados. Valga esquematizar, respecto al primero de ellos, que cuando la ciencia económica se afianzó y cobró unidad echando por la borda las preocupaciones sobre los aspectos físicos de la gestión de re-

cursos, que culminaron en el siglo XVIII con la escuela fisioocrática, este género de preocupaciones siguió siendo cultivado, ya al margen de la ciencia económica establecida, por otra serie de autores que fueron perfilando un aparato conceptual más adecuado para ello. El tratamiento de este tema corrió paralelo a la creación, en el siglo XIX, de esa economía de la

física que es la termodinámica y de la ecología, encontrándose textos que recaen inequívocamente sobre temas económicos de físicos, químicos o biólogos como S. Carnot, R. Clausius, G. Helm, S. Podolinsky, P. Geddes, W. Ostwald, F. Soddy, etc., adoptando comúnmente un sentido crítico respecto a los enfoques propios de la economía política. Los economistas más nombrados hoy permanecieron generalmente al margen de estas elaboraciones, con la excepción de Cournot, que supo apreciar su interés para trascender los enfoques convencionales que se circunscribían al campo de lo que él denominó «crematología» y, en cierta medida, de Jevons, cuya honda preocupación por la escasez objetiva de recursos naturales le llevó a escribir sobre las dificultades físicas a las que se enfrentaba el crecimiento económico.

Es de todos conocido que estos enfoques han llegado hasta nuestros días y que ya an-



Referencias bibliográficas

- (1) Bataille, G., *La part maudite & La notion de dépense*, Minuit, Paris, 1967. (Existe traducción en EDHASA).
- (2) Baudrillard, J., *La société de consommation, ses mythes, ses structures*, Denoël, Paris, 1970. (Traducción agotada en Plaza & Janes).
- (3) Baudrillard, J., *Le miroir de la production*, Casterman, Paris, 1973.
- (4) Clastres, P., *La société contre l'Etat*, Minuit, Paris, 1974.
- (5) Commoner, B., *The Closing Circle*, New York, 1971; *The Poverty of Power*, New York, 1976. (Traducción de ambos en Plaza & Janes).
- (6) Daly, H. E. y Umaña, A. F., *Energy, Economics and the Environment Conflicting Views of an Essential Interventive Relationship*, Westview Press, Boulder, Colorado, 1981.
- (7) Dobb, M., *Theory of Value and Distribution since Adam Smith*, Cambridge, 1973. (Traducción en Siglo XXI).
- (8) Dumont, L., *Homo aequalis. Genèse et épanouissement de l'idéologie économique*, Gallimard, Paris, 1977.
- (9) Foucault, M., *Les mots et les choses, une archéologie des sciences humaines*, Paris, 1966. (Traducción en Siglo XXI).
- (10) Georgescu-Roegen, N., *The Entropy Law and the Economic Process*, Harvard University Press, Harvard, 1971.
- (11) Georgescu-Roegen, N., *Energy and Economic Myths*, Pergamon, New York, 1976. (Traducción parcial en *El Trimestre Económico*).

tes de la llamada crisis energética, pero sobre todo a raíz de ella, se ha producido una avalancha de literatura sobre los aspectos energético-ecológicos relacionados con la actuación de los hombres en la sociedad industrial. Obras como las de Odum (22), Commoner (5), Rifkin (26), Slesser (30), etc., que opinaban sobre la economicidad de la gestión de recursos naturales desde fuera de la ciencia económica, no han podido ya ser ignorados por los economistas, que finalmente se han visto obligados a tomar cartas en el asunto, tratando ahora de reintroducir dentro del objeto de su ciencia los problemas físicos y biológicos que originariamente se habían desterrado, lo cual ha influido en la crisis actual de esta disciplina.

El movimiento romántico constituyó otra fuente de críticas a la ciencia económica establecida en el siglo XIX, que fue estrechando sus vínculos con la corriente que acabamos de indicar. Pues no sólo los padres de la termodinámica y de la ecología tuvieron que ver con este movimiento (Carnot, Humboldt, ...) sino que, pongamos por caso, las censuras éticas y estéticas que en su día hizo John Ruskin a la economía política y a las realizaciones de la sociedad industrial, adquirieron un mayor respaldo científico con la ayuda de estas disciplinas en su discípulo Patrick Geddes y ganaron más solvencia todavía en Lewis Mumford (17), discípulo de este último.

Otra línea crítica de origen más reciente que acabó convergiendo también con estas tendencias fue la que se operó desde el campo de la antropología y de la historia antigua, despojando a las categorías de la ciencia económica de su presunta generalidad. Los análisis de Malinowski sobre los intercambios en comunidades primitivas y, sobre todo, el *ensayo sobre el don* publicado por Marcel Mauss en 1925, mostraron que la circulación de objetos podía regirse en las sociedades humanas por motivaciones radicalmente distintas de aquéllas directamente utilitarias que la economía *standard* tomaba como las únicas dignas de ser estudiadas.

Una vez abierto este camino, los análisis de lo primitivo llevaron a la antropología a ejercer una revisión radical del pensamiento nuevo que culminaría con obras como las de Pierre Clastres (4) y Marshall Sahlins (29). En un sentido más limitado y específico de relativización de las categorías de la ciencia económica, cabe señalar las críticas a su aplicación indiscriminada en el espacio y en el tiempo ejercidas por un amplio grupo de historiadores cuya figura más representativa es Karl Polanyi (24). Y, en parte como consecuencia de estas críticas, se ha desarrollado una línea de investigación histórico-antropológica que utiliza el instrumental de la termodinámica y la ecología para analizar las relaciones de las sociedades humanas en su entorno físico y enjuiciar su eficiencia y su estabilidad, junto con el marco ideológico e institucional en el que se desenvuelven. Este tipo de estudios, abarcan desde los de Leslie White o de Fred Cottrell hasta los más recientes de Roy Rappaport (25) y Richard Lee (14) y entroncan con los

numerosos trabajos que enjuician la gestión de recursos que tiene lugar en las sociedades actuales a partir de la ecología y la termodinámica. Esta confluencia es particularmente clara en los análisis sobre los sistemas agrarios practicados desde tales enfoques por autores como G. Leach (13) D. y M. Pimentel, P. Campos y yo mismo (19).

Un claro exponente de la convergencia e interrelación que se fue operando entre las corrientes críticas apuntadas lo constituyen los trabajos de Bataille citados en la bibliografía (1) y que centran las elaboraciones críticas de la economía convencional procedentes del campo de la antropología, con un capítulo sobre la «dependencia de la economía del recorrido de la energía en el globo terrestre». Esta obra, en la que el autor trabajó al parecer durante dieciocho años, resultó tan ignorada por los economistas como lo fueron, hasta hace poco, las corrientes de pensamiento a las que nos estamos refiriendo.

A la vez que se entrelazan las corrientes críticas indicadas, en los últimos tiempos empiezan a observarse esfuerzos puntuales de análisis de la ciencia económica desde un ángulo epistemológico, que sientan las primeras piedras para hacer una historia de las doctrinas económicas desde fuera del «paradigma dominante en esa ciencia. Apuntamos en este sentido la «arqueología de las ciencias sociales» iniciada por Foucault (9) el estudio sobre «génesis y expansión de la ideología económica» realizado por Dumont (8), el de Katouzian sobre «ideología y método» en economía (12) o mi «enjuiciamiento crítico de los vínculos establecidos en la ciencia económica actual entre producción, consumo y satisfacción de necesidades» (20). Análisis que entroncan con trabajos como los de Baudrillard, en los que se une la revisión de las categorías de base de la ciencia económica (3) al empeño de desvelar los rasgos esenciales del funcionamiento del capitalismo industrial y, en especial, de la llamada «sociedad de consumo» (2), normalmente ignorados en los círculos académicos de los economistas.

En este contexto se ha desarrollado un volumen importante de críticas en el seno de la profesión con grados de integrabilidad e interés muy variables que tienden a extender el aparato conceptual de la ciencia económica a la resolución de nuevos problemas. Algunas de ellas tratan de adecuar la noción abstracta de mercado a la realidad de los intercambios en las sociedades modernas, incluyendo sus manifestaciones «imperfecciones» o haciendo intervenir explícitamente las relaciones de poder en el intercambio o en el manejo del aparato estatal, a la vez que se invalida la teoría neoclásica de la distribución al advertir que la distribución del ingreso, en vez de ser una consecuencia del proceso de formación de los precios es anterior a él desde un punto de vista lógico (16).

En este sentido el marxismo ha desempeñado una función crítica que ha sido acogida en los últimos tiempos por la economía académica (7). Aunque aparentemente integrables, estas críticas internas han llegado a poner en



- (12) Katouzian, H., *Ideology and Method in Economics*, London, 1980. (Traducción en H. Blume).
- (13) Leach, G., *Energy and Food Production*, Surrey, 1976. (Traducción en el Servicio de Publicaciones del M.º de Agricultura).
- (14) Lee, R., *The Kung San. Man, Woman and Work in a Foraging Society*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979.
- (15) Losano, E., «La crisis de la teoría económica», CECA & UNED, n.º 19.
- (16) Martínez-Alier, J., «El fin de la ortodoxia en teoría económica y sus implicaciones políticas», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 41-42, 1973.
- (17) Mumford, L., *Technics and Civilization*, 1934, Reedición ampliada, 1963. (Traducción en Alianza Ed.).
- (18) Naredo, J. M., «Energía y crisis de civilización», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 63-66, 1979.
- (19) Naredo, J. M. (en colaboración con J. Martínez-Alier) «La noción de "fuerzas productivas" y la cuestión de la energía», *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 63-66, 1979.
- (20) Naredo, J. M., «Enjuiciamiento crítico de los vínculos establecidos en la ciencia económica actual entre producción, consumo y satisfacción de necesidades», *Cuadernos del Seminario de Sargadelos*, n.º 38, Ediciones do Castro, La Coruña, 1981.
- (21) Naredo, J. M. (en colaboración con P. Campos), «La energía en los sistemas agrarios» y «Los balances energéticos de la agricultura española», *Agricultura y Sociedad*, n.º 15, 1980.
- (22) Odum, H. T., *Environment, Power and Society*, New York, 1971. (Traducción en Ed. Blume).
- (23) Passet, R., *L'économique et le vivant*, Payot, Paris, 1979.
- (24) Polanyi, K. y otros, *Trade and Market in the Early Empires*, New York, 1957. (Traducción en Labor).
- (25) Rappaport, R., *Pigs for Ancestors. Ritual in the Ecology of a New Guinea People*, Yale University Press, 1968.
- (26) Rifkin, J., *Entropy. A New World View*, The Viking Press, New York, 1980.
- (27) Robinson, J., «The Second Crisis of Economic Theory», *American Economic Review*, mayo 1972. (Traducción en ICE, n.º 498).
- (28) Rojo, L. A., «Sobre el estado actual de la macroeconomía», *Pensamiento Iberoamericano*, n.º 1, Enero-junio, 1982.
- (29) Sahlins, M., *Stone Age Economics*, New York, 1972. (Traducción en Akal).
- (30) Sleeser, M., *Energy in Economy*, Macmillan Press, London, 1978.

cuestión las propias nociones de oferta y de demanda como funciones independientes y, por tanto, manipulables separadamente, sobre las que reposa buena parte del cuerpo teórico de la ciencia económica (15). En ocasiones el respaldo empírico con que cuenta este género de críticas, impone serias dudas sobre la eficacia actual de ciertas recetas tradicionales de política económica, ganando terreno la idea de si no será mejor abstenerse de intervenir dejando las cosas como están. Temas éstos que ocupan la mayor parte del debate que tiene lugar actualmente en el seno de la profesión (28).

Sin embargo, existe otra línea de crítica interna tanto menos divulgada cuanto más incómoda e irreductible para la ciencia económica establecida. Es la que hace referencia a la gestión de los recursos naturales, con sus derivados energéticos y medioambientales. Además de la amplia literatura que se orienta infructuosamente a resolver estos problemas en el terreno de los valores de cambio, surgen obras tan notables como la de Georgescu Roegen sobre «la ley de la entropía y el proceso económico» (10) y la de René Passet sobre «lo económico y lo viviente» (23) que retoman desde dentro las críticas tradicionales externas ya indicadas para proceder, a la luz de la termodinámica y de la ecología, a una revisión a fondo de las carencias del aparato analítico de la ciencia económica establecida, que modifica las fronteras de *lo económico* y los conceptos que lo informan. La diversidad de posiciones que abunda en esos temas (6) permite detectar en ellos uno de los aspectos más críticos de la ciencia económica actual, donde las críticas tradicionalmente externas están empezando a penetrar y en la ciudadela teórica de los economistas abriendole nuevas brechas. Así, ha correspondido a un autor con la talla y el prestigio académico de Georgescu Roegen, desmontar el contenido y la forma analítica de la función de producción que había permanecido hasta el momento hasta el resguardo de toda crítica (10 y 11).

Pero no sólo es la noción de producción (19), sino también su presunta finalidad inequívocamente utilitaria, que constituye la razón de ser del *sistema económico*, lo que está empezando a ponerse en cuestión por los economistas. Alguien con una posición tan sólida dentro de la profesión como Joan Robinson ha señalado que frente a la «primera crisis» de la teoría económica originada a raíz de la Gran Depresión de 1929 por «el fracaso del *laissez faire* ante el problema de la demanda efectiva», la «segunda crisis», la actual, «surge de una teoría que no puede explicar el contenido del empleo» (27). Y al poner en un primer plano la cuestión de «para qué debía ser el empleo», se arrastran obligadamente las preguntas de para qué la producción y para qué el consumo y la inversión en los que aquella se desdobra, dando la mano —posiblemente sin saberlo— a críticas como las de Baudrillard que señalaban desde fuera de la profesión esa crisis de la finalidad utilitaria de la producción.

La crisis energética, con el consiguiente aumento simultáneo del paro y de la inflación,

vino a eclipsar estas reflexiones fundamentales tendentes a desmontar la axiomática que liga mecánicamente en la ciencia económica establecida la producción a la satisfacción (de necesidades) y, por ende, al bienestar y a la felicidad de los hombres. De ahí que la crisis económica actual, al distraer la atención sobre este problema fundamental haya sido en este sentido, al decir de Baudrillard, «una verdadera bendición para un sistema que se veía arrastrado por el espejismo de la producción hacia un vacío enloquecedor» aunque, a su vez, haya contribuido a espolear otras líneas críticas como las antes indicadas y a acentuar la pérdida de fe en los esquemas teóricos y en las instituciones vigentes para resolver los problemas que tal crisis plantea, con el consiguiente desprestigio de los economistas.

Recordemos, por último, que dada la estrecha vinculación de los axiomas y conceptos en que se basa la ciencia económica actual con determinados presupuestos éticos, ideológicos o institucionales, la revisión de aquéllos ha de ir de la mano de la modificación de éstos, encuadrándose la crisis de esta ciencia en una crisis más amplia de la civilización que nos ha tocado vivir (18). Con todo, creo que tal revisión no sólo se ve hoy auspiciada por argumentaciones racionales o consideraciones morales, sino por la fuerza de ciertos acontecimientos que plantean un divorcio cada vez más claro entre las categorías de la ciencia económica y aquellas otras del lenguaje corriente o entre sus formulaciones teóricas y el sentido común.

Pues si en otro tiempo fue la estrecha relación entre estas categorías y las del lenguaje corriente la que favoreció su aceptación generalizada, hoy resulta cada vez más ostensible que bajo la divisa de la *producción* y la *satisfacción de necesidades* mediante el consumo, se ocultan una *destrucción* y una ansiedad (*in-satisfacción*) crecientes. Lo mismo que se instituye la palabra *bien* para designar indiscriminadamente a todos los objetos consumidos, cuando prolifera el consumo forzado de aquéllos con un valor vital más dudoso, ya sea en razón de la carrera de armamentos, de la contaminación ambiental, o de la propia degradación de la dieta alimenticia que dan lugar a los envenenamientos y enfermedades modernas.

Y, como colofón, se generaliza la denominación de *sistema económico* para designar el sistema más *antieconómico* que jamás haya existido en la historia de la humanidad y que atenta, incluso, contra el primer objetivo que debiera orientar una gestión de recursos mínimamente razonable: el de asegurar la supervivencia de la especie humana. Divergencias éstas que no sólo se plantean en los países del llamado «tercer mundo», sino también en las metrópolis industriales, haciendo tambalearse el axioma que hasta hace poco identificaba la expansión del modelo de sociedad ofrecido por éstas, con el bienestar y la felicidad de la especie humana.

LOS SERVICIOS DEL BANCO POPULAR ESPAÑOL



DINERO AL INSTANTE EN CUALQUIER MOMENTO. NUESTRA TARJETA MULTICARD LO HACE POSIBLE EN 250 CAJEROS PERMANENTES.

VIAJE TRANQUILO AL EXTRANJERO CON EL SERVICIO EUROP-ASSISTANCE



ECHÉ GASOLINA SIN LLEVAR DINERO. LLEVE CONSIGO NUESTROS AUTOCHQUESES S.B.

DUERMA TRANQUILO. NUESTRO BANCO SIEMPRE ABIERTO PARA UD. CON EL DEPÓSITO PERMANENTE.



PAGUE SIN DINERO SUS COMPRAS Y SERVICIOS. UTILICE NUESTRA TARJETA VISA.

GUARDE EN LUGAR SEGURO SUS PERTENENCIAS DE VALOR. UTILICE NUESTRAS CAJAS DE ALQUILER.



PAGUE EN CUALQUIER PARTE DEL MUNDO, SIN LÍMITE DE GASTO PREESTABLECIDO. PIDANOS LA TARJETA AMERICAN EXPRESS.

EN SU NOMBRE COBRAMOS SUS INGRESOS Y PAGAMOS SUS GASTOS. DOMICILIE CON NOSOTROS.



EN SUS VIAJES AL EXTRANJERO OBTENGA, DE LOS BANCOS, EL DINERO QUE PRECISE CON NUESTROS EUROCHEQUES.

SI NECESITA DINERO, OBTENGALO A TRAVÉS DE NUESTROS CREDITOS PERSONALES.



DINERO PARA SUS VIAJES Y VACACIONES, POR ESPAÑA Y EL EXTRANJERO, CON NUESTROS CHEQUES DE VIAJE EN PTAS. Y MONEDA EXTRANJERA.

PARA CUSTODIAR Y RENTABILIZAR SUS AHORROS, UTILICE NUESTRAS DISTINTAS MODALIDADES DE CUENTAS A LA VISTA Y A PLAZO.



SOBRE ESTOS SERVICIOS Y OTROS MAS (Comercio Exterior, Factoring, Leasing, Pago de Impuestos, etc.) LE INFORMAREMOS AMPLIAMENTE EN CUALQUIERA DE NUESTRAS OFICINAS.



40%

DE DESCUENTO



MADRID - LAS PALMAS - MADRID

Tarifa Normal	Tarifa Mini
29.320 pts.	17.590 pts.

BARCELONA - TENERIFE - BARCELONA

Tarifa Normal	Tarifa Mini
38.120 pts.	22.870 pts.



SANTIAGO - SEVILLA - SANTIAGO

Tarifa Normal	Tarifa Mini
21.890 pts.	13.135 pts.

ALICANTE - P. MALLORCA - ALICANTE

Tarifa Normal	Tarifa Mini
10.890 pts.	6.535 pts.

¿Ha visto estos ejemplos?

Si, las Tarifas "Mini" pueden usarlas todas las personas, todos los días, para volar a todos los destinos de España.

Son tarifas que le ofrecen un descuento sensacional: 40% en el precio del pasaje regular.

Y para menores de 22 años o

mayores de 64, también existe un descuento adicional del 15%.

Las Tarifas "Mini", de plazas limitadas, pueden disfrutarse cumpliendo sólo unos requisitos mínimos. Consulte a Iberia o a su Agencia de Viajes.

Ahora ya lo sabe: Tarifas "Mini" para volar a precios excepcionales.



IBERIA
Usa tus alas.